

2ª PARTE: SITUACION LATINOAMERICANA.--

1.- Historia del colonialismo y del neocolonialismo en América Latina

La historia de América Latina, desde el descubrimiento y la conquista por parte de España y Portugal, hasta la neocolonización del imperialismo yanqui de nuestros días, es la historia de los pueblos en su búsqueda de la independencia nacional, contra el dominio colonial de turno y las clases nativas que fueron sus aliadas.

Hace más de un siglo y medio, las naciones de América sacudieron el yugo de la dominación colonial que las oprimía, escribiendo las páginas de una gesta heroica regada con la sangre y el sacrificio de sus pueblos.

Los tres largos siglos de dominación española y portuguesa en América Latina, habían cimentado el atraso y el estancamiento de la economía colonial. El monopolio comercial detentado por la monarquía española producía como consecuencia lógica la asfixia de la producción americana y preparaba el germen de su propia destrucción.

Fue dentro de este marco que las nacientes fuerzas de la burguesía, sumadas a la de los patriotas militares e intelectuales revolucionarios, se alzaron contra la opresión y explotación colonial.

El pujante comercio inglés buscaba nuevos horizontes para su penetración imperial. Sus necesidades económicas le hacían mirar con interés, los movimientos patrióticos de América.

Estos dos elementos, la agonía de la economía colonial española y la expansión del comercio inglés, sumados a la debilidad política y económicas de las clases dominantes criollas, fueron los que permitieron la rápida ocupación por parte del colonialismo británico, de las áreas abandonadas por el moribundo imperio colonial español.

La penetración del capital británico en América Latina, inició con su irrupción violenta, el proceso de liquidación de las viejas clases dominantes, la aparición de la brutal forma de explotación capitalista y su producto: el proletariado.

En el último cuarto de siglo pasado y a comienzos del presente, el creciente poderío de los Estados Unidos de Norte América y el debilitamiento progresivo, a nivel mundial, del Imperio Británico, produjo un enfrentamiento entre ambos y un paulatino desplazamiento después, en favor del primero.

El dominio neocolonial del imperialismo yanqui sobre América Latina, asentado en la doctrina reaccionaria del presidente yanqui James Monroe: "América para los americanos", pretendía rechazar cualquier tipo de aspiración europea, especialmente inglesa y francesa, de dominio sobre América Latina, a la que el Tío Sam consideraba ya como dentro de "su área de influencia". Serían los ejércitos yanquis o su diplomacia en el mejor de los casos, los que se encargarían de proteger las inversiones del imperialismo.

Y así fue. Desde 1898, cuando intervienen en la guerra de la independencia de Cuba contra España y establecen un gobierno militar yanqui, hasta abril de 1965, cuando los "marines" desembarcan en Santo Domingo para proteger los intereses norteamericanos en la isla, se han registrado y documentado más de treinta intervenciones armadas violatorias de la soberanía de los pueblos latinoamericanos.

Pero estas intervenciones no quedaron nunca sin respuesta. Siempre los pueblos latinoamericanos han luchado infatigablemente por la liberación y la independencia nacional.

Desde Bolívar y San Martín, en los albores de la independencia americana, hasta la Revolución Cubana en nuestros días, numerosos han sido los ejemplos del heroísmo y la resistencia de los pueblos contra la opresión y el colonialismo. El Congreso de Panamá de 1826 convocado por Bolívar, donde se esbozaba el sueño de la unidad continental; la batalla de la Vuelta de Obligado en 1845, donde la Confederación Argentina enfrenta a las escuadras intervencionistas de Inglaterra y Francia; la revolución agraria de México en 1910; el "pequeño ejército loco" de Augusto César Sandino, que hasta 1934 mantuvo en jaque a las tropas yanquis y títeres en Nicaragua; el movimiento revolucionario

en Guatemala que va desde 1944 hasta 1954, culminando con la invasión de las tropas armadas y asesoradas por los yanquis, que restituyen las tierras expropiadas a la United Fruit; en Bolivia, el movimiento que culminó en la revolución de 1952, que luego promulga la ley de Reforma Agraria y nacionaliza las minas de estaño del imperialismo yanqui, y muchísimos ejemplos más son pruebas de esa resistencia y de ese heroísmo.

Hoy los pueblos latinoamericanos han asimilado la experiencia vivida en la lucha. Hoy nace, crece y se desarrolla en el seno de los pueblos, el germen de su conciencia que habrá de liquidar definitivamente la explotación de nuestras tierras. Ha comenzado a surgir una nueva forma de respuesta a la violencia reaccionaria de los imperialistas yanquis y sus aliados nativos, la guerra popular que los enterrará con sus privilegios. Los comunistas y revolucionarios de toda América debemos recoger las banderas de los que nos liberaron del yugo español y emprender la segunda guerra por la independencia, que esta vez será la definitiva.

2.- América Latina, junto con Asia y África, son el centro de las contradicciones mundiales

Los cambios operados en los últimos veinte años han demostrado que el foco de las contradicciones mundiales de postguerra, está fijado entre la política de esclavización de los imperialistas norteamericanos y los pueblos del mundo. Esta contradicción se expresa particularmente en la oposición entre los imperialistas norteamericanos y sus lacayos, por un lado, y las naciones y pueblos oprimidos de Asia, África y América Latina, por el otro, y en la contradicción entre los nuevos colonialistas y los viejos colonialistas, que luchan por el control de esas regiones.

La población de estas regiones de Asia, África y América Latina representa más de dos tercios de la población total del mundo capitalista. El creciente oleaje revolucionario en ellas refleja de manera destacada, que allí está situado el foco de todas las contradicciones del mundo capitalista, o el foco de las contradicciones del mundo.

Estas regiones son el eslabón más débil de la cadena de dominación imperialista y el principal centro de las tempestades revolucionarias en la presente época.

La creciente penetración del imperialismo yanqui en América Latina, tanto en el terreno económico como en el político, militar, cultural, etc., el atraso a que nos condena esta dependencia y la opresión que ejerce sobre las fuerzas productivas, favorecen la aproximación de la situación revolucionaria de nuestro continente, a la de Asia y África.

La política del imperialismo y el desarrollo de una situación revolucionaria, son dos hechos inevitablemente asociados; la Revolución Cubana, el levantamiento de Santo Domingo, la guerra popular desarrollada por el EPL de Colombia, etc., así lo prueban. La respuesta del imperialismo ha sido la de ir desplazando a las viejas camarillas de políticos "liberales" pseudo-democráticos, al estilo de Figueres, Muñoz Larín, etc., para reemplazarlos por dictaduras militares o gobiernos "fuertes", que signifiquen mejores garantías para sus inversiones explotadoras. Argentina, Brasil, Bolivia y el más reciente caso, Panamá, son ejemplos claros de esta política.

3.- El carácter de la revolución

Puede definirse, en general, a la revolución en América Latina, como una Revolución de Nueva Democracia. El doble objetivo de liquidar a la opresión neocolonial y aún colonial del imperialismo yanqui, destruyendo al mismo tiempo su sostén, la clase terrateniente y la burguesía industrial asociada al imperialismo, así lo indican.

El atraso de nuestro desarrollo agrario, que muestra supervivencias de formas pre-capitalistas de producción, la dependencia y distorsión de nuestro incipiente crecimiento industrial, la miseria, el analfabetismo, las enfermedades y el hambre de nuestros pueblos, permiten el enriquecimiento de la clase terrateniente y de la gran burguesía

sía y el saqueo de nuestras riquezas por el imperialismo yanqui.

Las inversiones del capital inglés primero, y la rapiña del yanqui más tarde, funcionaron como bombas de succión en los flacos bolsillos de los pueblos latinoamericanos.

De acuerdo a los cálculos realizados por el Departamento de Comercio de los EEUU durante la década de 1950, la suma total de dinero enviada de Latinoamérica a los EEUU en concepto de ganancias sobre las inversiones norteamericanas en la región, duplicaba el valor de las mismas. Los cálculos realizados por los lacayos nativos arrojan un índice más elevado aún. Por ejemplo, la Comisión Económica Brasileño-Estadounidense estimó que los retiros para EEUU entre 1939 y 1952 superaban sesenta y una (!) veces el total de la inversión a largo plazo.

Tomando el caso de la Argentina, en el lapso transcurrido en los últimos quince años, los monopolios internacionales han extraído en distinta formas, más de 6000 millones de dólares.

Las inversiones norteamericanas en nuestro continente alcanzaron a 1435 millones de dólares en 1967, sobrepasando en 400 millones de dólares las cifras de 1965. De esta suma, casi el 80% está destinado a apoderarse de nuestra riqueza mineral y petrolera. El imperialismo yanqui controla el petróleo venezolano, que es el tercer productor mundial, y se adueña del 50% de su producción. Hace poco la Texaco comenzó la explotación de un vasto yacimiento colombiano. Junto con otra compañía invirtió 100 millones de dólares y a fin de este año extraerán 500.000 barriles diarios de petróleo crudo. Las mismas compañías se apropiaron de una extensa zona petrolera de Ecuador, contigua a la de Colombia. Penetraron en la explotación de petróleo brasileño, removiendo los obstáculos opuestos a su dominación. Además, ampliaron y prorrogaron viejas concesiones y obtuvieron otras nuevas en la Argentina.

Tres compañías norteamericanas, que explotan el cobre chileno, Anaconda, Braden y Kennecott, con una inversión inicial de tres millones y medio de dólares, en cincuenta años, han obtenido beneficios por 3540 millones de dólares. Las dos primeras controlan más del 90% de la producción y obtienen una ganancia anual de más de 100 millones de dólares. Explotan la mano de obra barata local y se ocultan bajo la sombra del capital mixto. Han obligado a las autoridades chilenas a reducir sus cargas fiscales en un 50% y a eximir de impuestos, la importación de equipos y otros materiales provenientes de los EEUU.

Por otro lado, la oligarquía terrateniente, manteniendo la estructura agraria encadenada al latifundio, contribuye al atraso y favorece al imperialismo. Baste recordar, por ejemplo, que en la Argentina, casi el 60% de la tierra explotada, está en poder de algo más de 10.000 propietarios, llegando a casos como los de la familia Braun-Monendez Behety que posee 6.644.000 Ha en la Patagonia, o las 1200 familias que poseen 7 millones de Ha. de la rica y cultivada tierra de la provincia de Buenos Aires, el 23% del territorio provincial. Recordemos también que el magnate imperialista yanqui Rockefeller, posee 531.000 Ha. en Minas Geraes, Brasil.

A través de estas inversiones, el imperialismo yanqui succiona las riquezas de América Latina, mantiene el atraso de nuestra economía y utiliza nuestra materia prima como complemento de su economía industrial. Nuestro atraso agro-industrial causa "preocupación" al gobierno de los EEUU, que aprueba programas de supuesta ayuda. Estos imperialistas preocupados, pretenden ocultar que son los beneficiarios de nuestro atraso. Así es como se enriquecen, imponiendo precios bajos a las materias primas que importan de América Latina y elevan los precios de las maquinarias y artículos manufacturados que exportan hacia A.L. Hasta los representantes de los gobiernos títeres han denunciado que esto ocasionó a nuestro continente, pérdidas por más de 10.000 millones de dólares.

La integración económica de América Latina, tiende a completar esta política de saqueo de riquezas y exportación de maquinarias. Esta integración, predicada desde la ALALC, persigue mercados, industrias y tarifas unificadas, para facilitar la penetra-

ción del capital y productos yanquis. El Grupo Andino, otro organismo imperialista, se propone unificar bajo la hegemonía yanqui, la explotación del 80% del petróleo, el 40% del carbón y el 50% del hierro de América Latina.

La política de préstamos del FMI y otros organismos financieros controlados por el imperialismo yanqui, condena a los pueblos latinoamericanos a deudas e intereses cada vez mayores, lo que no resuelve sino que acentúa el signo desfavorable de la balanza de pagos de nuestros países respecto a los EEUU. Por supuesto que estos préstamos están sujetos a condiciones políticas, económicas y militares que aseguran y aumentan la dominación yanqui y la ruina de nuestros pueblos, exigencias que llegan hasta prohibirnos el comercio con Europa Occidental y otras regiones.

No satisfechos con esto, los imperialistas yanquis protegen su producción agrícola ganadera con elevadas tarifas y roban los precios en el mercado internacional para competir y anular, mediante el "dumping", las exportaciones latinoamericanas.

Esta es la situación que definen los imperialistas yanquis en América Latina. Esta esclavitud económica es la que legalizan los gobiernos títeres, que representan a la clase terrateniente y a la gran burguesía, sirvientes del imperialismo y enemigos de nuestros pueblos. Estas enormes riquezas que saquean los patronos de nuestras patrias y nuestros pueblos, son las que custodian las fuerzas armadas de los gobiernos títeres. Será la Revolución de Nueva Democracia y la guerra popular, las que impedirán definitivamente que nuestra riqueza salga de A.L., para engrasar las ganancias de los monopolios yanquis con el sudor y la sangre de nuestros pueblos.

La lucha por la Revolución de Nueva Democracia que desarrollan nuestros pueblos, no puede aniquilar al imperialismo sin aniquilar a la clase terrateniente y a la gran burguesía, ni puede, a su vez, liquidar la explotación de estas clases sin acabar con la dominación imperialista.

La experiencia de la lucha de clases en A.L. confirma la verdad universal de que la revolución de Nueva Democracia debe ser dirigida por el proletariado, que es la única clase capaz de conducir esta revolución a la victoria. Así mismo, esta revolución democrática, es una revolución de nuevo tipo. Ella forma parte de la revolución proletaria mundial y su perspectiva es el tránsito ininterrumpido hacia el socialismo.

El proletariado, dirigido por su Partido Comunista Revolucionario, llevará adelante en A.L. la tarea de unir en un amplio frente único a todas las fuerzas susceptibles de ser unidas. Estas fuerzas que el proletariado debe unir y dirigir, son todas aquellas clases y sectores sociales que el imperialismo yanqui y sus aliados nativos hacen víctimas de su política de saqueo, intervención y explotación, y abarcan desde los campesinos pobres hasta las burguesías nacionales.

La formación de la alianza obrero-campesina en el curso de la preparación y desarrollo de la guerra popular, es la clave para la formación del frente único contra el imperialismo y sus aliados, bajo la dirección del proletariado.

Del contenido de la revolución de Nueva Democracia en A.L., de los blancos y las fuerzas motrices, de sus tareas, surge la estrategia de la guerra popular como una guerra prolongada que en las zonas rurales atrasadas, crea bases de apoyo hasta rodear las ciudades y tomarlas.

El proletariado, bajo la dirección de su Partido y con la guía del marxismo-leninismo de nuestra época, el pensamiento de Mao Tse-tung, es el encargado de llevar a la victoria la lucha secular de los pueblos de América Latina contra la explotación y el atraso. El proletariado, armado con el pensamiento de Mao Tse-tung, podrá triunfar donde no pudieron hacerlo los explotados del siglo pasado.

4.- La Burguesía Nacional

La burguesía no ligada directamente al imperialismo, y la pequeña burguesía urbana y rural, han jugado en la historia política de América Latina, un papel progresivo.

Hoy, sin embargo, la burguesía nacional ha cumplido su ciclo histórico. No tiene ni puede tener el contenido nacional burgués y antiimperialista de movimiento como el que encabezó Arbenz en Guatemala, Paz Estensoro en Bolivia y Perón en la Argentina.

La burguesía nacional, llevó a cabo en A. Latina, algunas modificaciones en la estructura económica y también en la superestructura política. Impulsó medidas tales como la nacionalización de las Minas en Bolivia; en Guatemala inició la reforma agraria; en Brasil a través del Código de minas nacionalizó el subsuelo, puso bajo la dirección del Estado la industria siderúrgica, y estableció el monopolio estatal para la explotación del petróleo y en la Argentina nacionalizó el comercio exterior, los fondos bancarios, los ferrocarriles, etc. En el terreno político ayudó a la implantación de los derechos democráticos, tales como el sufragio femenino, el voto secreto y la sindicalización obrera.

Pero la burguesía nacional desde el poder sólo propició soluciones que no afectan sustancialmente el poder económico del Imperialismo y las oligarquías nativas. Además utilizó la demagogia para engañar a las amplias masas y en particular desarrolló una profunda influencia ideológica sobre el proletariado de manera tal de tenerlo como una base de maniobra política.

La experiencia histórica nos demuestra a través de innumerables ejemplos, que la burguesía nacional no puede llevar hasta el fin la revolución democrática-popular. Perón, Vargas, Goulart y Paz Estensoro son ejemplos de como la burguesía nacional frente al ataque de la reacción, capituló en toda la línea, antes de movilizarse a las masas y armarlas.

Otra prueba de la incapacidad de la burguesía nacional para dirigir la revolución latinoamericana es el desarrollo y la situación actual de sus expresiones organizadas: los partidos políticos.

La historia de estos partidos políticos demuestra que son instrumentos anticuados e ineficaces para dirigir la lucha de las masas contra sus enemigos internos, aliados al imperialismo norteamericano. La experiencia del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) en Bolivia, del Trabalhismo en Brasil, del peronismo en Argentina, del partido dirigido por Jacobo Arbenz en Guatemala, el boshismo en la República Dominicana, etc. demuestra que esos partidos defecionan tarde o temprano. La capa superior de la burguesía nacional suelta sus intereses con el imperialismo y las oligarquías criollas y se alía con los enemigos de nuestros pueblos. Por eso muchos partidos burgueses, dominados por la capa superior de la burguesía nacional, siguen la suerte de sus dirigentes, y se convierten en instrumentos de la política pro-imperialista o de la permanente claudicación frente al Imp. Yanqui. Esos partidos se van convirtiendo en maquinarias electorales, incapaces de trabajar en la clandestinidad que vuelta a vuelta les imponen las oligarquías nativas y el imperialismo. Su transitorio paso por el poder acentúa los hábitos burocráticos y abre las puertas para la corrupción más escandalosa. En síntesis se convierten en maquinarias pesadas e ineficientes, corrompidas y permeables también por ello a la acción del enemigo, oligarquico-imperialista. Para demostrar que esto es cierto basta sólo con ver la historia del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) del Perú, que dirigido por Víctor Raúl Hya de la Torre canalizó hace varias décadas la oposición de las masas peruanas a la oligarquía y el Imperialismo. Hoy el APRA no es sólo un aparato desgastado, mucho más, es un partido reaccionario, que practica un furioso anticomunismo y que se ha convertido en mucame del imperialismo yanqui. El otro ejemplo es Acción Democrática de Venezuela, el partido de Rómulo Betancourt, de Raúl Leoni, de Gonzalo Barrios, todos ellos asesinos al servicio del Imperialismo, que han manchado sus manos con sangre de muchos patriotas venezolanos. Acción Democrática, como el APRA, no sólo se ha convertido en aparato reaccionario sino que es hoy el mejor lacayo del Imperialismo, encargado de reprimir a sangre y fuego la lucha armada desarrollada por

los revolucionarios de ese país, avanzada reaccionaria en los organismos interamericanos, junto a los peores títeres centroamericanos. Acción Democrática carga con el pesado crimen de haber entregado el petróleo venezolano a los pulpos petroleros yanquis, es responsable de los negociados más escandalosos, es avanzada del anticomunismo y de las provocaciones más abiertas contra Cuba. Tal es el fin de su camino.

Esta debacle de los partidos burgueses de América Latina, sumado al cada día mayor desprestigio de los tradicionales partidos oligárquicos y reaccionarios es positivo desde todo punto de vista. Se cierra así una etapa, la de las ilusiones en los partidos burgueses. Y se abre así una nueva etapa, la del nacimiento de los partidos marxistas-leninistas, orientados por el pensamiento de Mao-Tse-Tung y surgidos pensando en la guerra popular que habrán de librar y dirigir. Las masas explotadas de América Latina han hecho y hacen su experiencia dirigida en ciertos casos por estos partidos burgueses. Esa experiencia, insustituible, y la acción de las nacientes fuerzas marxistas-leninistas, crean las mejores condiciones para sustraer a las masas de la negativa influencia de la ideología burguesa y pequeño burguesa, e impulsarlas por el camino de la guerra popular.

Hoy día, en momentos en que la lucha contra el Imperialismo norteamericano se hace más aguda; cuando éste se vuelve más voraz y más agresivo, y su penetración económica, política y militar en A. Latina, llega a límites inigualados; y en que la base económica de la burguesía nacional se ve socavada ésta no puede ya alcanzar el poder político, y seguir un camino intermedio al que proponen el proletariado por un lado y la oligarquía y el imperialismo por otro.

La debilidad de la burguesía nacional señala con mayor claridad aún, la necesaria dirección del proletariado en la Revolución de Nueva Democracia, y la posibilidad de integrar sectores de las burguesías nacionales al frente único dirigido por el proletariado y su Partido.

5.- La Estrategia del Imperialismo

La política neocolonialista del imperialismo yanqui en América Latina se propone convertir a las naciones del continente, bajo una aparente y formal independencia política, en un solo bloque político económico, militar y cultural, dependiente de los dictados del gobierno imperialista de los EEUU. Sin embargo las diferencias entre las oligarquías latinoamericanas entre sí no han desaparecido. Por el contrario resurgen periódicamente los sueños que acariciaban, por ejemplo, las oligarquías brasileña y argentina, que pretenden convertir a esos países en potencias hegemónicas de esta parte de América. Es preciso por lo tanto que el proletariado sepa apreciar estas contradicciones para aprovecharlas en su momento oportuno.

Los préstamos del Fondo Monetario Internacional, del BID, el BIRF y demás organismos financieros del imperialismo; la política de falsa ayuda de la llamada Alianza para el Progreso; las inversiones de capitales que, además de extraer enormes ganancias, impiden toda actividad económica independiente; la ALALC, que se propone unificar el mercado latinoamericano en beneficio de los monopolios yanquis son algunos de los instrumentos del imperialismo para efectivizar su política de sometimiento económico.

La OEA, bien llamada "Ministerio de Colonias" del gobierno de los EEUU, es la encargada de aplicar la política internacional del imperialismo, con el acuerdo de los gobiernos títeres; los tratados que obligan a los gobiernos títeres a participar junto con los EEUU en las acciones militares emprendidas por ellos provenientes de la intervención en América de cualquier potencia extracontinental (y según la curiosa interpretación de los imperialistas, la guerra revolucionaria del pueblo producto de su explotación y miseria, es "intervención de una potencia extranjera"); son algunos de los instrumentos con que nos someten a la política del Departamento de Estado.

Las maniobras militares conjuntas con las fuerzas armadas de los EEUU; la escuela de entrenamiento para la lucha antiguerrillera que funciona en Panamá, donde los oficiales de los ejércitos títeres son educados por las fuerzas especiales del Ejército de los EEUU; la Junta Interamericana de Defensa, organismo de la OEA que planifica la represión a nivel continental; la actividad de las misiones militares de las embajadas norteamericanas y la participación de militares yanquis en la instrucción de nuestros ejércitos; el proyecto siempre rejuvenecido de creación de la Fuerza Interamericana de Paz; son algunos de los instrumentos de nuestra sumisión al Pentágono.

Asimismo el imperialismo yanqui se apoya en determinados países de América Latina para ejercer un control más estrecho sobre el resto. Así usa a Méjico como su principal peón en América Central, y del mismo modo Brasil y Argentina pugnan por ser el primer satélite norteamericano en el cono sur. Los EEUU buscan utilizar a estos países como plataforma de la agresión contra todo el continente y quiere hacer de los ejércitos de Méjico, Argentina y Brasil los pelotones de choque de la contrarrevolución continental. La respuesta a esta política imperialista será la transformación de los citados pueblos en los protagonistas decisivos de la Revolución de Nueva Democracia en nuestro continente.

La política de l imperialismo se propone convertir a América Latina en su tranquila retaguardia política, económica y militar, para la agresión de los pueblos asiáticos. Los imperialistas norteamericanos no solo reprimen el menor atisbo de una política independiente por parte de los gobiernos títeres, no sólo creen necesario ahogar cualquier intento de lucha popular, sino que todo esto debe ayudar a transformar la América nuestra en la retaguardia yanqui para agredir a Vietnam, ahogar en sangre la lucha de los pueblos del sudeste asiático, provocar y cercar a la República Popular China.

Sin embargo, la mayor sujeción y opresión impuestas por el imperialismo yanqui a nuestros pueblos, producen el resultado contrario al buscado. La retaguardia que desean los imperialistas tiende a convertirse en su frente. Y esto ocurre así incluso dentro de los mismos EEUU. Para agredir al pueblo vietnamita los representantes de los monopolios aumentan su opresión sobre el pueblo norteamericano y éste se levanta contra la opresión. Los imperialistas para resarcirse de sus pérdidas en otros continentes y huir de su intranquilidad, traen a América Latina sus inversiones y la intranquilidad, y los pueblos latinoamericanos se encargarán de que pierdan definitivamente las inversiones y la tranquilidad. No son los obreros y campesinos latinoamericanos los que marcharán al sudeste asiático a combatir por los imperialistas yanquis; serán estos los que deberán venir a América Latina, y seguramente serán recibidos con "honoras" por los obreros y campesinos armados.

6.- La Respuesta de los Pueblos frente a la agresión Imperialista

La creciente agresividad del imperialismo norteamericano, la superexplotación y opresión a que somete a los pueblos latinoamericanos, aliado a las oligarquías nativas, son la base sobre la cual se asienta la respuesta combativa de los pueblos de nuestras patrias. La resistencia de las clases explotadas, de esta parte de América va en aumento día a día. Colombia, República Dominicana, Venezuela, Brasil, Méjico, Uruguay, Chile, Argentina, Perú, Ecuador, Guayana, Guatemala, Panamá, Nicaragua y otros países, son escenario de violentas luchas en algunos casos ya en su forma armada. Las luchas por reivindicaciones inmediatas, sean estas obreras, campesinas o estudiantiles se combinan con luchas antidictatoriales de neto contenido político y claro sentido antiyanqui. Uno de los aspectos más positivos de la situación actual de las luchas es la convicción cada día mayor, de las masas en cuanto al necesario carácter antiyanqui de su pelea. Rara es la vez, en esta época de la lucha de clases en América Latina, que los pueblos se lanzan al combate y no atacan las posicio-

nes de los más conocidos lacayos del imperialismo, e incluso los mismos intereses o representantes directos de los monopolios yanquis.

La lucha antiimperialista va en aumento en esta parte de América y el punto más alto de los últimos años ha sido sin duda, en 1965 la guerra de Abril protagonizada por el heroico pueblo dominicano. Ahora una de las experiencias más importantes es la lucha armada que han iniciado obreros, campesinos e intelectuales revolucionarios de Colombia, bajo la dirección del Partido Comunista (marxista-leninista) de ese país. Allí en el Alto San Jorge y Alto Sinú ha comenzado esta nueva experiencia armada, orientada en este caso por el marxismo-leninismo de nuestro tiempo, el pensamiento de Mao Tse-Tung. Allí está puesta la esperanza del pueblo colombiano y otros pueblos del continente miran con gran atención esta lucha dirigida por los comunistas marxistas leninistas. Junto con la lucha del pueblo colombiano ocupa un lugar relevante el combate del pueblo brasileño contra la dictadura militar de Costa e Silva. La masividad de esa lucha y la persistencia del pueblo en la misma, abren magnificas perspectivas para pasar a etapas superiores. El pueblo mejicano se ha lanzado a violentas luchas que han servido para desenmascarar ante las masas a esos falsos defensores del pueblo que, lucrando con la historia revolucionaria mejicana, usurpan el poder del Estado y entregan el país a los yanquis. Las clases dominantes mejicanas representadas por su Partido Revolucionario Institucional (P.R.I.) masacraron al pueblo con ferocidad sin igual. La matanza de la Plaza de las Tres Culturas, donde se encerró y baleó criminalmente, con la ayuda de tanques y helicópteros artillados, a miles de estudiantes mejicanos, quedará para siempre viva en la memoria de los pueblos latinoamericanos y será otro de sus crímenes más horrendos, por los que habrán de rendir cuenta los oligarcas y reaccionarios de este continente. La lucha armada que, dirigida por grupos focuistas, se desarrolla en Venezuela, Guatemala y la misma Colombia, preocupa al imperialismo. Temen también por la posibilidad de que algunos de estos grupos se acerquen al marxismo-leninismo, rectifiquen sus errores políticos y militares, se unan a las amplias masas y alcancen la guerra popular. Luego la lucha del pueblo uruguayo, que ya ha cobrado un buen número de mártires populares, está ganando altura día a día y sirve no sólo para templar las fuerzas antiimperialistas, fortalecer las organizaciones revolucionarias, sino también para desenmascarar la mentira de la "Suiza de América", romper paulatinamente con el engaño de la democracia parlamentaria, acorralar al gobierno de Pacheco Areco y minar poco a poco la influencia revisionista sobre las masas. En Chile se va debilitando la demagogia del gobierno de Frei. El fracaso de la mentirosa Reforma Agraria frísta, los leoninos convenios del cobre con los yanquis, las matanzas de El Salvador y de la huelga general de noviembre de 1967, la baja del nivel de vida de los sectores desposeídos, etc. son cada uno un golpe al fraude electoral y la vía parlamentaria. Los revisionistas chilenos se hunden cada vez más en el pantano de la colaboración con la oligarquía chilena y los yanquis y están lanzados por entero a la lucha parlamentaria, esperanzados en la próxima elección presidencial. En Argentina desaparecen de la escena los partidos tradicionales, se debilita la influencia del peronismo en la clase trabajadora, entran en crisis los revisionistas criollos y crece lentamente la lucha popular, que se desembaraza gradualmente del pacifismo y de la ideología burguesa que la habían maniatado hasta ahora.

Resumiendo la situación revolucionaria en América Latina es buena. Afirmamos que están maduras las condiciones para emprender las más grandes hazañas revolucionarias, romper nuestra dependencia del imperialismo, acabar con el odioso e injusto sistema de explotación capitalista, terminar con los resabios precapitalistas liberar definitivamente nuestras patrias e instaurar el poder democrático popular, en marcha hacia el socialismo. Con avances y retrocesos, y reconociendo un desarrollo desigual en los distintos países, sostenemos que América Latina atraviesa por una buena situación revolucionaria. Existen condiciones objetivas inmejorables como consecuencia de la penetración imperialista en aumento. La penetración imperialista es una de las causas principales del freno a las fuerzas productivas, pues se apoya

para dominar más y más estos países, en los sectores más retrógrados y que representan más fielmente el privilegio. Y también crecen las fuerzas subjetivas de la revolución latinoamericana pues se acrecienta la confianza de los pueblos en la lucha armada, el odio antiyanqui y antioligárquico, la desconfianza en la burguesía, el descrédito de los revisionistas, el desprestigio de los partidos tradicionales y el prestigio de las nacientes fuerzas marxistas-leninistas. La marca revolucionaria latinoamericana alcanza nueva altura y, con avances y retrocesos, sigue su curso ascendente.

7.- La Lucha de la República Dominicana:

La resistencia del pueblo dominicano a la agresión del imperialismo norteamericano, culminó en abril de 1965 con la invasión yanqui a Santo Domingo. Esa experiencia fué uno de los puntos más altos de la lucha de los pueblos latinoamericanos y levantó oleadas de indignación contra los asesinos yanquis en todos los países de América. Fué también por parte del imperialismo, la acción represiva de mayor envergadura. Esa escalada yanqui fué un claro ejemplo de su debilidad y del ascenso de la lucha de los pueblos latinoamericanos.

Cuando los imperialistas yanquis comprendieron que el pueblo dominicano, que se había lanzado a las calles y comenzado a apoderarse de las armas de sus opresores, que había empezado a asaltar las comisarias y a liberar a los detenidos políticos, culminaba una etapa de aguda lucha de clases posterior a la caída del régimen de Trujillo acometiendo la empresa de tomar el poder, ya no confiaron más en el propio ejército dominicano, sino que decidieron intervenir ellos mismos en Santo Domingo. La furia incontenible del pueblo había debilitado seriamente a la fracción proyanqui del ejército comandada por Wessin y Wessin. Entonces, los imperialistas yanquis, viendo peligrar sus posiciones en uno de los países del continente al que ellos califican como su "patio trasero", no vacilaron en utilizar todo su poderío militar y aplastar por la fuerza de las armas la rebeldía popular. La forma en que actuaron los asesinos yanquis, cuando ocuparon la ciudad de Santo Domingo, demuestra que ya tenían sus planes concertados de antemano. Sabían donde tenían que colocar a cada uno de sus soldados, qué lugares tenían que ocupar primero, cuáles eran las posiciones estratégicas que les permitirían luego usar con efectividad sus poderoso armamento. Los helicópteros yanquis descargaron sus tanques, sus vehículos blindados, sus cañones y morteros, sus soldados en los lugares claves que ya habían estudiado con suficiente antelación las misiones militares yanquis, sus agregados militares y los múltiples asesores que visitan los países americanos. Así como en Santo Domingo, los yanquis tienen su plan para cada ciudad importante de América Latina.

Las fuerzas del pueblo en cambio carecían de planes para continuar su lucha en las nuevas condiciones que imponían la presencia de los soldados imperialistas, fueron tomadas por sorpresa, e imposibilitadas de hacer valer en toda su plenitud el inmenso poder creador de las masas.

Los camaradas revolucionarios dominicanos han estudiado cuidadosamente esa experiencia y han sacado conclusiones que constituyen un valioso aporte a la formulación de una estrategia para derrotar al imperialismo norteamericano en América Latina.

En primer lugar, la experiencia de la Guerra de Abril es un bofetón a las concepciones pacifistas que levantan los renegados revisionistas, y una muestra bien clara de la ferocidad del imperialismo que todos los pueblos de América Latina jamás olvidarán. El pueblo dominicano y sus organizaciones revolucionarias pasaron por esa experiencia y comprendieron la naturaleza agresiva del imperialismo norteamericano y su temor ante el pueblo en armas. Aprendieron también la íntima relación que existe entre el imperialismo yanqui y las clases explotadoras de su patria. Sacaron lecciones en lo que hace al revisionismo. En efecto los revisionistas dominicanos marcharon a la cola del sector más conciliador de la burguesía nacional, mientras los revi-

sionistas soviéticos, maestros de los primeros, se unieron a los imperialistas yanquis para votar el cese del fuego en las Naciones Unidas, a fin de desarmar al pueblo dominicano y someterlo a la farsa electoral que luego tendría lugar.

La débil participación del campesinado y la influencia conciliadora de la burguesía nacional en el frente único, fueron particularidades de la lucha del pueblo dominicano. De ellas deducen los compañeros revolucionarios dominicanos, en segundo lugar, la importancia de la alianza obrero-campesina, columna vertebral del frente único de los explotados que bajo la dirección del proletariado, debe unir a todas las clases y capas enfrentadas al enemigo principal, el imperialismo norteamericano y sus aliados nativos. La construcción y consolidación de esa alianza es el trabajo fundamental que deben encarar los revolucionarios para sentar las bases del frente antiimperialista. Sin la dirección del proletariado, expresado en su Partido de vanguardia, el Partido Comunista, ese frente carecerá de la firme orientación que sólo la clase obrera puede dar y que nadie puede reemplazar.

Las fuerzas revolucionarias, encerradas en los estrechos marcos de Santo Domingo, arrinconadas contra el mar y obligadas a sostener una guerra de posiciones frente a un enemigo tácticamente superior, no pudieron romper el férreo cerco que les impusieron los asesinos yanquis. Entonces, día a día, a pesar de los milos de ejemplos heroicos que brindó el pueblo dominicano, enfrentando a fuerzas muy superiores a las suyas, fueron esfumándose las posibilidades de salir de Santo Domingo para buscar un teatro más apropiado para la guerra, y para sumar a la lucha a las masas campesinas, que no tuvieron la oportunidad de participar tan activamente en esa guerra y quedaron aisladas del resto. De aquí la tercera conclusión: sin preparar de antemano las condiciones en el campo, mediante un trabajo paciente y minucioso entre las masas campesinas, sin haber previamente movilizado y organizado a las masas campesinas, preparándolas para una lucha prolongada, no es posible continuar en el campo la lucha armada que se ha iniciado en la ciudad. Los compañeros dominicanos intentaron insurreccionar otras ciudades del interior y levantar otras guarniciones del ejército, pero ello fracasó. Concluyeron así peleando desventajosamente en la ciudad capital, Santo Domingo, hasta que el armisticio puso fin a las hostilidades. La guerra de Abril concluyó así, en un revés transitorio de la revolución dominicana.

La lucha espontánea del pueblo dominicano desbordó a las organizaciones revolucionarias en su primer momento. Y así fué como se vieron imposibilitadas de canalizar la lucha en una dirección más adecuada y exitosa. Sin ninguna estrategia elaborada de antemano las masas se lanzaron al combate, y a muchos revolucionarios se les planteó el problema de encabezar o no una empresa que comenzaba espontáneamente con errores graves que luego comprometerían el triunfo. Frente a esa situación sólo cabía una respuesta: participar en las primeras filas de esa batalla era un deber irrenunciable. Y las masas que son los jueces más justos y más severos al mismo tiempo, también dieron su veredicto. Los que renunciaron a la lucha desde el primer momento como los revisionistas, fueron rápidamente eliminados de las filas revolucionarias. Otros, que con el pretexto de que era imposible la victoria en esas condiciones y se apartaron del combate, también fueron repudiados por las masas. De lo anterior se deduce la cuarta conclusión a que arribaron los compañeros dominicanos: no hay ningún deber por encima de servir por entero al pueblo, y esto solo puede hacerse junto a las masas que combaten a nuestros enemigos jurados.

Por eso era reaccionario apartarse del combate y "teorizar" mientras las masas y los auténticos revolucionarios derramaban heroísmo a manos llenas, aprendían a combatir combatiendo, comprobaban en la práctica el carácter de tigre de papel del imperialismo, se demostraban a sí mismos la capacidad de los pueblos latinoamericanos para aniquilar a los frágiles soldados yanquis.

Evidentemente el imperialismo apagó ese incendio que tuvo lugar en el Cari-

be debido a la inexperiencia del pueblo dominicano y a la falta de una dirección correcta, pero sólo en el medio de la tormenta, a la cabeza de las fuerzas revolucionarias, era posible cambiar en parte el curso de los acontecimientos, y recoger después de la transitoria derrota los frutos de esa gran experiencia, y el cariño de las masas hacia aquellos que fueron capaces de darlo todo por el pueblo, sin pensar en el precio que habrían de pagar por ello.

La experiencia de Santo Domingo demuestra una vez más la importancia del pensamiento de Mao Tse-Tung, como la herramienta ideológica más importante que está hoy al alcance de todos los revolucionarios del mundo. Esa bomba atómica espiritual es cada vez más necesaria para nuestros pueblos, de ella surge una estrategia victoriosa, probada en los campos de batalla de China, Vietnam, Laos, Tailandia, Birmania, Indonesia, etc., graduada con el máximo puntaje en su enfrentamiento con la estrategia imperialista, temida por estos últimos como consecuencia de sus continuas derrotas. Por ello afirmamos que hoy no hay posibilidad de victoria sin adherir por entero y sin reservas al marxismo-leninismo de nuestro tiempo, el pensamiento de Mao Tse-Tung.

En la República Dominicana se abren magníficas perspectivas en la misma medida en que camadas enteras de revolucionarios fogeados en el combate, con arraigo en las masas y con un profundo cariño por su pueblo y odio sin límites al imperialismo se acercan al pensamiento de Mao Tse-Tung. La Guerra de Abril ha sido una fragua donde se han templado muchos revolucionarios dominicanos que tienen hoy una experiencia inapreciable. Y por su parte las masas han acrecentado su odio antiyanqui han aprendido a combatir y se ha creado las mejores condiciones de conciencia de las masas para que emprendan el camino de la guerra popular.

8.- La Política de los Partidos Revisionistas de América Latina:

Los partidos revisionistas constituyen una poderosa quintacolumna dentro de las filas revolucionarias del continente. Adhieren fielmente a las tesis revisionistas que tuvieron su expresión más alta en el XX y XXII Congresos del PCUS. Difusores del más descarado pacifismo, propagandistas de la competencia pacífica entre el imperialismo norteamericano y el revisionismo soviético, opositores a la lucha armada de los pueblos, son hoy una camarilla de renegados que causan un gran daño a la revolución. Objetivamente se convierten en una ayuda inapreciable para las oligarquías latinoamericanas y para el mismo imperialismo yanqui. Son los representantes de la burguesía proimperialista en el seno del movimiento obrero y enemigos jurados de la Revolución de Nueva Democracia y de la guerra popular. Para servir a la política de coexistencia pacífica entre la Unión Soviética y los EEUU estos partidos no vacilan en cumplir la función de saboteadores y bombas de la lucha revolucionaria de nuestros pueblos. De esta manera ayudan a la política soviético norteamericana de reparto del mundo en esferas de influencia y represión en común a los pueblos. Así es como postergan las reivindicaciones más elementales de los pueblos latinoamericanos en aras de la "coexistencia pacífica" y para no desatar el "conflicto nuclear".

Los partidos revisionistas con una base ideológica tan corrupta, ante un imperialismo como el norteamericano, que en la medida en que se acerca a su ocaso definitivo acrecienta su explotación, su barbarie y su represión, están hoy a la derecha del antiimperialismo pequeño burgués y aún de la misma burguesía nacional, y no pertenecen en consecuencia al campo del pueblo. De allí nuestra obligación de desmascararlos ante las masas, desalojarlos de las filas revolucionarias y arrojarlos al basurero de la historia, junto a los más odiados servidores del imperialismo y las oligarquías nativas.

Estos partidos revisionistas, que usurpan el nombre de comunista y confunden con ello a las masas, se caracterizan además por seguir fielmente, en la mayoría de

los casos, el bastón de mando que dentro del campo revisionista empuña la camarilla dirigente del PCUS. Esta situación da características muy peculiares a los destacamentos latinoamericanos del revisionismo internacional. En efecto, no sólo viven implorando ante los enemigos de nuestros pueblos, corriendo detrás del "burgués progresista de turno", frenando a las masas para evitar la "catástrofe atómica", sino que también subordinan, los intereses concretos de las masas explotadas en aras de los intereses chovinistas de gran potencia de la URSS. No se da en nuestro continente, por lo menos con la gudeza que en Europa, el conflicto dentro del mismo campo revisionista. Allí los archirevisionistas italianos, franceses, checoslovacos, etc. se enfrentan con la camarilla soviética; su disidencia fundamental sólo recide en la velocidad con que marcha hacia el capitalismo. Aquí en América Latina, al menos hasta el momento, aún sigue firme el dominio revisionista soviético y son pocas y escasas las voces de discordia que se escuchan. Por eso, en la medida en que siguen bastante fielmente el comás que marcan los cabecillas soviéticos, los partidos revisionistas latinoamericanos son capaces de levantar posiciones contrarrevolucionarias como las señalaremos a continuación. En Brasil mientras la dictadura de Costa e Silva reprime con saña feroz al pueblo, la URSS otorga préstamos a los gorilas brasileños. Qué hacen entonces Prestes y su partido revisionista? Colaborar con este crimen, propiciar el "diálogo" con la dictadura para evitar, según dicen, que se perpetúe en el poder un gobierno parecido al de Franco en España, o al de Oliveira Salazar en Portugal. Derramar a manos llenas ilusiones en algún sector de la burguesía y aún de la mismísima dictadura, desarmar ideológicamente a las masas y propagandear la vía pacífica. En Colombia, mientras el gobierno ultrarreaccionario de Lleras Restrepo golpea sin piedad a los combatientes populares, hambrea a las clases explotadas y entrega el país a los yanquis, la URSS le otorga préstamos y hasta le vende helicópteros que luego se usan para combatir contra los guerrilleros. El embajador soviético en Colombia Nicolás Belous se banquetea con los responsables directos del asesinato de los patriotas colombianos como el ministro de Defensa general Ayerbe Chaux y el director de la policía general Bernardo Camacho Leiva. Qué hacen entonces Gilberto Vieira y su partido revisionista? Venden la baratija del parlamentarismo en el mismo momento en que el pueblo colombiano ya ha emprendido el camino de la guerra popular dirigido por el Partido Comunista (m-l) de Colombia. Hay muchos ejemplos más en Chile, Venezuela, Perú y en la misma Argentina, pero con tanto basta y sobra para demostrar en que forma los partidos revisionistas tienen una política para sus países, que es la prolongación de la política del revisionismo soviético, y principalmente del acuerdo soviético-norteamericano para repartirse el mundo en esferas de influencia y reprimir en común a los pueblos. Los destacamentos nacionales revisionistas se ponen al servicio de ese acuerdo soviético-norteamericano, y su posición frente al imperialismo norteamericano sigue los vividos propios de la permanente lucha entre imperialistas y revisionistas, por rapiñar cada uno la parte que le toca al otro en el reparto. Así también en América Latina la política de los revisionistas frente al imperialismo ha oscilado entre el "espíritu de Camp David" (cuando se entrevistaron Eisenhower y Krushchev en los EEUU) y el "acuerdo de Glassboro" (encuentro entre Johnson y Kosigyn) por un lado, y la crisis de los U2 (cuando el espía Gary Powers cayó con su avión en la URSS) y luego la crisis del Caribe (el famoso asunto de los cohetes soviéticos retirados de Cuba por imposición yanqui y revisionista), por el otro. Nunca la sangre llega al río, pero sí en cambio se hinchan las palabras, y ocasionalmente hay algunas escaramuzas; pero en todos los casos no se trascienden los límites de la política de coexistencia pacífica, ni se sale de los marcos del camino pacífico.

El programa de los partidos revisionistas de América Latina, es el programa de la coexistencia pacífica y de la vía pacífica, y no se opone en esencia a las necesidades del imperialismo y las oligarquías nativas. Es un programa para que nuestros pueblos sigan sometidos al control, saqueo y explotación del imperialismo yanqui. Es un programa para que sigan padeciendo la "ayuda yanqui", para que empiecen

a "beneficiarse" con la ayuda soviética y continúan soportando pacíficamente la violencia del imperialismo yanqui.

La respuesta que los revisionistas dan al aprisionamiento de nuestra economía por los préstamos del imperialismo yanqui, no es la Revolución de Nueva Democracia y la guerra popular, que desconozca estas deudas y libere las fuerzas productivas, sino la solicitud de préstamos a la Unión Soviética, a más bajo interés. La respuesta de los revisionistas al apoderamiento de nuestra riqueza, por parte del imperialismo yanqui no es la Revolución de Nueva Democracia que nacionalice estas riquezas, sino facilitar las inversiones soviéticas, para que compitan pacíficamente con las inversiones yanquis. La actividad de los partidos revisionistas en América Latina tiene un claro contenido contrarrevolucionario y debe ser denunciada ante las masas. La aplicación mecánica, por los partidos comunistas latinoamericanos, de la justa política del frente único antifascista, en el curso de la segunda guerra mundial, la conciliación con el imperialismo yanqui y con las clases dominantes, en virtud de esa aplicación mecánica, y de la influencia del bowdlerismo sobre numerosos partidos latinoamericanos, constituyen los antecedentes que facilitaron la adhesión de dichos partidos a la ideología burguesa del revisionismo moderno. Estos partidos revisionistas tienen diversas tácticas, y muestran distintas caras, para llevar adelante su programa reaccionario y sabotear la lucha de los pueblos. En Chile persisten en engañar a las masas con la ilusión de la vía pacífica, los frentes electorales y la oposición parlamentaria al gobierno por-imperialista de Frei, a que se proponen suceder, o con el que se proponen compartir el gobierno, exigiendo así una adecuada retribución por su trabajo de frenar el movimiento de masas. En Paraguay siembran en las masas ilusiones golpistas e ilusiones electorales, ayudando así a afianzar la dictadura de Stroesner y preparar su sucesión. En otros países como Guatemala o Venezuela, levantaron además la bandera de la lucha armada, para tomar la dirección de la lucha, sabotearla e impedir que se convirtiera en guerra popular, para negociarla luego con el imperialismo y sus lacayos en mejores condiciones. Han cambiado la traición a la lucha armada, por la participación en las elecciones.

En la Argentina, frente a una dictadura cruel y transitoriamente consolidada, recurren a la componenda con los viejos políticos prooligárquicos y proimperialistas, para golpear juntos las puertas de los cuarteles. Esos cuarteles donde esperan inutilmente encontrar el sable providencial que reemplace la actividad armada de las masas y que sustituya a la dictadura militar por otra dictadura de idéntico contenido de clase, esta vez bajo su forma parlamentaria y constitucional.

Los revisionistas son los peores enemigos infiltrados en las filas revolucionarias, no sólo por sus ideas reaccionarias, su traición al marxismo-leninismo y el descrédito que traen para la causa de los verdaderos revolucionarios, sino también por la influencia que todavía conservan sobre sectores de las masas explotadas de América Latina. Estos renegados conservan aún prestigio en el movimiento obrero, influyen negativamente, si bien han perdido su posición dominante, en el movimiento estudiantil y son los mentores ideológicos del sector más conciliador de las burguesías latinoamericanas. En cuanto al movimiento campesino, sobre todo entre los campesinos pobres y obreros rurales, a los que siempre subestimaron, nunca tuvieron una influencia relevante; a pesar de ello, allí también se constituyen en un freno.

La importancia de los revisionistas como enemigos de la revolución no se mide por la cantidad de sus efectivos, en muchos casos muy disminuidos, sino fundamentalmente por el peso de sus ideas en el seno de las masas. Podemos decir sin equivocarnos que en la mayoría de los países de América Latina ellos son los responsables principales de la deformación ideológica que aqueja a los movimientos de masas. Quiénes sino los revisionistas han difundido el veneno del pacifismo? Quiénes sino los revisionistas han propagandeado hasta el cansancio la desconfianza en la lucha armada? Quiénes sino los revisionistas han conducido a los pueblos de América Latina al callejón sin salida de la opción continua entre variantes burguesas? Cuántos intelecto-

tales revolucionarios prostituyeron su arte, su literatura, su ciencia, y castraron sus posibilidades como antiimperialistas a causa de la influencia revisionista? Evidentemente muchos, como lo prueba la historia de la lucha de clases en este continente.

Por otra parte los revisionistas tienen una gran experiencia y, en ciertos casos, militantes prestigiados ante las masas, a los que usan para mantener las posiciones que otros consiguieron sobre la base de su sangre y de su esfuerzo combatiente. Por un lado su larga experiencia, y por el otro la existencia en sus filas de ciertas figuras respetadas por las masas, les permite una gran capacidad de readaptación a las nuevas circunstancias. Pueden así vestirse con distintos ropajes, conservando la misma esencia. Pueden así aparecer bajo distintas formas. Pueden lucrar con la sangre de los mártires obreros, campesinos y estudiantiles, apropiarse del cariño que las masas les dispensan, para continuar engañándolas.

Que los revisionistas pueden presentarse bajo distintas formas lo demuestra la existencia de traidores como Arizmendi y Pompeyo Márquez, ambos personajes de primera línea en el elenco revisionista. El primero, Arizmendi, puede sentarse en la OLAS junto a los más notorios partidarios del fequismo, traicionar la lucha armada que propugnó en esa Conferencia, practicar el parlamentarismo más abyecto en su patria, el Uruguay, y ser al mismo tiempo un buen lacayo revisionista. En cuanto al segundo, Pompeyo Márquez, del P.C. Venezolano, puede entregar la lucha armada a cambio de la posibilidad de unas bancas parlamentarias, puede delatar a los guerrilleros venezolanos, puede ser excluido de la OLAS por traidor a la lucha armada y a su pueblo y ser también al mismo tiempo un buen lacayo Jruschovista cómplice junto con Arismendi de la política revisionista latinoamericana.

Además los revisionistas siguen usando el gran prestigio que ganó la URSS en los heroicos tiempos de Lenin y Stalin. Se apoyan muchas veces en el cariño que muchos patriotas latinoamericanos profesan al socialismo.

Esta es otra causa más que facilita su capacidad de maniobra y engaño.

Asimismo los revisionistas latinoamericanos son un obstáculo nada desdeñable para la formación de los partidos marxistas-leninistas. Su actividad provocadora, que llega incluso a asumir características policiales, para calumniar a los verdaderos revolucionarios es lo permanente.

El repugnante odio antichino de que hacen gala los revisionistas de América Latina demuestra una vez más su esencia reaccionaria. Ese odio antichino y las continuas provocaciones no tienen posibilidad de éxito, pero transitoriamente dañan la causa de los marxistas-leninistas, confunden a más de un revolucionario honesto y traen el desaliento a otros. En síntesis dificultando y oponiéndose al nacimiento de las fuerzas marxistas-leninistas, hacen un gran favor al imperialismo yanqui y sus aliados.

Y por último, como también influyen sobre los sectores más conciliadores de la burguesía nacional, para conducirlos al diálogo y finalmente al acuerdo con el imperialismo, consiguen no sólo la neutralidad sino incluso el apoyo activo, en ciertas circunstancias, de la misma oligarquía y el imperialismo. Así por ejemplo en la Argentina cuando comenzó la luna de miel del revisionismo criollo con el ala proyanqui del peronismo (giro a la izquierda del peronismo", unidad con Vandor, etc.) contrabando ideológico. Arrastraron a los sectores más radicalizados del peronismo a juntarse con los elementos proimperialistas. Confundieron una vez más a la masa obrera y estudiantil. Retrasaron la lucha del pueblo.

Por esto, si bien los revisionistas latinoamericanos arrastran un proceso de

crisis permanente, del cual no podría salir sino para terminar en su sepultura política, tenemos que prever que la lucha contra el revisionismo durará aun un largo período, aun cuando existe una contradicción insalvable y mortal entre su historia reciente, sus posiciones, su ideología, su misma base social, pequeño-burguesa, por un lado, y el desarrollo en auge de las fuerzas revolucionarias proletarias en el seno de la clase influyendo sobre todo el pueblo, ^{por el otro.} Sus palabras y sus propuestas políticas se dan de patadas con la realidad. Los hechos son testarudos y refutan día a día el pacifismo, la coexistencia pacífica, la transición pacífica, la confianza en la burguesía, el diálogo y el acuerdo con los explotadores.

De lo anterior se desprende la necesidad impostergable de luchar contra el revisionismo en todos los terrenos, pero fundamentalmente de desmascararlos frente a las masas, desprestigiarlos ante ellas y exterminar su influencia sobre ellas.

Para comprender su calidad de enemigos no debemos olvidar que los revisionistas usando un nombre del cual han renegado -comunistas- levantando una bandera que ya han arriado definitivamente - el marxismo-leninismo-, adhiriendo formalmente a una causa a la que ya no pertenecen -la causa del proletariado mundial-, pueden cumplir un papel reaccionario que ni los mismos imperialistas o las oligarquías nativas pueden desarrollar como ellos. Ese es el extraordinario servicio que les prestan. Inapreciable servicio que sólo ellos pueden aportar. Por todo esto debemos odiarlos igual que al imperialismo, y sólo luchando frontalmente contra ellos podremos combatir eficazmente contra el amo yanqui.

Por todo ello, afirmamos que la desviación derechista, que significa el revisionismo jruschovista, es el peligro principal que acecha al movimiento revolucionario en América Latina. Sus concepciones pacifistas burguesas que se oponen a la preparación y al inicio de la lucha armada y el camino parlamentario que pregonan, son el blanco principal de nuestra crítica, y el problema estratégico central a esclarecer entre las masas.

El carácter de enemigos jurados del movimiento revolucionario, que tienen los revisionistas, impide toda acción en común con ellos, y marca la necesidad de trazar una clara línea divisoria, en lo ideológico, político y organizativo, entre ellos y nosotros, para determinar con claridad esa línea divisoria es imprescindible adoptar como base ideológica de toda oposición verdadera, el marxismo-leninismo de nuestro tiempo, el pensamiento de Mao Tse-Tung.

La posición de principio frente al revisionismo es algo vital para todos aquellos que se proponen combatir al imperialismo. Hoy es más cierto que nunca que no hay posibilidad de luchar exitosamente contra el imperialismo, sin enfrentar al mismo tiempo al revisionismo.

9.- La Política Focista para América Latina:

El triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959, su transformación en revolución democrática popular y el posterior curso socialista, despertaron la ira del imperialismo y estimularon la lucha de los pueblos de América Latina. En efecto la revolución venía a demostrar en nuestro continente la naturaleza de tigre de papel del imperialismo yanqui, la importancia de la lucha armada en el derrocamiento de su dominación y el carácter contrarrevolucionario de la vía pacífica predicada por los revisionistas.

Al mismo tiempo la Revolución Cubana abría una brecha en América Latina y se convertía en un nuevo obstáculo para la concentración de la agresión imperialista en el sudeste asiático. El imperialismo yanqui, a través de la CIA organizó la

invasión en la Bahía de los Cochinos. El fracaso de la invasión, derrotada por la amplia movilización de las masas cubanas armadas, obligó al imperialismo a dar un paso más en la escalada iniciada contra el pueblo cubano, y es así como amenazó con la presión aérea directa, por una parte, y recurrió a la inestimable colaboración de los revisionistas soviéticos por la otra, obteniendo ahora sí mejores resultados. Esto ocurrió en 1962, en oportunidad de la llamada crisis del Caribe, cuando el acuerdo Krushev-Kennedy impuesto al gobierno y pueblo cubano, obligó al retiro de los cohetes soviéticos instalados en Cuba y sometió el caso cubano a las Naciones Unidas, pisoteando la soberanía cubana.

La dirección del Partido y del Gobierno Revolucionario Cubano fueron vacilantes frente a la acción de los revisionistas soviéticos en esa circunstancia. En los mismos días de la crisis sostuvieron correctamente que no correspondía la interferencia de la UN en asuntos que sólo competían al pueblo cubano y criticaron la retirada inconsulta de los cohetes por parte de los revisionistas. Pero luego no enfrentaron con la firmeza necesaria los arrestos revisionistas. La ofensiva soviética protagonizada en aquel entonces por Anastas Mikoyan tuvo sus frutos, como luego se verá. Luego de la crisis de los cohetes, donde se patentizaron las oscilaciones cubanas; se produjo un viraje acentuado de esa dirección hacia posiciones francamente oportunistas. Desde 1962 la política cubana registra los siguientes hechos negativos: la concurrencia a la reunión escisionista celebrada en Moscú en marzo de 1964; la adhesión a la política de "acción conjunta" de los revisionistas soviéticos en la cuestión de Vietnam; la declaración de los partidos revisionistas de América Latina, firmada en La Habana en octubre de 1963, condenando a los marxistas-leninistas como fraccionalistas; la afirmación de Fidel Castro acerca de que la polémica entre marxistas-leninistas y revisionistas, en el movimiento comunista internacional, era similar a las discusiones teológicas de la Edad Media sobre cuantos ángeles cabían en la cabeza de un alfiler; los viajes de Fidel Castro a la URSS para visitar al maestro del revisionismo contemporáneo Nikita Krushev; las alabanzas de Fidel Castro a Nikita Krushev, luego del citado viaje, calificándolo de "gran marxista-leninista"; la firma de la declaración conjunta con la URSS donde se afirma la identidad con la política de la camarilla dirigente del PCUS y sus concepciones revisionistas que tuvieron su expresión más alta en el XX y XXII Congreso del PCUS; las afirmaciones de que la Revolución Cubana había sido posible por la "correcta política de coexistencia" que desarrolló la URSS; los reiterados ataques a la República Popular China y al líder de la revolución mundial, camarada Mao Tse-Tung; el discurso de Fidel Castro del 13 de marzo de 1966 donde calificó a la dirección del PCCH de ser poco menos que un consejo de ancianos, que se oponía al avance de nuevas camadas de comunistas; los ataques insidiosos y por sorpresa pocos días antes de la Tricontinental contra el Partido Comunista de China y el pueblo chino, utilizando como pretexto y tergiversando, la cuestión de las negociaciones de China y Cuba sobre el arroz; las falsas acusaciones vertidas por Fidel Castro en sus discursos del 6 de febrero y 13 de marzo de 1966 donde calumnió a China lanzando cargos de "deshonestidad"; de actuar "con la más venenosa intención", de recurrir a los peores métodos de piratería, opresión y filibusterismo" y de haberse sumado de hecho al bloqueo económico que el imperialismo Yanqui impone a Cuba; las acusaciones al Partido Comunista de China, "responsabilizándolo de la división del Movimiento Comunista Internacional y del campo socialista"; la aceptación de la división internacional del trabajo impuesta por los revisionistas soviéticos que profundiza el carácter monoprodutor de azúcar por parte de Cuba;

La deliberada exclusión de las fuerzas marxistas leninistas/^{tanto} de la Tricontinental, como de la Primera Conferencia de la OLA; el apoyo a la invasión a Checoslovaquia perpetrado por los revisionistas soviéticos, a pesar de las críticas secundarias que la acompañaron.

Junto con estos hechos que, entre otros, señalan la línea general de la dirección del Partido y el gobierno cubanos, esa dirección se ha opuesto a aspectos parciales de la política de la Unión Soviética y de los partidos revisionistas de América Latina. Ejemplos de ello son las críticas a los préstamos y la ayuda militar brindada por los revisionistas soviéticos a ciertas oligarquías latinoamericanas, como las de Brasil y Colombia; y también las críticas de Fidel Castro al partido revisionista venezolano - cuando este partido traicionó abiertamente la lucha armada que desarrollan en Venezuela grupos guerrilleros orientados por concepciones foquistas.

Pero en todos los casos, la dirección cubana ha encarado estas diferencias como contradicciones en el seno del pueblo, sin advertir el carácter de enemigos de la revolución que tienen los revisionistas. No se ha atrevido tampoco a denunciar la esencia de la política revisionista, que es la colaboración soviético-norteamericana para repartir se el mundo en esferas de influencia y reprimir en común la lucha de los pueblos.

Este comportamiento oportunista y centrista de la dirección del Partido y del Gobierno Revolucionario Cubanos tiene las siguientes consecuencias. En primer lugar, permite a las camarillas más consecuentemente revisionistas, librar la lucha por el poder en el seno del Partido y del Gobierno cubanos. En segundo lugar, contribuye a mantener en la confusión a importantes sectores de revolucionarios y de las masas influenciadas por la política cubana e impedir, de hecho, que tomen partido por el marxismo-leninismo y contra el revisionismo. En tercer lugar, constituye un toque de atención para las reservas revolucionarias del Partido y el pueblo cubanos, dispuestos a continuar la tradición revolucionaria de su patria, enfrentando al imperialismo y al revisionismo.

La dirección del Partido y del Gobierno Revolucionario cubanos trata de resolver su conflicto con los revisionistas más descarados mediante métodos administrativos y burocráticos, sin apelar a las masas. Así ocurrió, por ejemplo, con la sonada condena de Aníbal Escalante. Escalante, que primero fué destituido de su cargo de responsable de organización de las O.R.I. (Organizaciones Revolucionarias Integradas), acusado de "seguitarismo", abandonó Cuba para establecerse en Europa Oriental, y regresó después con otros pretextos, para concluir organizando una fracción en el Partido Comunista de Cuba, con apoyo de los revisionistas soviéticos. La condena de Aníbal Escalante es una muestra de como la dirección cubana puede sancionar a un lacayo revisionista sin rozar casi a su patrón, en este caso la camarilla dirigente del PCUS.

Todo esto fue posible por la ausencia de una verdadera lucha política e ideológica, y por la falta de una real crítica y participación de las masas cubanas. Esa lucha, política e ideológica, y esa crítica y participación de las masas, hubieran debilitado seriamente el poder del revisionismo. Una dirección oportunista y centrista y el revisionismo pueden sobrevivir a varios juicios como ese y pasar por varios tribunales, pero ni una ni otro podrían sobrevivir a una Revolución Cultural, que impulsara a las masas cubanas a luchar por el poder y revolucionarizar su ideología. Esta contradicción que existe entre el pueblo cubano y el revisionismo es antagónica, y sólo puede resolverse favorablemente para los intereses del pueblo de Cuba optando por el marxismo-leninismo, pensamiento de Mao Tsé-tung, abandonando el centrismo y el oportunismo, y renegando de la conciliación con el revisionismo.

Pero para ello, será necesario que los revolucionarios proletarios cubanos, que han pasado por la prueba de la lucha contra el imperialismo, se tornen en la lucha contra el revisionismo y apoyándose en las reservas revolucionarias de su pueblo, enfrenten primero y derrotan después al revisionismo, al oportunismo y al centrismo.

El centrismo sólo puede favorecer al enemigo revisionista y al imperialismo norteamericano, pues lleva a la pasividad a los elementos confundidos por su política y concepción de la iniciativa a nuestros oponentes.

Además, en toda manifestación de la lucha de clases, y esta entre el revisionismo y el marxismo-leninismo lo es también, no hay empate. O trunfa el revisionismo y con él la contrarrevolución, o prevalece el marxismo-leninismo y se consolida y fortalece la revolución. El centrismo es inestable por esencia y es previsible su inclinación más o menos rápida hacia uno de los dos bandos en pugna. En general, tal como lo muestra la historia, los centristas terminan inclinándose hacia el campo revisionista. Pero en el caso del Partido Comunista de Cuba, como en el de todos los partidos centristas, sostene mos que en definitiva terminarán siendo vencidas las concepciones equivocadas luego de compleja, dura y prolongada lucha.

El centrismo de la dirección cubana tiene una importante y nociva influencia en América Latina. No nos extenderemos aquí en la crítica a esa desviación pues ya en la parte internacional de este mismo proyecto se analizan las características del centrismo, sus raíces ideológicas y políticas. En cambio, si nos vemos en la obligación de señalar que dentro de los partidos que sustentan una posición centrista, la dirección cubana tiene la peculiaridad de desarrollar una persistente política antichina, característica que no comparten otros centristas. Esta particularidad de la dirección cubana debe ser combatida por los marxistas-leninistas y todos los revolucionarios latinoamericanos con absoluta firmeza, pues se constituye en uno de los rasgos más dañinos de la dirección cubana.

Como consecuencia de su conciliación con el revisionismo soviético y de su odio antichino, la dirección del Partido y Gobierno Revolucionario cubanos asume también una actitud de abierta oposición a las fuerzas marxistas-leninistas, orientadas por el pensamiento de Mao Tsé-tung. Se opone activamente a la construcción de los Partidos Comunistas Revolucionarios de América Latina que impulsen la lucha de las masas hacia la Revolución de Nueva Democracia y hacia la Guerra Popular. Esta oposición a las fuerzas marxistas-leninistas es otra de las peculiaridades de la dirección cubana, de consecuencias nefastas para la lucha de los pueblos de Latinoamérica.

La conciliación con el revisionismo soviético ha impedido que la Revolución Cubana cumpliera el importante papel de estímulo a las luchas de las masas explotadas de América Latina que en su momento jugó. No es posible jugar ese rol, sustentando al mismo tiempo una posición centrista y oportunista frente a la camarilla soviética y sus seguidores.

La dirección cubana, mientras se caracteriza por su conciliación con el revisionismo, su oposición a China y a la construcción de los Partidos Marxistas-leninistas y su centrismo en la polémica internacional, se diferencia también por la estrategia foquista que propone y lleva a la práctica en América Latina. Así es como los cubanos promueven la creación de focos guerrilleros aislados de las masas, que reemplacen a éstas y a su Partido. La concepción foquista, en tanto no se propone luchar contra el revisionismo y desenmascararlo, y no opone al revisionismo una concepción del Partido, un programa, una estrategia, una política y una táctica basados en el pensamiento de Mao Tsé-tung, pretende llegar a un acuerdo con los partidos revisionistas sobre la base de su oposición al pensamiento de Mao Tsé-tung, a la Guerra Popular y a los Partidos Marxistas-leninistas.

El revisionismo soviético puede soportar el foquismo fomentado por Cuba y sus reiterados fracasos. No podría soportar en cambio, el apoyo por parte de la dirección cubana, a los partidos marxistas-leninistas, y el inevitable desarrollo de la Guerra Popular que incorpore las masas al combate y culmine en la victoria de la Revolución de Nueva Democracia. Por su parte, los partidos revisionistas de América Latina que no pueden coexistir con los partidos marxistas-leninistas, encargados de desenmascararlos, se oponen activamente al desarrollo de la Guerra Popular que aparta a las masas de los dirigentes que la traicionan, y pueden en cambio coexistir con la acción de grupos armados aislados de las masas afirmando el camino pacífico sobre la base del fracaso de las experiencias armadas foquistas. Los partidos revisionistas de América Latina no temen a la lucha armada alejada de las masas y cercana a su influencia. Así es, pues, los foquistas, que niegan la necesidad del partido del proletariado que habrá de conducir la

guerra del pueblo, no dejan de recurrir a los servicios de los partidos revisionistas, bien sea para cumplir tareas de apoyo logístico al grupo guerrillero, para servir de enlace con él, para organizar la solidaridad en las ciudades o incluso para incorporar a combatientes al núcleo insurreccional. Ese acercamiento a los partidos revisionistas es para los grupos foquistas como el abrazo del oso, acaba sofocándolos y hasta matándolos como ocurrió en Bolivia, Venezuela, etc. Así por ejemplo, el acuerdo del PC Boliviano (revisionista) con la guerrilla del Che Guevara demostró cuales eran las verdaderas intenciones de los revisionistas; dominar al grupo guerrillero y usarlo como pieza de negociación con el gobierno de Barrientos.

La concepción foquista deposita su confianza en la acción de grupos armados, que inician la lucha armada y pretenden desarrollarla aislados de las masas y apoyados tan sólo en las características geográficas favorables, el secreto de su actividad y su heroísmo revolucionario individual.

La concepción foquista acerca de la lucha armada contradice los principios fundamentales de la guerra popular. Por ejemplo, niega el contenido democrático popular de la revolución en América Latina y sostiene en cambio el carácter socialista de la misma. Esto hace que, en cierta medida, coincidan objetivamente con posiciones equivocadas y nocivas defendidas desde hace largos años por el trotskismo. Rechaza así mismo la necesidad de construir bases de apoyo rurales, para rodear las ciudades desde el campo y finalmente tomarlas; por el contrario los grupos foquistas se convierten en bandas de insurgentes errantes, que deambulan por el campo sin plan, sin organizar ni movilizar a las masas, sin poder hechar sólidas raíces entre las masas campesinas y ganarlas para el ejército popular, urgidos permanentemente por la necesidad de eludir la acción de las fuerzas armadas enemigas. Afirma también que la lucha armada se desarrollará principalmente en el campo pero que no será una guerra campesina dirigida por el proletariado, en la misma medida que niega el carácter democrático popular de la revolución. Se opone al trabajo prolongado y minucioso entre las masas, para organizarlas, movilizarlas e incorporarlas al combate, descansando en cambio, en la acción de héroes individuales que reemplazan a las masas.

Los foquistas niegan el carácter prolongado de la lucha contra el imperialismo y confían en que varios conflictos con resultados negativos para el amo yanqui lo conducirán a una derrota apocalíptica. Pero donde se ve con más claridad su oposición al carácter prolongado de la guerra es en la negativa a la concepción de las bases de apoyo. Por nuestra parte sabemos que es imposible sostener una lucha prolongada sin contar con bases de apoyo, para poder ir devorando al enemigo bocado por bocado. Entonces negar la necesidad de construir bases de apoyo es oponerse al carácter prolongado de la guerra.

Por su parte los foquistas confunden las características de la guerra en su primer etapa, guerra de guerrillas, con el curso de toda la guerra. No comprenden entonces que para liquidar en gran escala al enemigo es necesario contar con ejércitos capaces de librar la guerra de movimientos, y aún de posiciones, de acuerdo a la etapa de desarrollo de las acciones armadas. Es evidente que para aniquilar definitivamente a las fuerzas armadas enemigas deberemos contar con unidades muy superiores en efectivos y poder bélico, a los destacamentos guerrilleros. Estos últimos son insuficientes para liquidar totalmente al enemigo que habremos de enfrentar. Los foquistas no dan respuesta a los problemas militares y políticos que plantea la lucha armada en sus etapas superiores y sólo circunscriben sus planteos a la etapa de la guerra de guerrillas, pretendiendo extenderla erróneamente a todo el curso de la guerra.

Resumiendo, en América Latina, la desviación foquista no es el peligro principal que afecta al movimiento revolucionario, pero dificulta la acción contra el imperialismo yanqui y las oligarquías nativas. El peligro principal que amenaza al movimiento revolucionario es el revisionismo stalinista. Pero es que no debemos convertir al foquismo en el blanco principal de nuestra crítica, pero sí debemos llevar adelante una penetrante y firme lucha ideológica, para eliminar la influencia que posee sobre muchos revolucionarios y ciertos sectores de las masas. Nuestra lucha contra el foquismo debe

centrarse en lo que son sus debilidades notorias; su conciliación con el revisionismo, su oposición al pensamiento de Mao Tse-Tung, sus ataques a las fuerzas marxistas-leninistas, su posición crudamente antichina y su estrategia foquista. Sólo la firme lucha contra esta desviación secundaria, el foquismo, permitirá que, sobre la base de la adhesión a la lucha armada, el odio antiimperialista y antioligárquico de muchos de sus seguidores, y sus contradicciones con el revisionismo soviético, se acerquen al pensamiento de Mao Tse-tung y lleguen en definitiva al camino de la guerra popular.

10.- El surgimiento de las fuerzas marxistas leninistas

La traición de los revisionistas modernos al movimiento comunista internacional, y la lucha contra esta traición por parte de los marxistas-leninistas de todo el mundo, encabezados por el Partido Comunista de China, guiado por el pensamiento de Mao Tse-Tung, se refleja en América Latina en la formación de los partidos y organizaciones marxistas-leninistas en más de diez países. La Revolución Cultural Proletaria, que impulsa el avance del movimiento comunista internacional, ha dado un extraordinario apoyo a la formación y desarrollo de esos partidos y organizaciones. La República Popular China, convertida en una gran escuela del pensamiento de Mao Tse-Tung, constituye un gran ejemplo para todos los partidos comunistas marxistas-leninistas de América Latina, verdaderas escuelas de estudio y aplicación de ese pensamiento que se preparan a las masas para la guerra popular. Estos partidos afrontan la tarea de ligar el proceso de construcción del Partido, del Frente Único y del Ejército del Pueblo, siguiendo las enseñanzas marxistas-leninistas acerca de la función de estas tres herramientas de la revolución democrático popular y de la guerra popular. Estos partidos han trazado una clara línea divisoria entre ellos y el revisionismo en lo ideológico, político y organizativo y combaten activamente en los frentes antiimperialista y antirrevisionista. Han verificado en la práctica que sólo el marxismo-leninismo les permite luchar exitosamente en los dos frentes. Estos partidos han enfrentado a las corrientes foquistas y encontraron también en el pensamiento de Mao Tse-Tung las orientaciones correctas para rechazar exitosamente esta variante de la ideología pequeño burguesa. Esa orientación fundamental les permite poner en primer plano la política proletaria, llevar adelante la línea de masas y marchar hacia la guerra popular. Estos partidos a diferencia de los revisionistas no tienen existencia legal y viven en la clandestinidad que les imponen sus enemigos y su propósito real, y no simplemente declamado, de hacer la guerra popular. Esos partidos también a diferencia

de los revisionistas, dan una gran importancia al trabajo campesino, conscientes de que será el campo el teatro principal de la lucha por un largo período y de que serán los campesinos el apoyo principal del ejército del pueblo. Por último esos partidos realizan una intensa propaganda entre las masas pero no viven en función de la prensa, ni buscan la repercusión periodística de cada una de sus acciones, persiguen en cambio el objetivo de organizar y movilizar a las masas y llevar sus luchas hasta la altura de la guerra del pueblo.

Estos partidos están, en su conjunto, en la etapa de su formación, y tienen la fuerza de todo lo que nace. Hacen denodados esfuerzos por convertirse en los núcleos dirigentes de la revolución democrático popular que se desarrolla en América Latina. Su fortalecimiento contribuirá decisivamente al desarrollo de la situación revolucionaria de este continente. En ellos está puesta la esperanza de los pueblos latinoamericanos. Estos partidos son lo nuevo, frente a lo viejo y caduco, hoy representado por los partidos revisionistas y demás partidos burgueses.

Una de las experiencias más avanzadas de América Latina es la que está desarrollando actualmente el Partido Comunista (marxista-leninista) de Colombia. Este partido forjado en la lucha contra el revisionismo, apoyado en la tradición revolucionaria de Colombia, en su influencia en importantes sectores del proletariado y el pueblo,

y en el trabajo paciente y minucioso entre las masas campesinas, ha iniciado la guerra popular en la zona del Alto Siná y el Alto San Jorge. Allí los representantes de distintas organizaciones de masas, que venían soportando la acción de los servicios represivos, declararon que para continuar su lucha contra la oligarquía y el imperialismo, era necesario iniciar la lucha armada. Así lo hicieron ya con éxito, comenzando el combate armado que en un proceso prolongado, habrá de conducir a la oligarquía colombiana y al imperialismo norteamericano a su tumba definitiva.

Aprender de los comunistas de América Latina, asimilar sus conclusiones para aplicarlas a nuestra realidad concreta y enseñar con su ejemplo a los revolucionarios argentinos, es una tarea de los comunistas revolucionarios de nuestra patria. Apoyarnos en las experiencias más ricas de aplicación del pensamiento de Mao Tsé-tung sobre el trabajo en el movimiento obrero, campesino, estudiantil y la guerra popular; ayudar con nuestro trabajo en el movimiento de masas y de la preparación de la guerra popular en nuestra patria a los otros pueblos del continente, y avanzar de esta manera hacia una estrategia continental de la guerra popular contra el imperialismo, son también tareas de los comunistas argentinos.

11. Las tareas de los comunistas y la situación latinoamericana.

La política exterior de la dictadura militar pro-yanqui responde a los intereses del imperialismo norteamericano, de las clases dominantes argentinas y de las minorías reaccionarias de todo el mundo. Consiste en alinearse incondicionalmente junto al imperialismo yanqui en su política de agresión, apoyar activamente la política criminal contra el pueblo vietnamita, apoyar la intervención imperialista en todos los países del mundo a través de las Naciones Unidas y la colaboración norteamericano-soviética, participar del bloqueo económico, político y militar de la O.E.A. orquestado por el imperialismo yanqui, cooperar con los imperialistas norteamericanos en sus planes agresivos contra Cuba, desempeñar junto a la dictadura brasileña la misión de gendarme de los pueblos latinoamericanos y servir de retaguardia al imperialismo yanqui para sus propósitos de agredir y cercar a la República Popular China.

La política exterior de la revolución de Nueva Democracia, por el contrario, responde a los intereses de la clase obrera y el pueblo argentino y de la clase obrera y los pueblos de todo el mundo. Consiste en oponerse a la política de agresión del imperialismo yanqui, apoyar activamente la lucha del pueblo vietnamita y de todos los pueblos del mundo, oponerse y denunciar la política de colaboración norteamericano-soviética, unirse a la lucha de los pueblos latinoamericanos, solidarizarse activamente con Cuba en defensa de su soberanía e integridad territorial, y formar parte del Frente Único Mundial Antiyanqui dirigido hoy por la República Popular China.

Pero afirmamos que el principio fundamental que anima a los comunistas revolucionarios argentinos, en el terreno de la política internacional, es que la mejor forma de solidaridad con otros pueblos consiste en hacer la propia revolución. Los principios de internacionalismo proletario y nuestra concepción internacionalista de la lucha contra el principal enemigo de todos los pueblos y por la eliminación de la explotación del hombre por el hombre en todo el mundo, nos imponen la obligación de solidarizarnos continuamente con la lucha de otros pueblos. En cambio nos oponemos al falso internacionalismo de los revisionistas, que no es más que un pretexto para no cumplir sus deberes para con el pueblo argentino. Por último rechazamos también la falsa solidaridad de los revisionistas, que no hacen sino comerciar con el heroísmo ajeno y especular con el interés de las masas en la lucha de otros países.

El ejemplo del pueblo vietnamita y de otros pueblos que libran la guerra popu-

lar contra el imperialismo debe ser difundido, para alentar a las masas explotadas argentinas, y porque es una tarea en la que se concretan los objetivos de la política exterior de la Revolución de Nueva Democracia y la oposición a la política exterior de la dictadura militar proyanqui.

La propaganda entre la clase obrera y su participación en la tarea de solidaridad con sus hermanos de clase de otras partes del mundo, debe ayudarla a elevar su nivel de conciencia, en particular de sus elementos de vanguardia. Esta tarea es parte de la permanente lucha política contra la burocracia sindical que se opone a la solidaridad de la clase obrera argentina con otros proletarios y explotados de los restantes países de América Latina y del mundo.

En especial la propaganda entre los sectores obreros dedicados al transporte, de preparar las condiciones para impedir efectivamente que nuestro país siga siendo utilizado para abastecer a los criminales de guerra yanquis en sus propósitos agresivos contra los pueblos, en especial el vietnamita.

La Revolución de Nueva Democracia triunfará en nuestra patria con la invencible estrategia de la guerra popular, y el pueblo argentino, unido a los pueblos latinoamericanos y a todos los pueblos del mundo aniquilará a los caníbales del siglo XX, los criminales yanquis, contribuyendo a abrir una nueva era en la historia de la humanidad.

..... 50.-

1er Congreso Nacional

**PROYECTO DE RESOLUCION
SOBRE
SITUACION
NACIONAL**

Vanguardia Comunista
enmarcha hacia la constitución del
Partido Comunista
Revolucionario



S I M A R I O

pag.

PARTE I : EL CARACTER DE LA SOCIEDAD Y EL CARACTER DE LA REVOLUCION.-

1.-La formación de la sociedad argentina.....	1
A .Esquema de su desarrollo.....	1
B .Las luchas populares.....	6
2.-La sociedad argentina actual.....	8
A)Argentina, neocolonia del imperialismo yanqui.....	8
B)El desarrollo capitalista dependiente de la Argentina....	10
C)La industria y el Capitalismo dependiente	14
D)La situación en el campo y el capitalismo dependiente....	17
E)La contradicción principal.....	19
3.- Los blancos de la revolución argentina...	
A)Los enemigos.....	20
B)El enemigo principal.....	22
C) Los blancos de la revolución no son invariables.....	22
D)Los blancos de la revolución son tigres de papel.....	22
4.-Las tareas de la revolución.-	
A)La unidad de la oligarquía y el imperialismo.....	24
B)La unidad de las tareas de la revolución.....	24
C)El carácter nacional-democrático de la revolución.....	25
5.-Las fuerzas motrices de la revolución	
A)Las clases populares.....	26
B)La clase dirigente de la revolución y su organización política.....	33
C)El frente único revolucionario.....	36
6.-Perspectiva	40
7.- La nueva argentina.....	43

PARTE II: PROBLEMAS ESTRATEGICOS DE LA REVOLUCION ARGENTINA

1.-Via armada de la revolución.....	1
2.-Caracter de la guerra.....	7
3.-Camino de la revolución	12
4.-El ejercito popular.....	21
5.-La preparación de la guerra.....	23

Parte I : El carácter de la sociedad y el carácter de la revolución.-

-1-

PROYECTO DE RESOLUCION SOBRE LA SITUACION NACIONAL

1.- La formación de la sociedad argentina.-

A. ESQUEMA DE SU DESARROLLO.-

La sociedad argentina ha pasado en su desarrollo por varias etapas. Hasta 1810 fué una sociedad colonial, de economía mercantil relativamente encerrada en los límites de la colonia y su metrópoli española, en la que imperaban relaciones de producción semifeudales, con supervivencias aun más atrasadas (como la esclavitud de los negros y la servidumbre de los indígenas). El desarrollo de los ganaderos de Buenos Aires y la burguesía comercial no ligada al monopolio español, estimulado por el capitalismo británico, entró en contradicción con el orden colonial y los restos del monopolio comercial español. Esta contradicción se resolvió a través de la Revolución de Mayo, que si bien tuvo a su vanguardia, en un principio, a demócratas revolucionarios como Moreno, rápidamente cayó bajo la dirección de los hacendados y los comerciantes independientes del monopolio español debido a la débil base social de los morenistas.

La Revolución de Mayo y las guerras de la independencia destruyeron el aparato burocrático militar y reinial, a través de una lucha armada prolongada que se apoyó, y en la que tuvieron una participación activa, las grandes masas del pueblo. Si bien la Revolución de Mayo forma parte de la revolución burguesa mundial, la característica de las clases que tomaron el poder y su temprana vinculación con el capitalismo colonial británico, hicieron que las tareas revolucionarias se limitaran al logro de la independencia política y a la aplicación de ciertas medidas democráticas. Es así que por un lado se castiga a los lacayos de los colonialistas, se declaran abolidas la esclavitud y la servidumbre de los indígenas, y por otro se establece definitivamente el libre comercio, abriéndose el país a la entrada masiva de las manufacturas británicas, se mantienen las formas de explotación semifeudal de los trabajadores, se conserva el régimen de propiedad de la tierra y se permite la apropiación de las tierras fiscales por los grandes latifundistas. Estos hechos produjeron un auge de la producción ganadera y del comercio a través del puerto de Buenos Aires; la ruina de las artesanías locales y familiares, y con ellas de varias economías provinciales; la aparición de una inmensa masa de desocupados, arruinados y hambrientos. Estos procesos desatan múltiples contradicciones: la de las masas populares, en particular del interior, con los estancieros y comerciantes ligados al capital inglés; la de varias oligarquías del interior, en ruina progresiva, con la burguesía comercial porteña y el capitalismo inglés; la de los mismos estancieros de Buenos Aires con la burguesía comercial porteña, totalmente parasitaria y representante más fiel de los burgueses de Inglaterra, etc. El gobierno de Rivadavia fué el mejor representante de la política de la burguesía comercial porteña y sus acciones de brutal servicio al capitalismo inglés (como el sistema de empréstitos y la hipoteca consiguiente del conjunto de la tierra pública a capitalistas británicos, a través de la ley de enfiteusis) agudizan al máximo esas contradicciones y en particular llevan a que se rompa el frente común de estancieros de Buenos Aires y los grandes comerciantes porteños, ambos vinculados directamente al capitalismo inglés. Los estancieros de Buenos Aires conciertan entonces una alianza con las oligarquías del interior para mantener dentro de ciertos límites, los vínculos con el capital británico, desplazar del poder a la burguesía comercial y frenar y reprimir en común a

1.- Era una economía mercantil pues en ella imperaba una forma de la división del trabajo en que los productos del mismo tenían por destino principal el cambio y no el consumo personal directo o de pequeñas comunidades cerradas y autosuficientes en lo fundamental, que caracteriza al feudalismo. No tenía el carácter de una economía capitalista pues la producción de mercancías no se daba fundamentalmente a través de la explotación del trabajo asalariado.

las masas alzadas espontáneamente. Así llega el rosismo al poder.

Durante este período los estancieros bonaerenses se apropian en gran escala de la tierra pública. Desarrollan la producción saladera que colocan entre los propietarios de esclavos de Brasil, Antillas y sur de Norteamérica. Mantienen las viejas relaciones de producción que imperaban en las estancias. Al mismo tiempo permiten que sus aliados reestablezcan las aduanas interiores y puedan así volver a impulsar algunas actividades productivas que competían con las mercancías inglesas. La burguesía comercial porteña ve reducido su mercado a la provincia de Buenos Aires. El capital británico ve relativamente limitados sus beneficios.

La aplicación de esta política y los cambios que se producen en el orden internacional van generando nuevas contradicciones: la de algunas oligarquías locales del litoral con los estancieros de Buenos Aires (dado que esas oligarquías desarrollaban una producción similar a la bonaerense, ansiaban establecer vínculos directos con los capitalistas británicos y pugaban por dirigir la alianza que habían establecido con los ganaderos bonaerenses que como pago por su respeto al proteccionismo interior obligaban a todas las importaciones y exportaciones a pagar derechos en el puerto de Buenos Aires que ellos se embolsaban) la de los estancieros dedicados a la cría de lanares y ganado mestizo para la exportación en pie con los grandes ganaderos saladeristas opuestos a la cría de lanares y desinteresados en la cría de vacunos mestizos dado que los animales aptos para saladeros y curtiembres eran los criollos la de los terratenientes interesados en la venta de tierras para colonización y en la explotación de arrendatarios inmigrantes (para el desarrollo de la agricultura y la mejora de las tierras de pastoreo) con los ganaderos de Buenos Aires, opuestos a la inmigración y la agricultura. Estas contradicciones se sumaron a la ya existente entre la burguesía comercial porteña y el capitalismo británico por un lado y el régimen liberado por los ganaderos que limitaban sus mercados comerciales y sus ganancias financieras, por el otro.

La disminución paulatina de la demanda internacional de tasajo, la demanda creciente de lanas por los empresarios textiles ingleses, el avance de la demanda inglesa de carnes y granos, crearon las condiciones para el debilitamiento progresivo de los grandes saladeristas y el fortalecimiento de sus oponentes. La alianza de éstos con el imperio del Brasil (principal agente británico en América del Sur por aquel tiempo) liquidó al régimen rosista.

Se abre entonces un período de penetración en gran escala del capitalismo británico, de endeudamiento con él a través de múltiples empréstitos, de organización del grueso de la producción nacional en función de la demanda inglesa y del comercio interior y el transporte en ese mismo sentido. Un período de copamiento progresivo del comercio exterior y gran parte del comercio interior mayorista, del transporte y las primeras industrias transformadoras de la producción nacional por parte de la burguesía inglesa, sus testaferros y socios.

Un período también de nuevas luchas entre distintos círculos oligárquicos por el control del estado. Luchas que tienen su punto más alto en el enfrentamiento de la alianza de los nuevos estancieros bonaerenses y la burguesía comercial porteña (dispuestos a convertir a Buenos Aires en estado independiente para preservar su apropiación de las rentas de la aduana y su relación "privilegiada" con el capital británico) con la Confederación del resto de las provincias (unión del conjunto de las oligarquías locales bajo la dirección de los estancieros entrerrianos liderados por Urquiza, vinculados también al capital británico y deseosos de establecer relaciones de igualdad con los oligarcas de Buenos Aires).

Esta lucha concluye con una serie de concesiones mutuas a través de las cuales los oligarcas bonaerenses vuelven a convertirse en grupo dominante dentro de la oligarquía, para no abandonar esa posición por un largo período.

La situación se mantendrá desde 1880 hasta 1916. Es esta la época de oro de la oligarquía a la que siempre sueña volver. En ella finaliza en lo fundamental la apropiación de las tierras fiscales por los latifundistas. Se difunde la agricultura a través de la salvaje explotación de los arrendatarios. Aparece la gran industria de capital imperialista y oligárquico (frigoríficos, grandes talleres ferroviarios, grandes molinos harineros, etc.); en la que los trabajadores son explotados 10, 12 y hasta 14 horas por día, para recibir a cambio salarios de hambre, ausencia absoluta de leyes sociales y derechos políticos y vivir hacinados en conventillos.

Es este el período en que la Argentina se constituye definitivamente en semicolonias del imperio británico, en que la oligarquía se unifica alrededor de los oligarcas bonaerenses, en que comienzan a difundirse con amplitud las relaciones capitalistas de producción impulsadas desde arriba.

Esta época celestial para la oligarquía estaba grávida de tormentas. Los cambios en el proceso productivo determinaban la aparición de nuevas contradicciones de clase. La del recién nacido proletariado industrial con la burguesía (que estallarían en múltiples luchas, sobre todo huelgas económicas, desde 1880) la de los campesinos arrendatarios con los terratenientes (que encontraría su punto más alto en el llamado Grito de Alcorta de 1912); la de la incipiente burguesía nacional industrial con los monopolios imperialistas y la oligarquía; la de los ganaderos criadores con los oligarcas invernaderos asociados directamente a los frigoríficos. El estallido de estas contradicciones hace tambalear el poder imperialista-oligárquico, lo obliga a hacer concesiones y es entonces que llega al gobierno el irigoyenismo, por la vía electoral a través de las primeras elecciones nacionales con sufragio universal. Frente a los intentos limitadamente antiimperialistas y antioligárquicos de este movimiento político hegemónico por los ganaderos criadores, oligarcas e imperialistas conservan su poder económico y militar.

Debilitadas sus bases sociales y atacado duramente por la reacción, el régimen irigoyenista es derribado por la acción unida de las potencias imperialistas y los oligarcas locales, el 6 de setiembre de 1930.

La crisis económica que sufre todo el mundo capitalista en 1930 lo empuja a acentuar los rasgos imperialistas que se manifestaban desde principios de siglo. Se acrecienta la monopolización de la economía y el estado, se convierte en comité administrador de los negocios comunes de los monopolios, que éstos utilizan no sólo contra los trabajadores como lo hacía antes, sino también contra los sectores no monopolistas de la burguesía, y aun contra grupos monopolistas rivales. La intervención del estado en la economía toma en estas condiciones un sentido reaccionario y no progresista. Otra consecuencia de la crisis del 30 es la quiebra de la vieja estructura del comercio internacional: el liberalismo comercial y la interdependencia absoluta reemplazadas en parte, por el proteccionismo y la búsqueda de la autosuficiencia (autoabastecimiento), con el objeto de que nuevas crisis no repercutan tan directa y ampliamente en todo el mundo capitalista y no se difundan con tanta rapidez. Esta situación acentúa el cambio de las viejas relaciones de dependencia (producción primaria para exportación, importación de manufacturas) propias del período preimperialista, por las nuevas relaciones de dependencia caracterizadas por la exportación de capitales y por el envío de los beneficios a los países imperialistas. En nuestro país se reflejan estos procesos de una manera peculiar. Después de la crisis mundial el imperialismo británico comienza a caer e impone durísimas condiciones a su semicolonias argentina, con el objeto de mantener su dominio. Se restringen las exportaciones e importaciones, se limita la producción agrícola en ciertos rubros, se incrementa la inversión imperialista (automotores y anexos, energía, comunicaciones) y oligárquica la industria, se alzan barreras proteccionistas, aumenta considerablemente el papel del Estado en la regulación reaccionaria de la economía. Como consecuencia de este crecimiento considerablemente la producción industrial y se incrementan las filas del proletariado. Este crecimiento no absorbe la masa de desocupados

generada por la crisis y el auge de la monopolización agraria. El proceso de concentración creciente del poder económico y político se refleja en la forma de gobierno. Son los años de la década infame, de la proscripción del radicalismo y del fraude "patriótico".

Al mismo tiempo las barreras proteccionistas y el descenso de las importaciones, sumados a la existencia considerable de mano de obra barata y a la existencia de una masa de capital sin perspectivas de alta rentabilidad en la agricultura y el comercio, crean las condiciones para un notable desarrollo de la pequeña y mediana burguesía industrial nacional.

En medio de estos procesos se desata la 2ª guerra mundial que influye considerablemente en la evolución de los mismos, pues de ella salen derrotado el imperialismo alemán, debilitado definitivamente el imperialismo británico y fortalecido el imperialismo yanqui, aunque impedido de organizar de inmediato su dominio sobre el imperio más vasto de la historia, y de concretar su control sobre él por la necesidad de concentrar su atención sobre Asia y Europa.

Es así que la posguerra encuentra a nuestro país dividido por múltiples contradicciones: la del proletariado (nutrido por grandes contingentes de población rural arruinada y falta de dirección política por la traición revisionista de los dirigentes del Partido Comunista) con la burguesía en particular con la monopolista imperialista y oligárquica; la de la burguesía industrial nacional en expansión con los monopolios imperialistas y la oligarquía; la de los obreros rurales y los campesinos con los terratenientes; la de los imperialistas británicos con los imperialistas norteamericanos por el control del país.

Aprovechando la transitoria debilidad de los imperialistas y su lucha entre sí; y las dificultades de la oligarquía (privada transitoriamente del sostén imperialista y acosada por distintas clases), la burguesía nacional industrial llegó al gobierno a través del peronismo. Su política fué la de apoyarse en los obreros de la ciudad y el campo y establecer su dirección sobre ellos, concediéndoles alguna de sus reivindicaciones largamente ansiadas, limitar el poder imperialista en nuestro país, emprendiendo una política progresiva de nacionalizaciones, pero sin tocar la gran industria de propiedad imperialista (y aún financiando algunos de sus sectores, como los frigoríficos) y limitar a los terratenientes (a través del control del comercio exterior y la congelación de los arrendamientos), pero dejando sin tocar su derecho de propiedad sobre la tierra. A medida que avanzaba la experiencia peronista el gobierno fué cayendo progresivamente en manos de la capa superior de la burguesía nacional industrial, que así como perdía su condición de burguesía media, abandonada también su posición nacional. Junto con ella desarrollábase también una burguesía burocrática (compuesta por aventureros o advenedizos, al estilo de Jorge Antonio, que gozaban de los favores oficiales).

A fines de la década del 40, principios del 50, el carácter nacionalista y de mocrático del gobierno peronista comenzó a debilitarse y a perderse. Las capas superiores de la burguesía en el poder comenzaron a tratar de establecer un acuerdo con el imperialismo norteamericano y a oprimir más y más a los trabajadores conciliando cada día de manera más abierta con los sectores de la oligarquía partidarios de este curso.

El relativo desarrollo industrial por vía capitalista, dentro del campo capitalista mundial y dirigido por una débil burguesía que se oscindía progresivamente desembocaba inevitablemente en una claudicación de los círculos dominantes frente al imperialismo.

Se plantaron entonces nuevas contradicciones de las que la principal

era la del proletariado, campesinos y otros sectores pequeño-burgueses con el imperialismo yanqui, la oligarquía y la capa superior de la burguesía que se convertía aceleradamente en gran burguesía. La resolución de esta contradicción a favor de las fuerzas reaccionarias les exigía deshacerse del equipo político peronista, incapaz de aplicar de una manera consecuente, una política de mano dura hacia el proletariado y demás sectores populares, sin atentar contra su masa de maniobra. El gobierno peronista incapaz y temeroso de apoyarse en las masas por su condición de clase, cayó ofreciendo débil resistencia frente al golpe gorila de Setiembre de 1955.

Con la claudicación del gobierno peronista, y en particular desde el gobierno de Frondizi, nuestro país entró plenamente en la órbita norteamericana. El imperialismo británico fué sustituido en su control de la sociedad argentina por el imperialismo norteamericano.

El establecimiento de esta dominación determina una serie de cambios en el proceso productivo, que se reflejan en las clases y la lucha de clases. El dominio imperialista yanqui sobre nuestra economía se apoya en su control sobre la gran industria y es de ella de dónde los imperialistas extraen sus más jugosos beneficios.

Este dominio imperialista sobre la gran industria ha supuesto el avance de la monopolización sobre todas las ramas industriales y la liquidación o subordinación de grandes sectores de la pequeña y mediana burguesía industrial. Y determina también el avance de la superexplotación obrera.

Los sectores oligarquicos tradicionales ligados al imperialismo británico y la estructura que éste impuso a nuestra patria forcejearon a lo largo de 10 años (desde 1955 a 1966) con el imperialismo norteamericano y el sector de la oligarquía ligado a él. Aquellos sectores fracasaron en su búsqueda de una salida que no supusiera una sumisión absoluta al nuevo centro imperial, y su último y más notorio fracaso fué protagonizado por el gobierno de Illia, que empezó anulando los contratos petroleros y rompiendo con el F.M.I. y el Banco Mundial y terminó claudicando frente a los Monopolios yanquis en toda la línea.

El establecimiento de la dictadura militar proyanqui es la coronación de la ofensiva de los monopolios norteamericanos y sus socios por establecer su dirección predominante sobre el estado. La dictadura militar, que responde totalmente a los intereses de los imperialistas yanquis y los nuevos y viejos oligarcas asociados a ellos ha impulsado el proceso de liquidación de la resistencia a la ofensiva de los monopolios yanquis y de establecimiento de la nueva dominación norteamericana. Ha favorecido el proceso de conversión de la Argentina en lo que hoy es: una neocolonia del imperialismo norteamericano con un desarrollo capitalista dependiente.

Utilizamos la expresión neocolonia pues con ella queremos indicar:

- 1) la existencia de relaciones de dependencia que se apoyan en el dominio imperialista sobre la gran industria que produce para el mercado local (y en perspectiva latinoamericano);
- 2) la asociación de los monopolios no sólo con sectores de la vieja oligarquía terrateniente y comercial, sino también con una gran burguesía formada no únicamente por terratenientes y comerciantes que invirtieron sus rentas y beneficios en la industria, sino formada también por burgueses industriales (que fueron nacionales y perdieron su condición de tales); y
- 3) la generalización de las relaciones de producción capitalista en la sociedad.

De esta manera tratamos de diferenciar el tipo de dominación que el imperialismo

(sigue al pie pag. siguiente)

B.- LAS LUCHAS POPULARES.-

La historia de la dominación imperialista y oligárquica sobre nuestro país es también la historia de la lucha popular por resistir esa dominación y liquidarla. El pueblo argentino se liberó del colonialismo español a través de una larga guerra de liberación nacional que tuvo como protagonistas a las masas movilizadas y armadas. En esa guerra lucharon no sólo los ejércitos regulares, sino también las guerrillas y grupos de pobladores armados. El contingente principal de esos ejércitos estuvo constituido por los peones, labradores, artesanos, esclavos libertos, etc. que protagonizaron cientos de combates y que regaron con su sangre heroica desde el Río de la Plata hasta el Perú.

Más tarde grandes contingentes de las masas populares se sumaron a las montoneras que resistía la nueva dominación británica y de la oligarquía bonaerense. Larga y cruenta resistencia que llega hasta el 80, que va desde el paisanaje nucleado alrededor de Artigas hasta el que rodeó al Chacho. La última y más radical expresión de esta resistencia es la insurrección de Quera, en que los campesinos de la Puna se alzan contra los terratenientes que los someten desde la época colonial, y luchan por la tierra y la libertad.

Estas largas y heroicas luchas de los trabajadores del campo fracasaron porque carecían de dirección proletaria, eran en muchos casos capitalizadas por oligarcas locales o militares que se asociaban a ellos.

Con el 80 y el avance de la penetración inglesa, y del desarrollo de las relaciones capitalistas de producción y de la aparición de los ferrocarriles, las ametralladoras y los fusiles de repetición en manos de los ejércitos de la oligarquía, se cierra la primera etapa de guerras civiles.

Obreros y campesinos nutridos por luchadores europeos y su experiencia abrieron una nueva etapa de lucha. Luchas jalonadas por el Grito de Alcorta y otras huelgas agrarias; por los combates obreros de la Semana Trágica, la matanza de Gualeguaychú, las huelgas de peones de la Patagonia, la huelga de 90 días de la construcción y el paro general de solidaridad en 1936. Etapa en que revolucionarios proletarios como Guido Fioravanti a través de un trabajo insansable basado en su firme posición de clase y en su fidelidad a la revolución, van forjando la dirección del Partido Comunista sobre el movimiento obrero. Etapa en que el movimiento obrero organiza sus primeros sindicatos y avanza en su organización política a través de la fundación y desarrollo del Partido Comunista. Etapa que se cierra con la gran traición de la dirección del Partido Comunista a la causa nacional libertadora y a la lucha democrática que se concreta en su alianza con Braden y la oligarquía contra el movimiento nacional burgués. Traición que supone una gran pérdida de su influencia en las masas obreras y el establecimiento sobre ellas de la dirección política de la burguesía expresada en el peronismo. Faltas de una dirección política que respondiera a sus intereses, las masas obreras siguen luchando. Se suceden la huelga azucarera, la metalúrgica y varias más y cuando se desata la ofensiva reaccionaria golpista contra el gobierno peronista, son ellos los que piden armas para defender sus conquistas y oponerse al avance de la reacción y los que el 16 de junio oponen sus puños a los aviones y los que en Rosario y Avellaneda manifiestan contra la "Libertadora" en los días que ésta triunfa.

yanqui ejerce sobre nuestro país en la actualidad, del tipo de dominación que ejercieron sobre él los imperialistas británicos en el pasado y del que ejercen aún hoy sobre distintos países potencias imperialistas (aún los mismos imperialistas yanquis) Nos referimos en este caso a los países en que las inversiones imperialistas se concentran fundamentalmente sobre la industria extractiva o la agricultura, el transporte y el comercio exterior, con producción mínima de bienes de consumo y de capital, en su totalidad (o inmensa mayoría) importados de países imperialistas; en que el dominio imperialista se apoya principalmente en la vieja clase terrateniente y oprime al campesinado; en que subsisten como predominantes las relaciones de producción semifeudales.

Desde allí en adelante la lucha popular no se ha detenido, por el contrario, se ha profundizado y creado las condiciones para que importantes sectores de las masas abandonen progresivamente las concepciones burguesas y busquen una salida verdaderamente revolucionaria. Este proceso está jalonado por la Resistencia a la Dictadura Gorila, las grandes luchas contra los planes antinacionales y antiobreros del gobierno de Prondizi, el plan de lucha y las ocupaciones de fábricas, la resistencia al gobierno entreguista de Illia y a la dictadura militar proyanqui de Onganía.

Estos solo son algunos ejemplos de la larga oposición de los trabajadores a los planes de sus enemigos y de su rebeldía frente a ellos. Gracias a estas luchas los imperialistas yanquis y la oligarquía no han podido montar un régimen político "legal" y estable, y se mantiene hoy a punta de bayoneta.

Si bien el pueblo argentino está desorganizado, falto aún de una efectiva dirección revolucionaria, y pasa por un momentáneo período de reflujo, y aún cuando la dictadura aplica y se prepara para seguir aplicando la represión más brutal sobre él, es absurdo pensar que abandonará su combate contra el imperialismo y la oligarquía como lo sueñan algunos ultrarreaccionarios.

Por el contrario las tormentas que se avecinan serán aun más fragorosas que las pasadas, y hacia ellas el pueblo avanza.

La lucha nacional revolucionaria en nuestro país es tan antigua como nuestro mismo pueblo, pues él comenzó a constituirse bajo la dominación española. Hace ya casi 160 años que emprendió decidido el rumbo de la lucha emancipadora y obtuvo su primer gran victoria: la liberación del yugo colonial español. Pero la auténtica independencia nacional y la democracia por la que pelearon millones de argentinos desde entonces hasta hoy, permanecen sin ser alcanzadas, a pesar de haber hecho limitados avances en ese sentido en los períodos irigoyenista y peronista. Por el contrario, muchas de las conquistas logradas en esos y otros períodos, van siendo pérdidas a medida que se afirma el orden neocolonial.

Desde 1810 el poder ha cambiado de manos varias veces, pero siempre dentro del círculo de los explotadores. No fueron nunca los trabajadores los que lo ejercieron. Para poder alcanzar la independencia nacional y la democracia popular es necesario romper esa cadena de explotadores que se pasan entre sí el poder y se suceden unos a otros. Para romper una cadena tan vieja y pesada todo el pueblo argentino y en primer lugar el PCR deben empeñarse en una lucha decidida que descomboque en la guerra popular bajo la bandera de la Revolución Nacional Democrática y Popular.

2.- LA SOCIEDAD ARGENTINA ACTUAL

La Argentina es una neocolonia del imperialismo yanqui, con un desarrollo capitalista dependiente. El hecho que las relaciones capitalistas de producción se hayan desarrollado en las condiciones de dependencia con respecto a las metrópolis imperialistas, no ha supuesto una liquidación absoluta de las relaciones procapitalistas, sino que por el contrario, estas se mantienen en ciertas zonas y ramas de la producción y se ven alimentadas por la dependencia. Este desarrollo de las relaciones de producción capitalistas en el marco de la dependencia no ha creado, ni crea, ni creará las condiciones para que nuestro país se convierta en un país capitalista independiente que se sume al grupo de naciones capitalistas desarrolladas; por el contrario, este desarrollo lo hunde en una dependencia cada día mayor y lo condena a un atraso permanente y en aumento con respecto a las metrópolis imperialistas.

A) ARGENTINA, NEOCOLONIA DEL IMPERIALISMO YANQUI

Argentina fue desde el siglo pasado hasta el fin de la segunda guerra mundial una semicolonias británica. Después de paréntesis nacional burgués del primer gobierno peronista, y en particular desde 1958, con el ascenso de Frondizi al poder, nuestro país se ha convertido en una neocolonia norteamericana. A decir esto no negamos la presencia y la influencia en nuestra tierra de los capitales de los otros países imperialistas (Inglaterra, Italia, Francia, Alemania Federal, Japón, etc.) y el papel igualmente nefasto que juegan éstos. Afirmamos sí que de todos los países imperialistas que oprimen a nuestra nación y explotan a nuestro pueblo, los imperialistas yanquis son las más poderosos, los que ocupan la posición dominante.

La base de todo el poder que los imperialistas ejercen sobre nosotros está en su absoluto control sobre nuestra economía.

El FMI, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y otras organizaciones financieras bajo el control norteamericano, han hecho contraer a sucesivos gobiernos títeres cuantiosas deudas que han convertido a esos organismos en el primer acreedor internacional del estado argentino. Esa circunstancia es aprovechada no sólo para cobrar jugosos intereses, sino para intervenir también de manera descarada en la elaboración y aplicación de la política general (en particular de la política económica del Estado) y para obtener concesiones para las empresas monopolistas, sobre todo las yanquis.

Los imperialistas controlan también los grandes bancos y las principales compañías de seguros. En particular, en los últimos dos años se han lanzado a liquidar las cooperativas de crédito, a hacer suyos la mayoría de los bancos privados, a instalar nuevos bancos y a ampliar la red de sucursales de los ya existentes. Si lo han hecho es porque se proponen concentrar la masa principal de los ahorros y poner los créditos al servicio de sus monopolios. De lo que resulta que los modestos ahorristas argentinos terminan financiando las poderosas empresas extranjeras. Además, el control imperialista sobre los Bancos es otra arma utilizada por los monopolios en su lucha por liquidar o subordinar a empresas de otros países imperialistas o burgueses locales.

Más del 50% del capital invertido en la industria está en manos de monopolistas extranjeros. Y más de la mitad del capital industrial extranjero pertenece a los monopolios norteamericanos. Quiere decir que más de $\frac{1}{4}$ del total del capital industrial invertido en la Argentina está en manos norteamericanas.

- 3 -

Las suyas son industrias claves con una gran cantidad de proveedores o que a su vez proveen a muchas otras ejerciendo un control monopólico sobre ellas. Están asociadas a bancos que suministran créditos a las empresas que no están bajo su control directo. Abastecen de maquinarias, repuestos, piezas, materias primas o semielaboradas a muchas empresas. Arriendan sus patentes y marcas y aún sus máquinas. Dan asesoramiento técnico y científico. En síntesis, a través de estos métodos van subordinando a sus intereses las empresas que no son de su propiedad y cuando les conviene se van apropiando de ellas.

Controlan también gran parte del comercio exterior a través de su posesión de los más importantes frigoríficos, las grandes firmas exportadoras de granos, grandes casas importadoras de máquinas, etc., y participan de la financiación del mismo a través del EXIMBANK.

Han penetrado en el comercio interior, tanto mayorista como minorista y en este último en particular, promueven una vertiginosa monopolización a través de sus cadenas de supermercados (Minimax, por ejemplo).

Los monopolios imperialistas se han convertido también en grandes latifundistas y se calcula que sólo entre yanquis e ingleses poseen más de 30.000.000 Ha. de las mejores tierras del país (King Ranch, Coney, Bovril Liebig, American Ranch, etc.).

Sobre estos cimientos, constituidos por el control sobre todas las ramas de la economía nacional, y hoy en particular sobre la gran industria, los imperialistas han sometido en el terreno político a nuestra nación y le han hecho perder todo vestigio de soberanía.

Han promovido la incorporación de nuestro país a organizaciones internacionales por ellos controladas como las Naciones Unidas, y en particular a la OEA; le han hecho suscribir tratados injustos como el pacto de Río de Janeiro, creado para facilitar carne de cañón latinoamericana para las aventuras militares norteamericanas y a través del cual nuestro país pierde todo derecho a determinar libremente quienes son sus amigos y quienes sus enemigos, todo derecho a declarar o no guerra a otros países por decisión propia, pues tal decisión queda objetivamente delegada al gobierno norteamericano. Han incorporado a nuestro país a organismos como la Junta Interamericana de Defensa, dedicados a planificar y dirigir la represión contrarrevolucionaria continental.

Pero para alcanzar sus objetivos el imperialismo no sólo nos ha sometido a tratados injustos e incorporado a organismos internacionales bajo su control. A montado además, una minuciosa maquinaria para mantener el poder en sus manos a través de la formación de un núcleo de lacayos, encaramados en la dirección del aparato estatal, que organizan el derrocamiento de gobiernos "poco satisfactorios" y el establecimiento de otros "más leales" al amo imperial. Este núcleo está formado por altos oficiales de las Fuerzas Armadas, economistas y políticos asalariados de los monopolios, dirigentes sindicales amigos de la ORIT y del agregado laboral de la embajada norteamericana y educados en el Instituto Americano de Desarrollo del Sindicalismo Libre (IADSL), periodistas, escritores y otros intelectuales vendepatrias etc.

Este núcleo representante directo de los monopolios yanquis es el que ha pasado a ocupar la posición dominante en el estado argentino, con el ascenso al poder de la dictadura de Onganía. Su centro son los altos jefes militares pentagonistas, traidores a la patria.

Consciente de que sólo es capaz de mantener a sus testaferros en el poder a través de la represión, el imperialismo dedica su mayor atención

a las Fuerzas Armadas. Mantienen permanentemente su cuerpo de "asesores" militares norteamericanos para altas jerarquías del Ejército, la Marina y la Aeronáutica; envía sus "boinas verdes" para enseñar sus técnicas de asesinato y corrupción que ya está utilizando en otros países; vende y arrienda material bélico en cantidad a sus gorilas; los hace realizar cursos de instrucción, en particular contraguerrillera, en sus campos del Canal de Panamá y de EEUU; los educa en el odio al pueblo a través de una constante propaganda antipopular y especialmente, anticomunista que realiza sobre ellos; los corrompe con viajes y becas y a través de inducirlos a relacionarse con las empresas monopolistas cuando se hallan en actividad, e incorporarse a sus puestos de dirección cuando pasan a retiro.

Los imperialistas unen al control del aparato represivo su acción encaminada a adormecer la conciencia popular y prostituir las costumbres y los modos de vida de las masas. Utiliza con ese fin las agencias de noticias que controla y la prensa grande sobre la que influye (La Trensa, La Nación, Clarín, etc.). Utiliza también el cine, la televisión, las radios, muchas revistas. Su tarea corruptora no se limita a la cultura de masas, se orienta también a la formación de científicos, técnicos y otros intelectuales manuable a sus propósitos y aptos para sus necesidades. Con ese objeto se sirve de becas, la adecuación de los planes de las Universidades Nacionales a sus necesidades, fundaciones e institutos, universidades privadas, subsidios, premios, etc.

Como vemos el imperialismo, el yanqui en particular, con el fin de explotar a nuestros trabajadores y expropiar nuestras riquezas, ha montado un aparato de control y dirección de la economía, la política y la cultura del país, ha liquidado todo resto de independencia de nuestra nación, ha convertido nuestra sociedad en una sociedad neocolonial.

B.- El desarrollo capitalista dependiente de la Argentina

El imperialismo es la fase superior y agónica del capitalismo. Es la etapa del capitalismo caracterizada por la aparición de los monopolios y por la desaparición de la libre competencia; por la fusión del capital industrial y el capital bancario y la formación del capital financiero; por la aceleración de la caída de la cuota de beneficio en los países capitalistas desarrollados y por la consiguiente exportación masiva de capitales (que sobrepasa a la exportación de mercancías y predomina sobre ella) desde esos países hacia las colonias y semicolonias a la búsqueda de superbeneficios.

Argentina es uno de los tantos países de Asia, Africa y América Latina que por sus capitales escasos, el bajo precio de las tierras (y en nuestro caso su excelente calidad), los bajos salarios (en nuestro país combinados con la alta capacidad técnica de la mano de obra), las materias primas baratas, garantizaba la obtención de superbeneficios a los capitalistas de los países imperialistas. Es por ello que nuestro país fue siempre cediendo por los países imperialistas que realizaron cuantiosas inversiones en él y que pelearon entre sí por su control.

Un solo ejemplo basta para mostrar las superganancias que las empresas imperialistas obtenían y siguen obteniendo en estas tierras: en la década del 50 mientras la ganancia promedio de las empresas industriales argentinas oscilaba alrededor del 25 % anual, en los Estados Unidos no sobrepasaba el 10 % anual.

De lo dicho se desprende el primer objetivo de la política de los imperialistas hacia sus dependencias: estas deben mantener su escasez de capital, la baratura de sus tierras y sus materias primas, los salarios deprimidos (juzgando relativamente con respecto a los países imperialistas). Si así no fuera, si por ejemplo los sueldos de los obreros argentinos se equipararan a los de los obreros norteamericanos, desaparecería una buena

porción de las superganancias monopolistas y con ella el interés por la inversión.

Es por ello que el ABC de la política imperialista con respecto a los países coloniales, semicoloniales y dependientes es hacer todos los esfuerzos por mantenerlos atrasados con respecto a ellos y hacer que las diferencias entre unos y otros se ahonden, pues es de ese atraso relativo del que se benefician los imperialistas.

Al mismo tiempo las inversiones imperialistas promueven un cierto desarrollo de las fuerzas productivas sociales y acentúan la expansión de las relaciones capitalistas de producción en la medida en que aceleran la desintegración de las economías naturales de autoabastecimiento y con ello la formación de un mercado relativamente unificado de mercancías y la conversión en mercancía de una parte creciente de la fuerza de trabajo.

En el caso de la Argentina estos procesos tienen un desarrollo particularmente avanzado. En nuestro país han desaparecido hace ya muchos años la inmensa mayoría de las economías naturales de subsistencia, y la mayor parte de la población trabajadora (5 millones de hombres y mujeres; obreros, peones, empleados, etc.) vive de la venta de su fuerza de trabajo.

Pero este hecho no debe confundirnos. El que las relaciones de producción capitalistas sean las predominantes de ninguna manera significa que en la Argentina se haya consumado una revolución burguesa clásica, que nuestro país haya aniquilado el atraso, que sea un país capitalista independiente y desarrollado y ni siquiera que se encamine a serlo. Todo lo contrario.

El desarrollo del capitalismo en los países coloniales y semicoloniales tiene características propias. Mientras en los siglos XVIII y XIX en los países que más tarde se convertirían en imperialistas el ascenso de las relaciones de producción capitalistas estuvo signado por la liquidación de las viejas relaciones de producción y propiedad precapitalista, por la liquidación de las viejas clases que se beneficiaban con esas relaciones y por el ascenso al poder de una nueva clase: la burguesía de cada uno de esos países; en los países coloniales, semicoloniales y dependientes, el desarrollo capitalista dependiente no supone la liquidación completa de las viejas relaciones de propiedad y producción, muchas de las cuales se mantienen bajo nuevas formas. En ellos, con la penetración de las capitales extranjeros y el desarrollo del capitalismo dependiente, la que asciende al campo de las clases dominantes no es una burguesía local, sino las burguesías imperialistas a través de sus representantes, testaferros y socios, y junto con ellas un puñado de grandes burgueses locales de origen terrateniente o burocrático y hasta burgués nacional.

Mientras en los países hoy imperialistas se produjo un vertiginoso proceso de acumulación de capital, en los países como el nuestro no se produce la acumulación de capital en escala corretativa al avance de la producción capitalista y a la masa de plusvalía producida, pues la plusvalía obtenida de la explotación del trabajo asalariado por los monopolios imperialistas no se realiza en su mayoría en la sociedad nacional, sino que marcha a través de las remesas de beneficios a las "casas centrales" a realizarse en su mayor parte a la sociedad imperialista de la que son originarios los capitales. La prueba palmaria de este hecho está en el conocido dato que por cada dólar que invierten los monopolios yanquis en nuestro país salen entre 3 y 4 para los Estados Unidos. Puede decirse que los trabajadores de los países dependientes contribuyen a la aceleración del proceso de acumulación de capital en las metrópolis, y que el capital imperialista actúa como bomba de succión de la riqueza. Sus inversiones sirven solo para cebar la bomba y crear las condiciones para que chorros de riqueza salgan del país.

Esta diferencia en el grado de tecnificación trae aparejada una serie de consecuencias divergentes para las sociedades con desarrollo capitalista dependiente y las sociedades imperialistas. Mientras en los países imperialistas aumenta constantemente la composición orgánica del capital (1) en los países dependientes esta composición se mantiene siempre baja y cuando avanza lo hace a paso de tortuga y con un retraso creciente con respecto a los países imperialistas.

Mientras en aquellos se da un mayor desarrollo relativo de la industria de bienes de capital con respecto a la de bienes de consumo, en nuestros países sucede a la inversa. La industria de bienes de capital tiene un menor desarrollo relativo que la de bienes de consumo y esto no se ha visto alterado porque se desarrollan algunas industrias básicas que en general están lejos de satisfacer la demanda nacional y se desarrollan más lentamente que ella.

Mientras en aquellos aumenta constantemente la productividad del trabajo y se tecnifica la agricultura, en los nuestros la productividad del trabajo permanece relativamente estancada por la baja composición orgánica del capital (a pesar de que la explotación sobre los trabajadores aumenta) y el grado de tecnificación de la agricultura es ínfimo.

Como vemos, aunque en apariencia la predominancia de las relaciones sociales de producción capitalistas presentan a nuestro país como similar a los países capitalistas desarrollados, las realidades son exactamente contrapuestas.

El desarrollo del capitalismo dependiente no tiene nada de benigno para las masas. Por el contrario, los progresos de los monopolios tienen consecuencias nefastas para ellas.

A medida que se ha desarrollado el capitalismo dependiente los obreros han visto desaparecer su jornada de 8 hs., elevarse las edades jubilatorias, aumentar los ritmos de producción tanto en las fábricas como en los campos; reforzarse el control "disciplinario" policíaco sobre ellos en horas de trabajo; disminuir su salario real; desaparecer bajo la bota represiva sus sindicatos por la intervención o "captación" de los dirigentes vendidos; desaparecer sus limitados derechos políticos; avallar los regímenes superexplotadores de trabajo al tanto o por contrata; crecer la desocupación.

A medida que se ha desarrollado el capitalismo dependiente los campesinos (los pobres y medios en particular) han visto liberados los arriendos y muchos de ellos han sido lanzados a los caminos; coartados los créditos a la producción; el vados los impuestos y demás obligaciones fiscales; libradas las manos de los acopiadores y demás compradores de la producción rural; fortalecida la clase terrateniente, cerrado más fuertemente que nunca su acceso a la tierra y a las condiciones necesarias para la producción. Muchos de ellos se han arruinado hundidos por las deudas y han debido marchar a las grandes ciudades a instalarse en viviendas precarias y sumarse al ejército de desocupados y semiocupados.

A medida que se ha desarrollado el capitalismo dependiente los pequeños burgueses de la ciudad se han visto ahogados por la suba de impuestos y contribuciones; el alza de los alquileres de locales; la privación de créditos; la superexplotación sobre ellos de proveedores o vendedores monopolísticos.

(1) La composición orgánica del capital está determinada por la relación entre el capital constante y el variable. Composición orgánica = $\frac{CC}{CV}$

Capital constante es la parte del capital que los capitalistas destinan a la compra de los objetos y medios de producción. Capital variable es la que destinan a la compra de fuerza de trabajo.

A medida que ha avanzado el capitalismo dependiente los burgueses nacionales han sufrido los golpes de los monopolios para liquidarlos, limitarlos o subordinarlos a través de mecanismos similares a los aplica--dos a la pequeña burguesía.

Estas son las consecuencias del desarrollo del capitalismo dependiente para las masas. Aunque los monopolios y sus teóricos desarrollistas de distinto pelaje lo embellezcan, las masas no podrán ser engañadas. Su su fren en carne propia ese "progreso" cuyos frutos no les pertenecen.

LA INDUSTRIA Y EL CAPITALISMO DEPENDIENTE

Las características del desarrollo capitalista dependiente se manifiestan en el proceso de crecimiento industrial del país.

Al enfrentarnos con este proceso debemos comprender que los imperialistas tienen por objetivo principal obtener superganancias, y no hay nada que esté por encima de este fin. Si la tasa de ganancias es alta en ganadería, no dudarán en inundar los campos que fueron trigales con miles de cabezas de ganado; si la tasa de ganancias se eleva en la industria liviana "nacional", hacia allí correrán los capitales.

Después de la crisis económica de 1929, una serie de circunstancias crearon justamente las condiciones para que la industria se desarrollara con mayor pujanza en el país de lo que lo había hecho hasta entonces. En particular este proceso se acentuó desde 1935.

Son pruebas de este hecho:

- 1) El aumento del número de establecimientos industriales, que pasó de 40000 en 1935 a 86000 en 1946, 151000 en 1954 y 191000 en 1964.
- 2) El aumento del número de obreros ocupados en la industria que pasó de 440000 en 1935 a 938000 en 1946, 1055000 en 1954 y 1370000 en 1964.
- 3) El cambio de la relación entre industria y agricultura en sus aportes a la renta nacional. En 1935 agricultura y ganadería aportaban el 51% y la industria el 36,7%. En 1958 esa relación era ya de 46,5% aportado por la industria y 40,5% por la agricultura. Este cambio se refleja también en la población activa ocupada en ambos sectores. En 1960 la agricultura y la ganadería ocupaban 1.460.000 personas, mientras que la industria ocupaba 1.915.000 personas (comprendiendo obreros, empleados, capataces, técnicos, etc.).

Algunos "teóricos" de la burguesía han querido presentar este proceso como modificando la estructura económica básica del país y haciéndole cambiar su condición de dependiente y atrasado. El "desarrollismo" en todas sus variantes se empeñó en defender y difundir esta mentira. La realidad es muy otra.

El crecimiento industrial en nuestro país ha tenido como consecuencia reforzar su carácter neocolonial y acentuar su desarrollo capitalista dependiente. Este crecimiento está caracterizado por el fortalecimiento de la hegemonía de los monopolios imperialistas sobre el proceso productivo; por la limitación y subordinación (y la explotación consiguiente) de una parte considerable de los empresarios nacionales por los monopolios y por la liquidación de un gran número de empresarios nacionales competidores de los monopolios; por la explotación en aumento de los trabajadores y la ampliación de la masa de desocupados.

Ejemplo del grado de concentración monopolista de la industria argentina es el hecho de que unas 1.000 fábricas (menos del 1% del total de fábricas y talleres existentes en el país) ocupan más de 400.000 obreros (más del 30% del total) y producen más del 50% del total de la producción industrial. En realidad, aún estos números son un reflejo pálido de la realidad, pues existen empresas como Bunge y Born que poseen varias de esas fábricas a la vez (en este caso: Molinos, Centenera, Alba, Graña, etc.).

Esas 1.000 fábricas de las que hablamos -y varias más- están en manos de monopolios extranjeros (pues han nacido como filiales de ellos o han sido compradas por ellos) o de la gran burguesía ligada a esos monopolios. En realidad, toda la historia de la industria en nuestro país es la historia de los gigantes de la gran industria por un lado y los pequeños talleres semiartesanales por el otro. Esta división, hasta principios de la década del 50 expresaba la existencia de la gran industria dedicada fundamentalmente a la transformación de productos agrícolas y ganaderos y el desarrollo de una pequeña y mediana industria dedicada a producir bienes de consumo para el mercado interno, y relativamente autónoma de las grandes fábricas. Después de 1950, en particular desde 1958 en adelante, pasó a expresar el desarrollo de nuevas industrias grandes (fábricas de automotores, petroquímica, etc.) que van estableciendo su dominio sobre las pequeñas y medianas.

Este proceso supone el avance de los monopolios sobre rama de la industria que constituirían "islotos de libre concurrencia" o en las que no había llegado a establecer un dominio absoluto por la competencia que sufría de empresas del estado. Es así que uno de los capítulos de la monopolización de la industria argentina está constituido por un proceso combinado en que las empresas del estado altamente rentables son privatizadas (el caso más notable es la privatización de las empresas del grupo DINIE) y las empresas deficitarias o de baja rentabilidad son mantenidas como estatales (para que las finanzas estatales provenientes del aporte popular las sigan manteniendo) colocándose a su frente a representantes de los monopolios y poniendo la acción de estas empresas al servicio de ellos.

Al mismo tiempo, la ampliación del proceso de monopolización al conjunto de la producción industrial supuso (cosa inevitable en el período imperialista) un dominio creciente sobre el conjunto del proceso productivo del sistema de crédito y un auge de la importancia y los beneficios de los bancos. No es casual que los dividendos de los mismos pasaran en promedio del 17,07% en 1952 al 72,03% en 1962 y los dividendos de las compañías financieras de 9,44% al 43,42% anual. Y no es casual tampoco que en 1955 se acabara con la nacionalización de los depósitos bancarios y se iniciara una liquidación en gran escala de los bancos en manos de empresarios nacio-

nales no ligados al capital imperialista. De los bancos nacionales y de las cooperativas de crédito. Proceso que encuentra su culminación durante la dictadura de Onganía.

Es así que en 1969 nos encontramos con la inmensa mayoría de las ramas industriales controladas por los monopolios, y junto con ellas, el sistema bancario. El peso de los monopolios imperialistas y la gran burguesía industrial en la industria es hoy mayor que nunca. Este ruge de la monopolización ha agudizado y profundizado todas las contradicciones de la sociedad argentina.

Pero como el nuestro es un país neocolonizado y tiene un desarrollo capitalista dependiente, este proceso de monopolización ha supuesto el mantenimiento, y aún el crecimiento, del número de las pequeñas empresas que han pasado a ser explotadas por los monopolios y han sido subordinadas a los planes de éstos, que por un lado les venden o alquilan maquinarias, las proveen de materias primas y arriendan licencias o marcas y por otro lado compran su producción fijando elevadas normas de calidad y pagando a bajos precios y largos plazos (como en el caso de la industria automotriz en que cada gran fábrica explota a centenares de proveedores). En algunos casos los monopolios aceptan la "competencia" de algunas de estas empresas pequeñas o medianas para sacar jugoso provecho de los altos precios determinados por ellas. Por supuesto que este proceso de subordinación no ha sido pacífico, sino que ha supuesto la liquidación de miles de empresas competidoras efectivas o incapaces de adecuarse a las rigurosas condiciones de sumisión impuestas por los pulpos. El hecho de que esta liquidación se haya llevado a cabo en gran escala y que el número de pequeñas empresas no haya disminuído sino que haya aumentado, revela el interés de los monopolios en explotarlas.

Siendo el desarrollo industrial en Argentina, el desarrollo de los monopolios extranjeros el mismo alienta el atraso de la industria con respecto a la de las metrópolis y su dependencia con respecto a ella.

Veamos algunas características de ese atraso. La inversión fija en equipos durables no supera el 3% de aumento anual desde 1955. Ese bajísimo aumento no expresa tampoco la proporción de incorporación de maquinarias completas nuevas. Una parte importante de esas inversiones se destinan a la compra de repuestos o piezas y a la compra de maquinaria vieja, dejada ya de usar en los países imperialistas. Además la mano de obra desplazada por esos equipos, en general marcha hacia sectores de menor productividad o permanece desocupada o subocupada, tirando más abajo la productividad. No es casual que se estime que alrededor del 70% de las maquinarias utilizadas por la industria cuentan con más de 20 años de trabajo, llegando no pocas a tener más de 30 años de uso. Vemos entonces que el crecimiento de la producción industrial ha dependido en mayor medida del aumento del número de obreros que de la mecanización. He aquí una prueba del atraso y de su reflejo en la baja composición orgánica del capital a la que aludimos en parte anterior.

Otro rasgo del atraso es el estancamiento de las industrias básicas. El país sigue importando hierro, acero, aluminio, máquinas-herramientas, productos petroquímicos, químicos y medicinales; papel, etc. La producción de bienes de consumo personal no durable (alimentos, por ejemplo) y durables (heladeras, p.e.) sigue aventajando largamente la producción de bienes de consumo productivo (o bienes de capital). La producción de alimentos, bebidas, tabaco, textiles, confecciones, cueros e impresos, suma casi la mitad de la producción total de la industria argentina. Si a estas ramas sumáramos la producción de vehículos y maquinarias de uso personal, la producción de electricidad, gas, petróleo y carbón con ese objeto, y la de otras ramas industriales menores, encontraríamos que más del 80% de la producción industrial argentina está orientada a satisfacer el consumo personal.

Comparemos estas cifras con el porcentaje de la producción industrial que representan las máquinas-herramientas, y veremos que éste oscila entre el 1% en los buenos años (1960) y el 0,3% en los malos (1963).

Como se ve, las industrias básicas, las que producen bienes de capital, están lejos de ser las industrias líderes de la producción argentina; están lejos de desarrollarse con más rapidez y vigor que las industriales productoras de bienes para el consumo personal. Y es este otro de los rasgos del atraso, otra de las características del capitalismo dependiente.

Pero, qué es lo que les permite a los monopolios mantener y desarrollar industrias con una baja composición orgánica del capital y con base tan frágil? Se lo permite el hecho de que la producción industrial argentina está orientada hacia el mercado interno en un 95%. Ese mercado interno constituido por millones de argentinos que son los que pagan los altos precios, producto de la baja productividad, por altos costos, y la insaciable sed de superganancias de los monopolios y la gran burguesía. La orientación de la producción industrial hacia el mercado interno, se ha ampliado al constituirse la ALALC y algunas grandes empresas han instalado o ampliado fábricas en nuestro país que superan largamente la demanda del mismo. Por cierto que no lo han hecho para estimular la deprimida demanda argentina, sino para satisfacer la deprimida demanda latinoamericana.

La orientación de la industria hacia la satisfacción del mercado de consumo personal se ha acentuado en los últimos años, desde que nuestro país entró en la órbita del imperialismo yanqui. No es casual que el 93% de las empresas norteamericanas trabajen para el mercado interno, algunas de ellas con la perspectiva de la ALALC.

Las características que los monopolios han impuesto a la industria argentina son entonces: baja composición orgánica del capital; parocia o insuficiente desarrollo de las industrias básicas; baja productividad y altos costos. Es este cuadro completo de una industria atrasada que nunca dejará de serlo bajo la fórmula imperialista.

A este cuadro se agrega que la dependencia del país no se ha visto rota por el crecimiento industrial sino que se ha acentuado. Esta industria no sólo es de propiedad de los monopolios, sino que también depende de la importación de máquinas-herramientas, repuestos, productos semielaborados y aún materias primas del extranjero. Hay ramas de la industria, como la de envases de hojalata, que utiliza un 80 % de materia prima extranjera, la de caños de hierro y acero un 60 %, la de materiales plásticos un 55 %, etc.

Con el desarrollo de esta industria el país sigue dependiendo de las importaciones, el único cambio es el de que estas importaciones modificaron su composición. Un bloqueo económico supondría en pocos meses la paralización de casi la totalidad de esta industria sin base. Como vemos, este tipo de desarrollo industrial no nos ha independizado, sino que ha estrechado aún más nuestra dependencia.

En una economía capitalista dependiente como la de nuestro país, el crecimiento industrial está sometido a ciclos aún más acentuados que en los países imperialistas y toda la vida económica y social se desarrolla generando desigualdades extremadamente agudas, de las que son una manifestación la desigualdad en el desarrollo de las zonas de nuestro país, con una concentración del grueso de las industrias en la Capital Federal y en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, y con el resto de las provincias con un desarrollo industrial ínfimo o directamente nulo. Aún más: en las ciudades a orillas del Río de la Plata y el Paraná, desde La Plata hasta Rosario, más la ciudad de Córdoba, se concentran más de 2/3 del número de establecimientos de todo el país y más de 3/4 del personal ocupado en la industria.

Este proceso no debe identificarse con el gran desarrollo de las ciudades y la predominancia de la población urbana sobre la rural. El crecimiento de las ciudades no es en nuestro país el reflejo de un sostenido proceso de industrialización, sino de la crisis agraria producida fundamentalmente por el monopolio de la tierra por los terratenientes y por la cría de ganado y los cultivos extensivos que éstos practican. Esa crisis agraria crea muchísima más mano de obra de la que la industria puede absorber en estas condiciones. Da lugar entonces a la formación de un formidable ejército industrial de reserva; un ejército constituido no sólo, ni principalmente, por desocupados crónicos, sino por inmensas cantidades de personas dedicadas a actividades no productivas, o de bajísima productividad.

Esta desigualdad externa se refleja también en las relaciones entre las ramas de producción y entre los establecimientos de la misma rama.

En síntesis, el desarrollo capitalista dependiente en el terreno industrial ha supuesto el desarrollo de una industria atrasada y el fortalecimiento de la dependencia. Ese tipo de "desarrollo industrial" impide la construcción de una industria argentina, moderna e independiente. Este tipo de "desarrollo industrial" es una fuente de fabulosas superganancias para los imperialistas y la gran burguesía. Ese tipo de "desarrollo industrial" hace más agudas las crisis cíclicas de la economía capitalista argentina y acentúa el desarrollo brutalmente desigual de la economía y la sociedad, en todos los órdenes.

Es cierto entonces, que desde 1935 en adelante la Argentina ha sufrido cambios y que el más notable es el "desarrollo de la industria". Es erróneo concluir que esto perjudica al imperialismo o que convirtió al país en "moderno" o "avanzado". La única progresividad de este proceso es que ha supuesto el desarrollo de un gran proletariado industrial y ha fortalecido así el destacamento dirigente de la Revolución Argentina de Nueva Democracia y ha dado una sólida base social a su perspectiva socialista.

LA SITUACION EN EL CAMPO Y EL CAPITALISMO DESARROLLADO

El monopolio también impera en la producción rural, y con él, sus secuelas.

La propiedad de las mejores tierras del país se halla en manos de un puñado de terratenientes. El 6% del total de los propietarios posee el 75% de las tierras del país. Es así que 2.100 empresas terratenientes (varias de las cuales son a menudo propiedad de una misma familia y aún de una misma persona) tienen 53.500.000 has. de tierras.

La misma situación impera en la propiedad del ganado. El 43% de los vacunos de todo el país está en manos del 1,5% del total de propietarios de este tipo de ganado. El 5% de los propietarios de ovinos poseen el 64% del rebaño nacional.

También aquí la monopolización va del brazo con el atraso. Su primer rasgo y el más aberrante, es la supervivencia del régimen de arrendo, aparcería y tantería que opina el 50% de los productos rurales, unos 400.000 jefes de familia con los que trabajan sus mujeres e hijos. Entre ellos, los campesinos ricos son una ínfima minoría.

Estos arrendatarios (una parte de los cuales paga la renta en especies y en algunos casos aún en trabajo) entregan el 20 y el 50% del valor de las cosechas levantadas para el terrateniente. Además, su permanente inestabilidad les impide realizar inversiones y, sumada a la explotación de que son objeto por los terratenientes, les impone condiciones de vida muy duras y en no pocos casos, miserables.

El segundo rasgo de atraso determinado por el monopolio de la tierra ejercido por los grandes terratenientes, es el minifundio a que se ven condenados gran cantidad de pequeños propietarios que no pueden extraer lo suficiente para vivir de la explotación de sus reducidas parcelas que, en las condiciones actuales, no pueden soñar con ampliar. Un dato que revela la importancia numérica de estos mini-propietarios es que el 59% de las explotaciones rurales tiene menos del 100 has. En todo el país suman más de 160.000 los campesinos que se encuentran en esta situación, cifra a la que hay que agregar el trabajo de sus familiares. En total, sus tierras no alcanzan a sumar 1.500.000 has.

A estos rasgos se añade el carácter parasitario de los terratenientes, su no reinversión de las rentas que obtienen, su búsqueda ciega y egoísta de grandes beneficios. Las consecuencias del monopolio de la producción agropecuaria que ejercen estos parásitos están a la vista. Sólo un 30% de nuestras fertilísimas tierras explotadas están dedicadas a cultivos. Los 2/3 restantes se dedican a campos naturales de pastoreo. Desde fines de la década del 30 la agricultura está siendo sustituida por la ganadería extensiva, proceso que trae sus inevitables consecuencias de atraso y despoblación. Desde entonces hasta hoy la productividad agraria creció en un 10% (en el mismo período en Estados Unidos creció un 130% y en Francia un 70%). Y este crecimiento ínfimo de la productividad agraria tenía lugar mientras los tractores empleados en el campo argentino pasaban de 30.000 en 1947 a 100.000 en 1960 y mientras el uso de esos tractores y los nuevos cañones permitían reemplazar a casi 5.000.000 de equinos y derivar los campos antes dedicados a su cría, hacia nuevas explotaciones. Mientras los tractores crecían en un 230% y las tierras dedicadas a la cría y mantenimiento de equinos se incorporaban a la producción, la producción agropecuaria argentina ... creció en un 7%!

Por supuesto que los terratenientes no son los únicos responsables de esta situación. Cuentan con la preciosa colaboración de los monopolios imperialistas que controlan el mercado mundial y fijan precios cada año más bajos para los productos agropecuarios, así como con el aporte de los pulpos, acopiadores y los frigoríficos, que pagan cada vez menos y en peores condiciones. Los bajos precios estimulan la explotación extensiva, la escasa diversificación, y el avance del monopolio de la tierra.

El capitalismo se ha desarrollado desde antiguo en el campo argentino; en él las condiciones feudales no existen. La inmensa mayoría de los productores venden sus productos en el mercado a cambio de dinero y en consecuencia se relaciona con el mercado capitalista nacional y mundial. Algunas personas extraen de estos hechos que el desarrollo capitalista en el campo argentino ha acabado con las relaciones pre-capitalistas y que, en consecuencia, en la Argentina no existe una "cuestión agraria" y que las fuerzas revolucionarias no deben plantearse tareas democráticas para el campo, sino socialistas. Llegan a decir que la contradicción principal en el campo, es la existente entre la burguesía y el proletariado. Con estas afirmaciones combinan magistral-

mente el derechismo y la ignorancia.

Hemos hablado ya de la subsistencia del régimen del arriendo y del peso del minifundio dedicado a cultivos de subsistencia.⁽¹⁾ Vamos ahora que el rasgo que caracteriza al capitalismo no es la producción de mercancías. Esta producción se lleva a cabo mucho antes de la aparición del capitalismo. La esencia del capitalismo reside en que este régimen más que ningún otro, desarrolla la producción de mercancías, pero a través de la explotación del trabajo asalariado por capitalistas que poseen en propiedad privada los medios de producción.

El capitalismo que se ha desarrollado en el campo argentino, lo ha hecho bajo las condiciones de la dependencia y en consecuencia no ha conocido el poder de los terratenientes y la sujeción consumada por la subsistencia de su monopolio sobre la gran mayoría de las tierras y la persistencia de sus modos de producción.

Es así que en nuestro campo lo típico no es el asentamiento de gran número de pequeños propietarios que se aglutinan entre sí y de los que fuera surgiendo una poderosa burguesía agraria enfrentada a una gran masa de proletarios rurales. Como tampoco es lo típico que los terratenientes se hayan convertido en capitalistas agrarios, que hayan convertido sus estancias en empresas capitalistas y que hayan pasado a emplear mano de obra asalariada en gran escala.

Existen ejemplos de uno y otro proceso en nuestra realidad. Del primero en algunas zonas del sur santafesino, por ejemplo. Del segundo en algunas explotaciones ganaderas y en algunas explotaciones agrícolas o cultivos industriales. Pero ni uno ni otro son los dominantes. La situación que predomina es el monopolio de la tierra por grandes terratenientes, explotadores de los campesinos a través del arriendo y a través de mil y un otros métodos, explotación que se extiende a los pequeños propietarios; terratenientes dedicados también a la explotación directa de sus tierras de manera extensiva y no diversificada, explotando un pequeño número de asalariados y manejando la empresa sin criterios capitalistas modernos. Las empresas capitalistas agrarias (de cualquier origen) son una ínfima minoría en el campo argentino. En menos del 20% de las explotaciones se utiliza mano de obra asalariada, siendo muchas de ellas explotaciones en que los asalariados son sólo una o dos personas que se suman al trabajo familiar y ejecutan la mayor parte de la fuerza de trabajo utilizada, o explotaciones en las que un asalariado junto con su familia trabaja como "honorario". El resto son estancias, grandes ranchos de cultivos industriales o las escasas empresas ricas.

En la región pampeana, por ejemplo (provincia de Buenos Aires, la Pampa, Entre Ríos, Santa Fé y Córdoba) de cada 100 trabajadores, 70 son productores familiares y 30 asalariados (de estos 30, 21 son peones fijos y 9 transitorios).

Como vemos, ni las relaciones precapitalistas han desaparecido, ni el proletariado constituye la mayoría de los trabajadores rurales.

A estos hechos se suma el reciente origen campesino de los asalariados agrícolas, muchos de los cuales tienen parientes próximos campesinos (padres y hermanos) su bajo nivel de concentración y el escaso desarrollo de la división del trabajo. Es así que la aspiración a la tierra, lejos de estar muerta, permanece viva en la conciencia de estos trabajadores.

Vemos entonces que la cuestión agraria argentina sigue mucho de estar resuelta que sigue en pie; que las tareas democráticas en el campo no están cumplidas; que el proletariado es minoritario con respecto a los productores familiares (la mayoría de ellos campesinos medios y pobres) y que el mismo proletariado alberga en gran medida aspiraciones "campesinas".

(1) CULTIVOS DE SUBSISTENCIA AUN CUANDO LOS PRODUCTOS SON COMERCIALIZADOS EN EL MERCADO, PERO NO EXISTE LA CONVERSIÓN Y LOS INGRESOS SE DESTINAN A CUBRIR LAS NECESIDADES BÁSICAS DEL NÚCLEO FAMILIAR.

LA CONTRADICCION PRINCIPAL

En toda sociedad existen contradicciones. El progreso social se realiza a través de la lucha de las fuerzas progresistas por resolverlas, y a través de la resolución de esas contradicciones, por la eliminación de las fuerzas reaccionarias.

Del conjunto de las contradicciones sociales, existe un punto que constituyen las contradicciones fundamentales, y entre todas ellas existe una que es la contradicción principal. Esta contradicción principal, expresa de manera concentrada, la posición entre las fuerzas de avance y las fuerzas de la reacción de la sociedad. Esta contradicción principal establece la principal línea divisoria de campo entre las clases. Sin resolver esta contradicción principal, en favor de las fuerzas progresistas, es imposible resolver las demás contradicciones sociales de manera acertada y definitiva.

Los comunistas revolucionarios afirmamos que la contradicción principal de la sociedad argentina actual, es la que opone a los monopolios imperialistas, en particular los yanquis, la gran burguesía y los terratenientes por un lado, y por otro a las amplias masas populares explotadas y oprimidas por ellos. Masas populares sufridas y valerosas que encarnan en su lucha los intereses de la nación argentina.

Es imposible que nuestra patria abandone su condición de neocolonia del imperialismo yanqui y liquide el capitalismo dependiente y el monopolio de la tierra, sin que esta contradicción se resuelva a favor de las masas populares, a favor de la nación argentina.

El único método acertado para resolver esta contradicción, es el desarrollar y llevar a la victoria la Revolución Nacional, Democrática y Popular.

Las demás contradicciones fundamentales de la sociedad argentina, deben encararse desde la perspectiva del proletariado, a la cabeza de las masas populares encabezadas en la revolución de esta contradicción principal. Nuestra política hacia ellas debe subordinarse a nuestra línea general, encaminada a la resolución de esta contradicción principal.

Con esta perspectiva deben encararse las contradicciones del proletariado con el conjunto de la burguesía, las contradicciones de las fracciones de las clases dominantes entre sí, etc.

Para que el proletariado revolucionario pueda acudir a las amplias masas populares, y dirigirles en la eliminación de los trabas que frenan el progreso de nuestro pueblo, debe conocer a los enemigos que enfrenta y a las fuerzas en que se apoya, las tareas que tiene por delante, y la perspectiva de su batallar.

3.- LOS BLANCOS DE LA REVOLUCION ARGENTINA

A.- Los enemigos: Los enemigos contra los que se dirige la lucha revolucionaria de nuestro pueblo son el imperialismo y la oligarquía. Los imperialistas (la burguesía monopolista de los países imperialistas) y la oligarquía (constituída por los grandes capitalistas de la industria, la banca, el comercio, el transporte y el campo, y por los grandes terratenientes) impiden el desarrollo independiente de la Argentina y se oponen al avance revolucionario de nuestro pueblo. Por eso es necesario terminar con estos enemigos, expulsando de nuestra patria a todos los imperialistas y liquidando la oligarquía como clase.

Estos enemigos, verdadero blanco contra el que se debe concentrar el golpe de las fuerzas revolucionarias, son una pequeña minoría de la población compuesta por:

I) testa-ferros, directores y gerentes de las empresas monopolistas extranjeras, tales como Douglas Kitterman (Presidente de Ford Motor Argentina), Oberdan Salustro (Presidente de Fiat), Robert F. Dolph (Presidente de Esso), Desmond Charles Rice (Presidente de Shell), Agustín Rocca (Presidente de Dalmine y Propulsora Siderúrgica), Roberto Verrier (Presidente de Bull, General Electric), Adalbert Krieger Vasena (Director de National Lead Co., Minera Aguilar), etc.

II) Terratenientes: Unos son dueños de grandes extensiones de tierra que no explotan directamente. No trabajan y en general, no viven en el campo, obtienen sus recursos de la renta del suelo a través del arrendamiento y aparcería.

Otros son propietarios de grandes extensiones de tierra y dueños de gran cantidad de cabezas de ganado y maquinaria agrícola. Mantienen la explotación extensiva con baja inversión de capital, ocupando puesteros y/o peones permanentes o temporarios. Se encuentran ligados al imperialismo a través de sus inversiones en la industria, el comercio, la banca; a través también de sus relaciones con los grandes acopiadores de granos y los grandes frigoríficos extranjeros, etc. Terratenientes de este tipo son Alzaga Unzué, los Estrugamou, los Menéndez Behety, los Anchorena, etc.

Otros son dueños de grandes extensiones de tierra que dedican a la explotación agropecuaria intensiva o a los cultivos industriales, que han realizado grandes inversiones de capital en comparación con los anteriores y explotan a la gran mayoría de los obreros rurales y campesinos pobres. Mantienen vínculos con el imperialismo similares a los del grupo anterior. Ejemplos de tales enemigos son los Arrieta, Fortabat, Gargantini, Patrón Costas, Nougués, etc.

Muy a menudo una sola familia de terratenientes practica estas tres formas de explotación y las combina.

Otro hecho que debe señalarse es que en la actualidad gran número de latifundios han pasado a manos de sociedades anónimas, muchas de las cuales cuentan con la participación de capital imperialista. Los directores, gerentes y administradores de estas sociedades deben ser considerados como parte de la clase terrateniente y recibirán el trato que el pueblo dará a éstos.

III) Proprietarios y directivos de las grandes empresas industriales, financieras, bancarias, de comercio interior, de exportación e importación. Estos explotan asalariados en gran escala y por diversas vías al conjunto de las masas populares. Se encuentran ligados al capital imperialista bajo distintas formas. Son los Benz Compano (de la empresa del mismo nombre),

los Martínez de Hoz (Presidente de Acindar), los Di Tella (de la empresa del mismo nombre), los Aberg Cobo (del Banco Tornquist), los Hirsch (de Bunge y Born) y otros.

Existe un entrelazamiento entre los terratenientes y la gran burguesía asociada al imperialismo. Los terratenientes invierten parte de su renta en la industria, el comercio y la banca. Los grandes burgueses invierten en tierras partes de sus ganancias. Así nos encontramos con miembros de viejas familias terratenientes al frente de grandes empresas industriales (como el caso de Martínez de Hoz en Acindar) y con grandes burgueses convertidos en poderosos terratenientes (como los Di Tella). Este entrelazamiento hace que, a pesar de ciertas contradicciones secundarias, estas dos clases formen una unidad que designamos bajo el nombre común de oligarquía.

Los agentes de las empresas monopolistas y la oligarquía son el núcleo de las clases dominantes. Los monopolios extranjeros y la oligarquía son los principales beneficiarios del carácter neocolonial y capitalista dependiente de nuestra sociedad. A éstos se agregan los defensores y sirvientes de sus intereses en todos los ámbitos de la vida social: los altos oficiales de las Fuerzas Armadas, los políticos proimperialistas y prooligárquicos, la alta jerarquía religiosa, los abogados e ingenieros representantes y asesores de las grandes empresas, los jueces corruptos, los burócratas sindicales colaboracionistas, los intelectuales (periodistas, literatos, científicos, técnicos, artistas) que sirven al sistema, lo justifican y lo erodean.

Los enemigos están organizados. Tienen una política para preservar su poder y se nuclean en agrupaciones gremiales tales como la Sociedad Rural Argentina, Aciel, Unión Industrial, Bolsa de Comercio, etc.; y los clubes del privilegio como el Jockey Club, el Círculo de Armas, el Club Americano, el Club 20 de Febrero de Salta y otros del interior del país. Tanto en los períodos de dictaduras parlamentarias como en las de dictaduras militares, se apoyaron y se apoyan en partidos políticos que expresan sus intereses. Ejemplos son la Federación de Partidos de Centro (de los Harday, Williams Alzaga, Gabrielli, etc.), el MID (de los Frondizi, Frigerio, Gómez Machado, etc.), el Partido Cívico Independiente (de Alvaro Alzogaray). Estos partidos son minoritarios, representan directamente los enemigos del pueblo y ante el avance de la conciencia política de las masas que han caído a estos enemigos, están impedidos de ampliar su base de sustentación.

La oligarquía y el imperialismo han tratado constantemente de ganar para su política a corrientes internas de los partidos populares, y a través de esas corrientes controlar a esos partidos. Son una prueba de esta política la aparición del antipersonalismo en la Unión Cívica Radical, del Socialismo Independiente en el Partido Socialista, del revisionismo en el Partido Comunista, del neoperonismo dentro del Partido Peronista. En este momento cobra gran importancia el proceso de coincidencia con la política oligárquico imperialista de los grupos dirigentes del radicalismo del pueblo y del peronismo, por la base popular en que estos partidos se apoyan.

Tanto el grupo dirigente de la Unión Cívica Radical del pueblo como el del peronismo, encubren su coincidencia con la política oligárquico imperialista desarrollando el populismo y la demagogia con el objeto de retener su influencia sobre la burguesía nacional, la pequeña burguesía urbana y rural, y especialmente, en el caso del peronismo, sobre la clase obrera. Al mismo tiempo en ambos partidos se desarrollan tendencias nacional burguesas y pequeño burguesas que entran en contradicción con los respectivos grupos dirigentes. Estas tendencias populares tienen más peso en el peronismo que en el radicalismo, pues los enemigos han penetrado más profundamente en el aparato radical que en el peronista. Por esta necesidad de re-

currir al populismo y la demagogia para mantener su influencia, por sus contradicciones internas y por la posibilidad de que la base social en que se apoyan escape a su control, el radicalismo y el peronismo no pueden recibir actualmente la confianza del imperialismo y la oligarquía para administrar el gobierno de la Nación.

Separar las direcciones del Radicalismo del Pueblo y del Peronismo de sus bases populares y terminar con la influencia que hoy mantienen sobre las masas, es una tarea necesaria para lograr la unidad del pueblo y para privar al imperialismo y a la oligarquía de opositores tácticos y aliados estratégicos.

B.- El enemigo principal: El centro de estos blancos es el imperialismo, pues es el principal beneficiario del carácter neocolonial y capitalista dependiente de nuestra sociedad y en definitiva, el último sostén de este régimen. Dentro de los imperialistas, los que mantienen y desarrollan el mayor dominio político, económico y militar son los imperialistas norteamericanos.

Por lo tanto, el imperialismo yanqui es el principal enemigo de la revolución argentina, y contra él debe dirigirse el ataque central de las fuerzas revolucionarias.

C.- Los blancos de la revolución no son invariables: En el curso de nuestra historia los blancos de la revolución no han permanecido invariables. En la década del 50 el imperialismo yanqui sustituyó al imperialismo inglés como fuerza imperialista dominante. Así se desplazó el centro del blanco, es decir el imperialismo yanqui pasó a ser el enemigo principal de la revolución argentina. En la misma época se ampliaba el blanco de la revolución a través de la transformación de la capa superior de la burguesía nacional en gran burguesía asociada al imperialismo yanqui. Estas variaciones en la composición del bloque de las clases enemigas tuvo características estratégicas y aún se mantienen.

En otras ocasiones el blanco se amplía transitoriamente, a través de la incorporación circunstancial de la burguesía nacional al campo de los enemigos. En estas ocasiones la burguesía nacional llega a coincidir políticamente con la oligarquía y el imperialismo y junto con ellos participa en la represión y el fraude contra el pueblo. Estos cambios transitorios no deben llevar a identificar a la burguesía nacional con los blancos principales y constantes de la revolución. Menos aún debe llevarnos a abandonar la política básica hacia la burguesía nacional que debemos mantener durante toda esta etapa de la revolución.

Esta clase es débil y vacilante, no tiene unidad ni es capaz de luchar por los intereses del conjunto del pueblo. Sólo puede ser dirigida por el proletariado en la lucha contra el imperialismo y en la medida en que la dirección revolucionaria establezca una correcta política de unidad para enfrentar al enemigo principal.

D.- Los blancos de la revolución son tigres de papel: El imperialismo y la oligarquía tienen debilidades esenciales e insalvables, que son producto por un lado, de la etapa de agonía que vive el imperialismo a escala mundial, y por el otro, de las contradicciones que tienen con el pueblo argentino y las contradicciones que tienen entre sí.

Ellos necesitan explotar y reprimir cada vez con mayor brutalidad a nuestro pueblo y esto genera una creciente resistencia popular que se levanta como una amenaza para sus planes de dominación. Cada vez les resulta más difícil engañar a las masas y han tenido que pisotear en varias

oportunidades la "democracia representativa" que dicen defender. Y desde el golpe del 28 de Junio de 1966 han debido derogar de hecho la constitución burguesa de 1853, y establecer por un largo período un "régimen de excepción" que supone la pérdida del resto de las libertades democráticas que aún quedaban y la abolición de hasta la ficción de la participación popular en el gobierno.

Esta dificultad de la oligarquía y el imperialismo para establecer gobiernos estables y engañosos, se manifiesta agudamente desde la entrada de nuestro país en la órbita de dominación norteamericana, en especial desde 1955, ellos debieron recurrir a la proscripción electoral, al fraude y a los golpes de estado para mantenerse en el poder.

Además, la oligarquía está corroída por contradicciones internas que no pueden superar.

Estas contradicciones se reflejaron en los últimos años en las luchas que sostuvieron entre sí las fracciones oligárquicas, conflictos que no tuvieron intervalo desde que Aramburu sustituyó a Lonardi, que se continuaron luego con los "planteos militares" al gobierno de Frondizi y su derrocamiento; la lucha entre "azules" y "colorados" y la posterior puja interna entre los "azules"; el golpe militar que estableció la dictadura proyanqui de Onganía y sus posteriores crisis de gabinete.

Todos estos conflictos reflejaron las luchas en el seno de la oligarquía y sus peleas de ladrones por el reparto de los beneficios del robo que realizan contra el pueblo argentino.

La oligarquía y los representantes de los monopolios imperialistas están cada vez más aislados, son una pequeña minoría que no alcanza al 10% de la población y que en su desesperación por dominarlo todo y frente a la resistencia popular y sus conflictos internos, recurren a métodos fascistas de opresión. Esto ayuda a generar la unidad del 90% del pueblo argentino que inevitablemente se levantará para enfrentarlos, derrotarlos y liquidarlos. Nos atrevemos a luchar contra ellos. Los despreciamos estratégicamente porque están enfermos de muerte y porque estamos seguros de nuestra victoria.

Aunque el imperialismo y la oligarquía son débiles en esencia (en lo estratégico), debemos tenerlos muy en cuenta en lo táctico, porque aún conservan el poder y medios de lucha para preservar sus intereses.

Por eso son poderosos transitoriamente ya que cuentan con el apoyo político y militar del estado norteamericano y los demás estados imperialistas, controlan un ejército profesional de más de 200.000 hombres, cuentan con un elenco político experimentado en el engaño y la represión contra el pueblo y hábil en el ejercicio del poder, tienen a su favor la vieja superestructura ideológica y a su servicio los medios de comunicación de masas y la educación.

Todo este poder está distribuido de manera desigual, concentrándose el grueso de él en las grandes ciudades. Allí están los resortes fundamentales para su dominación. La mayoría de las Fuerzas Armadas y demás organismos represivos y la parte principal de la burocracia estatal. Esto les permite mantener, en la actualidad, un control efectivo sobre los centros urbanos más importantes.

Es por estas razones que si bien la lucha del pueblo argentino llegará a una victoria segura que nadie podrá evitar, esa lucha será larga y difícil.

Nuestro enemigo no es invencible. Quienes piensan que lo es, no tie-

nen confianza en las masas, ni reconocen la evidencia de la historia y las victorias de los pueblos revolucionarios en nuestros días. Es por ello que sobreestiman al imperialismo y a la oligarquía.

Al mismo tiempo, nuestro enemigo es hoy relativa y transitoriamente fuerte, y no caerá de un solo golpe. Sólo a través de la unidad del 90% de nuestro pueblo, forjada en el curso de una guerra prolongada y encarnizada, podremos liquidarlo parte por parte. No importa cuanto dure esta guerra revolucionaria, a su fin, el imperialismo y la oligarquía habrán sido derrotados y el pueblo habrá triunfado. Surgirá de esta forma, una nueva Argentina, independiente, democrática y popular.

4.- LAS TAREAS DE LA REVOLUCION

A.- La unidad de la oligarquía y el imperialismo: La oligarquía y el imperialismo comparten la explotación y la opresión de las amplias masas de nuestro pueblo, frenen el desarrollo de las fuerzas productivas, mantienen y acentúan la dependencia de nuestro país y ejercen el poder oligárquico-imperialista para defender sus privilegios y doblegar la resistencia popular. Ambos usufructúan en común, los resultados de la explotación del pueblo argentino y están interesados en mantener el carácter neocolonial y capitalista dependiente de nuestra patria, con el que se benefician. La oligarquía y el imperialismo defienden de manera unificada sus privilegios, utilizando los servicios de un ejército represivo que salvaguarda los intereses de ambos, y se unen para agredirnos económica, militar y culturalmente.

El imperialismo, si bien recurre cada vez más a sus personeros directos, se apoya principalmente en la oligarquía para mantener su dominio neocolonial. Y por otra parte la oligarquía, que continúa haciendo magníficos negocios en sociedad con él, lo necesita para unir sus fuerzas y juntos intentan frenar la rebeldía popular y la creciente oposición a la política neocolonialista. Oligarquía e imperialismo son inseparables, se negocian mutuamente. Son como hermanos siameses, cuya vida depende de los lazos indisolubles que los unen.

Pero entre la oligarquía y el imperialismo, como entre todas las clases explotadoras, existen contradicciones. Sus disputas son siempre por el reparto del botín, son peleas entre ladrones y de ninguna de estas disputas depende el porvenir del pueblo argentino. Sin embargo, estas rencillas entre ladrones ayudan a descubrirlos y a desnudar ante el pueblo sus debilidades. En la misma medida que crezca la oposición del pueblo a la política de miseria y explotación y, en particular, cuando se transforme en guerra popular, libere sus territorios y reduzca el botín y su capacidad de maniobra política, aumentarán sus contradicciones.

B.- La unidad de las tareas de la revolución: Las dos grandes tareas de la revolución argentina consisten en golpear hasta derribar a los dos grandes enemigos de la clase obrera y el pueblo argentino: la oligarquía y el imperialismo, a través de conquistar la independencia nacional, expropiar a la gran burguesía y el capital imperialista y realizar la revolución agraria.

La revolución argentina es una revolución nacional, que liquidará la opresión imperialista y también, una revolución democrática, que terminará con la opresión oligárquica.

No es posible avanzar en la lucha por la independencia nacional sin organizar y movilizar a las masas del pueblo contra la oligarquía, como

tampoco es concebible la derrota de la oligarquía sin emprender la lucha por la independencia nacional. Esto es así, porque nuestros enemigos mantienen una unidad. Las actuales relaciones de producción, como así los vínculos de dependencia de nuestro país con el imperialismo yanqui, responden por igual a los intereses de la oligarquía y el imperialismo. Por lo tanto, no es posible modificar las formas de propiedad, destruir las actuales relaciones de producción y liberar las fuerzas productivas sin realizar la revolución nacional, junto con la revolución democrática. La teoría que pretende separar la revolución nacional de la democrática, es una teoría reaccionaria. Amparándose en ella ciertos sectores nacionalistas burgueses, predicán la independencia nacional, pero no se atreven a apoyarse en las masas y enfrentan a la oligarquía y concluyen en definitiva, traicionando la causa de la independencia nacional. Por otra parte, sectores "industrialistas" o "desarrollistas", que se dice, tienen fricciones con los terratenientes, critican tibiamente el régimen de propiedad y el sistema de explotación de la tierra, y temen como la peste a la movilización de los campesinos, al mismo tiempo que aceptan y hasta promueven las inversiones imperialistas en la industria. En última instancia estos farsantes acabarán cerrando ^{las} junto a los terratenientes, ni bien las masas campesinas se alcen en combate.

C.- El carácter nacional-democrático de la revolución: El carácter nacional democrático de nuestra revolución se determina por el carácter de la sociedad y por los enemigos que tienen que enfrentar la clase obrera y demás clases populares.

Siendo la Argentina una sociedad neocolonial, con un desarrollo capitalista dependiente del imperialismo, siendo los blancos de la revolución la oligarquía y el imperialismo y siendo sus tareas derribar a estos enemigos para conquistar la independencia nacional, expropiar a la gran burguesía y al capital imperialista y realizar la revolución agraria, está claro que esta revolución no se propone terminar con el capitalismo y la propiedad privada en general. Por lo tanto la revolución argentina, en su etapa actual, es una revolución nacional democrática y no una revolución socialista.

Sin el apoyo de las amplias masas es imposible realizar la revolución y ese apoyo no se logrará sin levantar un programa revolucionario que refleje las reivindicaciones y demandas de todas las clases oprimidas por la oligarquía y el imperialismo. Por ello, toda revolución que aspire al triunfo debe responder a las leyes del desarrollo social, y reflejar de la manera más fiel el grado de avance de la conciencia de las masas. Si la revolución que nos proponemos concretar no responde a las demandas y anhelos de las masas, éstas no darán su calurosa adhesión.

En consecuencia definimos el tipo de revolución en función del carácter de la sociedad, de los enemigos que debemos derrotar, de las tareas que hemos de cumplir, y de los obstáculos que se interponen en la marcha hacia el socialismo y el comunismo. Por todo ello, somos partidarios de una revolución nacional-democrática.

Dentro de la revolución nacional-democrática afirmamos también que la tarea más importante y central es la revolución nacional, pues enfila contra el enemigo principal, el imperialismo yanqui, sostén principal del poder reaccionario. La revolución nacional resuelve la contradicción principal de nuestra sociedad: la existente entre el imperialismo y nuestra nación. Ahora bien, nuestra revolución nacional democrática no es una revolución nacional democrática de viejo tipo, y para comprenderlo debemos analizar las fuerzas motrices de la revolución argentina y determinar su fuerza dirigente y sus perspectivas.

5.- LAS FUERZAS MOTRICES DE LA REVOLUCION

A) Las clases populares

1.- El proletariado industrial.-

Está formado por los trabajadores (hombres, mujeres y niños) que obtienen su fuente principal de ingresos de la venta de su fuerza de trabajo y que producen riqueza. Trabajan permanente o temporariamente en la industria, siendo esa la ocupación a la que dedican la mayor parte de su tiempo. Nutren sus filas: los obreros de las fábricas, de la construcción, del transporte y de las minas y si le sumamos los obreros de los servicios públicos, totalizan alrededor de dos millones y medio de personas activas. Es la más numerosa de las clases trabajadoras.

El núcleo más combativo y organizado del proletariado industrial se encuentra en la gran industria. Allí es donde por la gran concentración y por el desarrollo de la división del trabajo su unidad es más fácil y poderosa. Allí es donde el carácter superexplotador del imperialismo y la oligarquía industrial es más evidente. No es casual entonces que estos obreros estuvieran a la cabeza de las luchas del proletariado argentino y cumplieran el papel de avanzada de la clase obrera argentina.

Gran número de obreros trabajan en las empresas imperialistas y sufren su explotación. El imperialismo trata de corromper y aristocratizar a algunos de ellos, pero por el escaso número de estos sectores obreros y por el empeoramiento de la situación económica de la inmensa mayoría de los trabajadores, esa política es incapaz de ahogar la combatividad proletaria. Esta es una diferencia esencial entre nuestro país y los países imperialistas. En ellos la burguesía puede repartir migajas del saqueo colonial y neocolonial entre sectores del proletariado bastante numerosos para aristocratizarlos. Por el contrario en nuestro país no solo asistimos a una caída del salario real de los trabajadores, sino también a un retroceso en las relaciones de explotación pues se extienden día a día las formas de trabajo por tanto y a destajo, así como la utilización de contratistas en reemplazo de los obreros, para eludir el pago de las cargas sociales y el cumplimiento de las leyes laborales en general.

El proletariado argentino ha dado repetidas pruebas de ser la clase más revolucionaria de la sociedad argentina. Ha luchado vigorosamente, con altibajos pero sin descanso en huelgas parciales y generales, manifestaciones y marchas, y otras muchas formas, a lo largo de decenas de años contra los enemigos de la Revolución Argentina. A su gran combatividad se unen otras virtudes como su iniciativa, su capacidad organizativa, su sentido práctico y su disciplina.

A pesar de sufrir reiteradas represiones y engaños, el proletariado ha recompuesto sus filas, promovido nuevos dirigentes naturales y vuelto a la lucha, manteniéndose siempre a la cabeza de las clases populares.

El proletariado argentino está influido en gran medida por las ideas burguesas, bajo la forma populista del peronismo. Esta influencia del peronismo sobre grandes sectores del proletariado tiene un doble aspecto. Negativo desde el punto de vista que supone la subordinación de esos sectores a una dirección política que se mueve dentro de los límites del sistema oligárquico - imperialista y que arrastra a las masas obreras detrás de las alternativas que este sistema ofrece, todas ellas idénticas en lo esencial. Negativo también en la medida en que supone la subsistencia de concepciones ideológicas y políticas propias de la burguesía, en el seno del proletariado. Ejemplo de tales trabas son: la esperanza en salvadores providenciales (provenientes del ejército o de la misma oligarquía; las prevenciones contra el comunismo; la ilusión de un "capitalismo más humano"; el "tercerismo" en la política internacional; el reformismo. Estos son se

lo algunos de los rasgos negativos más notorios. Estos rasgos negativos son el principal aspecto de la herencia de la época peronista y de su posterior dominio sobre amplios sectores de las masas.

El aspecto positivo es la subsistencia del odio antioligárquico y en menor medida antiimperialista, y el recuerdo de reivindicaciones alcanzadas durante el gobierno peronista, sobre todo durante la primera presidencia de Perón. Permanecen vivas en la memoria de las masas las mayores posibilidades de empleo, el mejor nivel de vida, las mayores facilidades para el acceso a la casa propia, el mayor respeto de la patronal hacia los obreros y la menor prepotencia y arbitrariedad de los explotadores. Las masas en la medida en que pudieron ver materializadas algunas de sus aspiraciones, en que comprendieron en la práctica la posibilidad de mejores condiciones de vida se resisten ahora a continuar perdiendo sus conquistas y retroceder aun más.

Muchos de los miembros de la vanguardia natural del proletariado provienen del peronismo y han realizado en él una experiencia de lucha y también de frustraciones que es la base para la penetración de las ideas avanzadas. Hoy existen en las masas inmejorables condiciones para la difusión del pensamiento de Mao Tse-Tung, para la comprensión de la importancia de construir el partido de la vanguardia de la clase obrera, para la adhesión a los principios de la Revolución de Nueva Democracia y de la guerra popular. Han pasado por la experiencia del terrorismo, del sabotaje, de las grandes huelgas y ocupaciones de fábricas y hasta de la organización de experiencias armadas orientadas por el foquismo. Pero junto a estas lecciones han sufrido también estafas como el voto a Frondizi, la pasividad posterior a la anulación de las elecciones de 1962, el apoyo a Solano Lima, los frentes parlamentarios con el MID, etc. Y ultimamente han visto como la dirección peronista era activa promotora del golpe del 28 de Junio de 1966 y en gran medida responsable de la pasividad popular frente al avance de la dictadura militar.

Toda política revolucionaria debe tener en cuenta esta experiencia para apoyarse en los factores positivos y llevarlos a una nueva altura al par que se desarrolla una inflexible lucha contra las ideas erróneas que quedan como resultado de la influencia de la dirección peronista sobre las masas.-

Una característica de un sector muy importante del proletariado de las ciudades es su juventud como clase. En 1878 se creó la primera organización gremial, La Unión Tipográfica, pero es desde 1935 en adelante cuando se produce un aumento significativo de las filas obreras, con la incorporación de muchos elementos venidos del campo, ya que en las primeras épocas el gusco del proletariado era de origen inmigratorio. El hecho de que el proletariado argentino se haya formado principalmente sobre la base del éxodo rural y de la desintegración y la quiebra del campesinado permite hoy verificar la existencia de innumerables vínculos naturales con el campo (parientes, amigos, y ex compañeros de trabajo, que son obreros rurales y campesinos). Esta última característica - sus vínculos con el campesinado - crea magníficas condiciones para desarrollar la unidad entre obreros y campesinos.-

Otra característica es su distribución a lo largo del país, que permite ver por un lado, la gran concentración del proletariado en las grandes ciudades del litoral y por el otro la concentración de grandes contingentes de obreros industriales, estables y temporarios, en el norte de nuestro país, en la zona de los cultivos industriales (obreros azucareros mineros, madereros, etc.). Justamente es en esta zona donde también existe la mayor concentración de obreros rurales y campesinos.

Consideramos a los "changarines", que viven de la venta de su fuerza de trabajo, en las industrias e empresas de servicios públicos, pero que solo lo consiguen esporádicamente y en muchos casos trasladándose de un lugar a otro en busca de ocupación también deben ser considerados proletarios industriales.

El proletariado rural

Está constituido por los hombres, mujeres y niños, que producen riqueza y obtienen su fuente principal de ingresos de la venta de su fuerza de trabajo en las tareas rurales, y que se dedican a esta actividad todo el año • su mayor parte.

Sus filas están formadas por los peones de las estancias del litoral los cosecheros, los haceros del sur y del norte, los obreros que cultivan y cosechan la uva, la caña de azúcar, las hortalizas y verduras, el tabaco, el algodón, la yerba mate, etc. y son más de 1 millón de personas. Con sus familias son el sector más numeroso de la población rural de nuestro país. Se encuentran más concentrados en la zona de los cultivos industriales.

Una capa importante de los obreros rurales (por su sentido de organización e historia de lucha) la constituyen los que tienen trabajo estable. Viven generalmente en las estancias y fincas en que el patrón "presta" la vivienda. No poseen tierra ni medios de producción.

Otra capa la forman los obreros rurales llamados "golondrinas", que si bien poseen alguna tierra sin valor u ocupan una parcela de tierra fiscal, pasan la mayor parte del año, de cosecha en cosecha, recorriendo el país en "busca de patrón", solo obteniendo trabajos temporarios. Así van de la zafra azucarera norteña, en invierno, al algodón en el Chaco en verano, a la fruta de Mendoza o al valle del Río Negro, a la papa en el sur de Buenos Aires o la cosecha de maíz en Santa Fé y Córdoba, etc.

Los obreros rurales son la clase más revolucionaria del campo y la que tiene la historia más combativa, pues de todas las clases del campo es la que sufre la mayor explotación y opresión. Los terratenientes y los campesinos ricos violan constantemente las leyes sociales que los "protegen" que son muchs menos que las arrancadas.⁽¹⁾ En muchos casos su conchabo incluye el trabajo impago de la familia, que debe colaborar con ellos en las tareas (pelada de caña, cosecha de uva, recolección de algodón). La estabilidad en el trabajo, el salario justo y la vivienda digna son reivindicaciones inmediatas de los obreros rurales.-

Los empleados

Los empleados son asalariados a menudo muy mal pagados, viven fundamentalmente de la venta de su fuerza de trabajo, pero no producen valor ni se les extrae plusvalía pues son explotados por el capital comercial o financiero. En nuestro país son en la actualidad unos 2 millones.

Además de compartir con los obreros la condición de asalariados, el hecho de que sufran junto con ellos los sueldos bajos, la carestía, el aumento de la jornada de trabajo, la elevación de la edad jubilatoria, el incremento de los ritmos de trabajo y la racionalización capitalista, la vigilancia y la represión patronal, la intervención o copamiento de sus sindicatos, la pérdida absoluta de derechos políticos, hace que estén objetivamente interesados en el triunfo de la revolución, que sean sensibles a la propaganda y agitación revolucionaria y que en definitiva, sean aliados íntimos del proletariado. La historia de sus luchas y de su organización sindical, unida a la proletaria, confirman estos puntos de vista.

Es evidente también que reciben una gran influencia de la ideología pequeño-burguesa y que algunos de ellos alimentan aspiraciones burguesas que se reflejan en ciertas ideas, hábitos y costumbres. No obstante, es erroneo considerar a los empleados como pequeño-burgueses, son como primos hermanos del proletariado, comparten su destino y se incorporarán a la lucha revolucionaria, como parte de las fuerzas fundamentales de la revolución, inevitablemente.

(1) arrancadas a la patronal por los obreros industriales.

Los campesinos

Para definir las clases sociales en el campo utilizamos como criterio principal las relaciones de producción, más concretamente la posición que ocupe cada individuo en el mercado de trabajo, si vende su fuerza de trabajo o compra la de otros o si está al margen de ese mercado porque no explota a otros, ni es explotado como asalariado. Los otros criterios como la tenencia de la tierra o su valor, si bien tienen importancia deben utilizarse subordinados al principal, las relaciones de producción. En el campo argentino hay campesinos pobres arrendatarios y otros que son dueños de una parcela de tierra de mala calidad y en consecuencia de escaso valor; campesinos medios y ricos que explotan tierras en calidad de arrendatarios o de propietarios. Tampoco es útil, por sí solo, el criterio de clasificar a los campesinos de acuerdo fundamentalmente a la cantidad de tierra que poseen. Es tan enorme la diferencia de valor de la tierra que sería muy erróneo identificar las ricas parcelas de la pradera con las áridas fincas de muchas partes de Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, Salta, etc. y definir sobre la base de la cantidad de tierra que poseen a qué clase pertenecen.

Los campesinos son todos los trabajadores del campo explotados por los terratenientes y opuestos a estos. Se dividen en: campesinos pobres, medios y ricos.

a.-Campesinos pobres: Son el sector más explotado de los campesinos. Disponen de limitados y anticuados medios de producción y carecen de capital y créditos. En algunos casos poseen pequeñas parcelas de tierra de poco valor, en general, sin riego. En otros casos ocupan tierras fiscales o son arrendatarios de terratenientes. Tienen viviendas precarias. La mayor parte del año se ocupan con su propio trabajo y el da su familia en los cultivos y la cría de animales para la alimentación familiar, el canje y la venta en pequeña escala. Como esto es insuficiente para la subsistencia, todos los años deben vender su fuerza de trabajo temporariamente, a los terratenientes y campesinos ricos, en general recorriendo cientos de kilómetros en busca de trabajo.

Los ingresos principales de los campesinos pobres pueden ser tanto como consecuencia del trabajo asalariado que realizan, como de la venta de los productos que cultivan. Lo que los unifica como campesinos pobres es que la mayor parte del año permanecen dedicados a las tareas agrícolas en sus tierras y se ven necesitados de vender su fuerza de trabajo en una parte menor del año.

Los campesinos pobres, son una fuerza muy revolucionaria y constituyen los principales aliados del proletariado en la revolución. Es cierto que tienen tendencias individualistas, poca experiencia organizada de lucha y un relativo atraso cultural y político. Pero tienen a su favor hacer su experiencia como proletarios en parte del año. Esto les permite estar en contacto con el proletariado rural y aun industrial, aprender así de los más avanzados y encontrar en ellos una orientación para su odio contra los terratenientes.

Campesinos medios: Los campesinos medios viven fundamentalmente de su trabajo y el de su familia. En general no explotan a otros, sino ocasionalmente. Siempre la fuente principal de sus ingresos proviene del trabajo propio y familiar.

Son muy explotados por la oligarquía a través de los arriendos, los impuestos abusivos, los precios ínfimos para los productos que cultivan, la falta de créditos, el permanente escoteo del agua para el riego y el atraso en los pagos a la producción que colocan en el mercado.

La capa inferior de los campesinos medios dispone de medios de produc-

-36-

ción más anticuada e incompleta por ello debe cultivar extensiones más reducidas y en general solo ocupan obreros para las cosechas no mecanizadas que requieren gran cantidad de mano de obra. La vida de esta capa es también miserable. No disponen de una vivienda digna (que en general es de adobe) y sus casas están muy alejadas de los centros poblados. Son un sector revolucionario, aliado fiel del proletariado, que cuenta con demandas totalmente identificadas con los objetivos antiimperialistas, democráticos y populares de la revolución.

La capa superior de los campesinos medios, tiene una vida más acomodada, ocupan obreros para las cosechas y ciertas etapas de los cultivos y ocasionalmente si su familia se ve reducida, tiene algún peón permanente. Disponen de medios de producción más modernos (en general, tractor y algún otro implemento mecanizado) una vivienda más digna (en general de material) y algunos medios de transporte propios que los acercan a los centros poblados (automotores modestos, tractor, jardineras o sulky con buenos animales).

Sobre este sector se descarga el peso de los arriendos leoninos, las "financiamientos" de los monopolios productores de maquinarias agrícolas, los intereses usurarios de los créditos y las "facilidades" de las comercializadoras de semillas y abonos químicos.

Es un sector vacilante, pero que puede y debe ser impulsado por el proletariado y los campesinos pobres y medios de la capa inferior, para participar de la revolución. Este sector de los campesinos medios sufre una gran influencia de las clases reaccionarias y esto es una de las causas de su atraso político, que junto con su individualismo se constituye en un freno que trava su acercamiento a las fuerzas revolucionarias.

Los sectores de la pequeña burguesía no campesina

La pequeña burguesía, no campesina, está constituida por los pequeños comerciantes, los artesanos, intelectuales y profesionales y otros trabajadores independientes. Tiene un peso social considerable en nuestro país. Sufre la dominación del imperialismo y la oligarquía y es explotada de distintas formas por ellos. Forma parte de las fuerzas motrices de la revolución y es aliada del proletariado que la conducirá en la lucha por la democracia popular.

Los artesanos viven de su trabajo individual, a veces familiar y ocasionalmente realizan la explotación sobre otros, siendo el trabajo propio y familiar siempre la principal fuente de ingresos. Tienen pequeños talleres, cuentan con herramientas y algunas pequeñas máquinas. Comparten la creciente pauperización de las masas populares. Una capa de los artesanos sufre directamente la explotación de la gran burguesía y los monopolios imperialistas, porque son pequeños contratistas que realizan tareas de reparación y mantenimiento o como en el caso de la industria de la construcción realizan parte de las obras por cuenta de las empresas. Los artesanos están distribuidos tanto en las ciudades como en los pequeños poblados rurales, donde comparten la suerte de los campesinos. Todos sufren el alto costo de las materias primas y las herramientas y máquinas provistas por los monopolios. Tienen acceso muy limitado a los créditos bancarios y muchos de ellos deben recurrir a préstamos usurarios de "cooperativas", "financieras" o directamente de usureiros.

Sufren una carga creciente de impuestos y ultimamente muchos de ellos han sido golpeados por las nuevas leyes de alquiler de locales, la liquidación de las cooperativas, etc.

Los pequeños comerciantes no son explotados o solo algunos dependientes, participan del trabajo activo y están acosados cada vez más por los grandes monopolios industriales, productores de bienes de consumo como alimentación, vestido, etc. y particularmente por los mayoristas e intermediarios. Se encuentran en una situación aún más difícil

desde que el imperialismo y la oligarquía están pasando a controlar el comercio interno a través de la instalación de las cadenas de supermercados que llevan a muchos de ellos a la ruina.

Los profesionales que viven de su trabajo, sin explotar a otros o haciéndolo lentamente, y no sirven a los monopolios, (médicos, farmacéuticos, dentistas, abogados, ingenieros, arquitectos, profesores) son una capa cada vez más pauperizada que sufren directamente la miseria creciente de las masas trabajadoras y el estancamiento de la economía. A esto se suma la progresiva desaparición de las viejas formas liberales de ejercicio de la profesión. Hoy muchos profesionales se ven obligados a emplearse en las grandes empresas, estudios, clínicas, etc. impedidos de ejercer su profesión de manera independiente y reducidos a la condición de asalariados calificados. Esto ha llevado a muchos de ellos a radicalizar sus puntos de vista, a acercarse a los obreros a comprender que comparten la misma suerte, tienen los mismos explotadores y deben combatir juntos contra ellos. Los que se mantienen como trabajadores independientes solo tienen una perspectiva a través del mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo, imposible de lograr bajo la dominación de la oligarquía y el imperialismo. La "proletarización" y la pauperización de los profesionales los lleva cada día más a abandonar sus concepciones individualistas y sumarse a la causa revolucionaria.

Si bien los intelectuales y estudiantes no constituyen una clase, sino una capa social, podemos decir que la mayoría de ellos forman parte de la pequeña burguesía, por su origen de clase, sus condiciones de vida y su conciencia.

Salvo un pequeño sector de intelectuales y estudiantes, en general de origen oligárquico, que se han puesto al servicio del imperialismo para justificar su opresión, la gran mayoría ve imposibilitado el desarrollo de su actividad cultural, por la corrupción que la dominación del imperialismo impone a las actividades de la cultura. Los científicos no cuentan con una Universidad donde desarrollar la ciencia en beneficio de los intereses nacionales, los artistas y escritores sufren la mordaza de la censura cuando se ocupan de los problemas populares y no tienen donde publicar exponer realizar actos culturales. Los estudiantes, que son el sector más organizado y combativo de la intelectualidad que transforma el estudio en privilegio de unos pocos. La enseñanza reaccionaria solo busca prostituir la mente de los jóvenes y preparar técnicos y profesionales, para servir a los monopolios. Se abre una oscura perspectiva profesional para los jóvenes estudiantes que estos ya advierten aun antes de haber finalizado sus estudios.

La formación teórica con que cuentan permite a muchos intelectuales desentrañar las causas de los males que aquejan a nuestra nación y nuestro pueblo. Muchos de ellos se suman entonces a la lucha popular y algunos a partir de ella se ponen al servicio de la causa revolucionaria del proletariado. Los jóvenes estudiantes son los más dispuestos a dar estos pasos. No es casual que el movimiento estudiantil juegue un papel de avanzada en muchas luchas populares. Los intelectuales revolucionarios juegan un papel de primer orden en la lucha por una nueva cultura, una cultura nacional, científica y de masas, que estimule el combate antiimperialista y antioligárquico de las clases populares, en particular de los obreros y campesinos pobres. Son un sector muy importante en la lucha revolucionaria y constituyen un valioso aliado del proletariado.

En general toda la pequeña burguesía no cae pesina, salvo algunos sectores de la intelectualidad tiene resistencias a someterse a la dirección del proletariado y su capa superior aspira a evadirse de su clase "ascendiendo socialmente". Esto último se ha hecho imposible para la amplia mayoría de ellos. Además en nuestra patria la oligarquía y el imperialismo conservan aun una apreciable influencia sobre su capa superior y en algunas ocasiones han avanzado detrás de su política reaccionaria en contra

(1) sufren la limitación

del proletariado a importantes sectores de esta clase. Por eso le cabe a la vanguardia del proletariado realizar un minucioso trabajo de propaganda y organización para dirigir a la pequeña burguesía.

Campeesinos ricos: los campesinos ricos poseen buenas tierras en algunos casos, en otros son arrendatarios de tierras de terratenientes, o ambas cosas a la vez. Poseen medios de producción modernos (variedad de maquinaria agrícola) y emplean permanentemente mano de obra asalariada; de cuya explotación obtienen la fuente fundamental de sus ingresos. Dedicán sus tierras a explotar cultivos industriales, cereales, forrajeras, frutales, hortalizas, flores, y a la cría de ganado en forma intensiva (tambos, granjas avícolas, cría de porcinos, etc.) en general reinvierten gran parte de sus ganancias en sus empresas agrícolas pero ocasionalmente, también lo hacen en actividades comerciales y financieras, en la zona de sus estancias y fincas. En general no están vinculados al comercio internacional de los productos de la tierra y son perjudicados por las maniobras de los grandes pulpos exportadores.

Participan directamente del trabajo, de distintas maneras, y por lo general viven en sus campos. Explotan cruelmente a los obreros rurales y los someten a condiciones indignas de vida y de trabajo.

Como tienen serias contradicciones con la oligarquía, pues se ven limitados por el monopolio de las mejores tierras por los terratenientes y a través del precio de los arriendos, el carácter leonino de los créditos bancarios, la elevación del precio de la maquinaria agrícola, las maniobras de los acopiadores, etc. y también tiene contradicciones con el imperialismo por el decrecimiento relativo del precio de los productos del suelo en el mercado internacional; pueden colaborar con la lucha antiimperialista y al mismo tiempo, ser neutrales en la lucha de los obreros rurales y campesinos pobres y medios contra los terratenientes.

Esta clase es muy vacilante y al igual que la burguesía nacional, tendrá una conducta muy zigzagante que las fuerzas revolucionarias no deben confundir con la conducta de la oligarquía y el imperialismo. Es imprescindible poner de relieve que aun cuando los campesinos ricos, por lo menos en las épocas recientes han demostrado debilidad para enfrentar a la oligarquía y el imperialismo (debilidad todavía más acentuada en los campesinos ricos que en la burguesía nacional), no por ello se han incorporado a los blancos de la revolución.

La burguesía nacional.-

La burguesía nacional está compuesta por industriales pequeños y medianos. Su fuente fundamental de ingresos es la explotación permanente del trabajo asalariado. En general ellos mismos participan del trabajo, en tareas de dirección.

Tienen contradicciones con el imperialismo y la oligarquía, que se oponen activamente a su desarrollo independiente. Son perseguidos a través de la competencia monopolista y llevados así a la quiebra, o son sometidos para realizar una producción de partes para la gran industria en condiciones de absoluta dependencia, o deben reducirse a la producción de ciertas líneas o productos cuya producción no interesa a los monopolios.

Son acosados por los bancos privados y empresas financieras que los someten a duras condiciones para hacerles préstamos y son discriminados por la política crediticia de los bancos oficiales. Muchos de ellos tienen distintas relaciones con empresas imperialistas y con la oligarquía, pero sus capitales son independientes de aquellos y su desarrollo está en contradicción con ellos.

Ha sufrido importantes cambios en los últimos veinte años. Su capa superior (las empresas más fuertes) se ha desdoblado, pasando a un sector a asociarse con el imperialismo e incorporarse a la gran burguesía. El

Otro terminó en la quiebra. El sector más numeroso (el de las empresas medianas y pequeñas) sufrió la ofensiva de los monopolios por liquidarlos, someterlos o limitarlos. Esto ha hecho perder peso económico y político a esta clase, cuyos sectores con aspiraciones y posibilidades de transformarse en grandes burgueses hoy son muy pocos.

La burguesía nacional es débil, vacilante y al igual que los campesinos ricos, sigue en su actitud hacia la revolución un curso zigzagueante determinado por su doble carácter de explotadora por un lado y de oprimida por el yugo oligárquico imperialista por otro.

B.- La clase dirigente de la revolución y su organización política.

Todas las clases populares desde el proletariado industrial hasta la burguesía nacional tienen contradicciones, de distinto tipo, con la oligarquía y el imperialismo. Todas ellas luchan por dirigir el movimiento popular, por imponerle su programa, por ponerlo al servicio de sus intereses.

Partidos políticos, corrientes dentro de las organizaciones de masas, ideologías y planes políticos reflejan la acción de estas clases y son instrumentos que ellas utilizan para luchar contra sus enemigos y para tratar de lograr la dirección del movimiento popular poniendo las demás clases que lo componen bajo su mando y control.

La experiencia histórica ha demostrado que el problema de quien dirige a quién en el frente del pueblo; el problema de qué clase puede dirigir la Revolución Nacional Democrática a la victoria, y persistir en el avance revolucionario después de haberla alcanzado, es un problema de importancia crucial para la Revolución y para el destino de la lucha de las amplias masas populares.

La experiencia histórica y el marxismo-leninismo, pensamiento de Mao-Tse-tung prueban que la única clase capaz de dirigir la Revolución Nacional Democrática, a la victoria y persistir en el avance revolucionario y no permitir el retorno a las viejas y feroces formas de opresión nacional y explotación al pueblo es, en esta etapa de la Revolución Mundial, el proletariado. Ni la pequeña burguesía, ni la burguesía nacional pueden dirigir otra cosa que movimientos de avance parcial y transitorio. Bajo su dirección la lucha popular está condenada a la derrota, tarde o temprano, mientras que con la dirección del proletariado la revolución triunfa inevitablemente.

En algunos países, aprovechando el debilitamiento del yugo imperialista (por las guerras mundiales, o las grandes crisis del capitalismo o la feroz competencia de las potencias imperialistas entre sí por el control de esos países) y la debilidad del proletariado, (por su escaso número, bajo grado de concentración y su juventud, en algunos casos, y en otros por la traición revisionista de los partidos que se encontraban a la cabeza de la clase obrera), la burguesía nacional estableció regímenes bajo su dirección. Algunos de estos gobiernos, como en el caso del peronismo, solo limitaron al imperialismo y la oligarquía. Otros fueron más lejos y llegaron a expropiar empresas imperialistas y a liquidar a los terratenientes más poderosos. En general la burguesía en el poder formó un poderoso aparato capitalista de estado que dió lugar a la aparición de una burguesía burocrática que unida a la capa superior de la burguesía nacional, convertida en gran burguesía, a los terratenientes restantes y a los campesinos ricos, monopolizaron el poder. Estas clases impidieron el avance de la revolución y por las necesidades de su desarrollo capitalista y por su temor a las masas trabajadoras que escapaban a su control, terminaron siempre asociándose de vuelta con los imperialistas y reabriendo las puertas al capital extranjero.

En estos últimos años algunos de esos países son explotados por los socialimperialistas soviéticos solos o en común con los imperialistas norteamericanos e de otros países.

Estas claudicaciones en algunos casos fueron gestadas directamente por renegados de la lucha nacional que estaban en el poder y en otros tuvieron como paso previo golpes de estado militares.

Una muestra irrefutable de esto es el hecho de que durante el siglo XX no ha surgido un solo regimen nacional que pudiera dirigir a su país hacia la constitución de una nación capitalista independiente y desarrollada y mucho menos regimenes nacional burgueses que hicieran avanzar la revolución hacia el socialismo como sueñan los revisionistas. La derrota ha sido el destino común de regimenes nacional burgueses como los de Perón en la Argentina, Goulart en Brasil, Akromah en Ghana, Sukarno en Indonesia, etc. En todos estos países la burguesía nacional dejó tareas nacionales y democráticas incumplidas.

Esta incapacidad de la burguesía nacional para dirigir la Revolución Nacional Democrática encuentra su origen en su situación material en el período imperialista. Débil financiera y técnicamente. Sometida a los precios internacionales fijados por los monopolios. Limitada a florecer en períodos de decaimiento del control imperialista o en ramas de la producción carentes de interés en el momento para los monopolios, e incapaz de mantener sus posiciones cuando cambian estas situaciones. Permanentemente hostigada y tentada por los imperialistas, a los que algunos de sus miembros tratan de asociarse con la ilusión de superar así sus debilidades técnico-financieras, dejar de ser objeto de competencia monopólica y seguir adelante con el giro de sus negocios. Temerosa frente a la movilización independiente del proletariado y al despertar revolucionario de los campesinos, los intelectuales y la pequeña burguesía urbana. Temerosa también frente a los avances de la Revolución Socialista Proletaria Mundial, en algunas circunstancias se alía a los imperialistas rivales al que la oprimen o a las potencias revisionistas. Así es la burguesía nacional, congénitamente débil, de una debilidad de la que no puede deshacerse. Clase tan débil, temerosa y vacilante no puede dirigir la Revolución Nacional Democrática a una victoria completa en los países dependientes y menos aun en la Argentina, uno de los "satélites privilegiados" del imperialismo yanqui en América Latina, país por el que los imperialistas y los reaccionarios lucharán sin cuartel para el dominio de América Latina.

Frente a la enclenque burguesía nacional, se alza el proletariado. Producto del desarrollo de las relaciones de producción capitalistas, tiene cimientos sociales más amplios que la burguesía nacional, pues se ha desarrollado no solo a partir de la explotación de ella, sino también a partir de la explotación de los monopolios imperialistas y la gran burguesía. La oposición de sus intereses a los del imperialismo y la oligarquía es total, y estos no pueden corromperlo aristocratizándolo en su mayoría pues están "obligados" a explotarlo ferozmente. El proletariado no teme la lucha de masas antiimperialista y antioligárquica y está en condiciones de apoyar las movilizaciones de otros sectores populares pues solo puede liberarse a sí mismo liberando a toda la sociedad, el proletariado ha demostrado ser la clase más consecuente en la lucha contra el imperialismo y ha ocupado los primeros puestos de combate en las luchas contra él. El proletariado saluda la solidaridad de la clase obrera mundial, los países socialistas y los movimientos de liberación nacional, y se ve estimulado por los avances de la Revolución Socialista Proletaria Mundial.

La experiencia prueba que allí donde la Revolución Nacional Democrática tuvo al proletariado en el puesto de dirección fue llevada hasta el fin y abrió paso a nuevos avances revolucionarios de los pueblos. En la medida en que el proletariado mantuvo su dirección sobre esos procesos, el imperialismo no consiguió volver a reestablecer su control sobre esos países.

La dirección que el proletariado ejercerá sobre la Revolución Nacional democrática, la perspectiva socialista de esta revolución y el hecho de que sus fuerzas fundamentales, junto a los obreros, sean los empleados los campesinos pobres y medios, los intelectuales revolucionarios y la pequeña burguesía urbana, hacen que nuestra Revolución Nacional Democrática no sea un Revolución Nacional Democrática de viejo tipo, burguesa. Nuestra Revolución Nacional Democrática es de un tipo nuevo, es una Revolución Nacional Democrática y Popular.

La dirección del proletariado sobre la revolución Nacional Democrática se realiza a través de la organización política de su vanguardia en un Partido Comunista, armado con la ideología de clase, el socialismo científico que hoy asume su forma más alta en el pensamiento de Mao Tse-tung. Si la vanguardia de la clase obrera no se organiza en su partido, y si no se apodera del marxismo-leninismo, pensamiento de Mao Tse-tung, el proletariado no podrá dirigir la Revolución Nacional Democrática y su lucha no tendrá frutos o los tendrá pero de poca duración, pues carecerá de una dirección independiente y servirá en última instancia a la burguesía o a la pequeña burguesía.

La dirección del proletariado sobre las amplias masas populares, imprescindible para el triunfo revolucionario, solo se establece en el curso de la lucha contra el imperialismo y la oligarquía, a medida que los hechos vayan demostrando la capacidad dirigente de la clase obrera y su partido. El proletariado deberá librar una aguda lucha, en el seno del mismo pueblo, contra las ideas, partidos y corrientes orientadas por la burguesía o la pequeña burguesía, que aspiran a dirigir el frente. Es necesario combatir implacablemente a la ideología burguesa hasta desarraigarla definitivamente del seno de la clase obrera. Lo decisivo en esta lucha no es la crítica técnica a través de la propaganda, si bien ésta cumple también un papel importante. Lo decisivo es que la línea con que el partido del proletariado encabeza la lucha de las masas sea correcta, que su aplicación sea tenaz, vigorosa y flexible. Será la prueba de la lucha de clases y la capacidad del partido de la clase obrera para dirigir el movimiento de masas a victorias sucesivas lo que decidirá el combate contra las ideas erróneas en favor del proletariado.

El partido del proletariado, que representa los intereses históricos de la clase avanzada, deberá luchar no solo por establecer su dirección sobre la misma clase obrera, combatiendo las corrientes burguesas y pequeño burguesas en su seno. Deberá también perseverar con firmeza en la lucha para ganar para su política y poner bajo su dirección a los otros sectores populares interesados en la Revolución Nacional Democrática, como el campesinado, la intelectualidad revolucionaria y la pequeña burguesía urbana y aun los campesinos ricos y la burguesía nacional. Para lograrlo el partido del proletariado tiene que desarrollar la política del Frente Único, uniendo a todas las fuerzas susceptibles de ser unidas contra el enemigo principal: el imperialismo y la oligarquía.

El Frente Unico Revolucionario es la alianza de las clases populares para combatir en común a los enemigos de la nación y el pueblo argentino.

Este Frente Unico tiene un soporte fundamental, una base que es la alianza del pueblo trabajador: obreros, empleados, campesinos pobres y medios, intelectuales populares, pequeños burgueses urbanos. El núcleo de esta alianza, su eslabón principal es la alianza obrero-campesina.

Es imposible el avance de la Revolución Nacional, Democrática y Popular si no se forma esta alianza núcleo. Es imposible la formación del Frente Unico con dirección proletaria, si no se constituye este, su primer eslabón.

La alianza obrero-campesina es la unión de los obreros industriales y rurales con los campesinos pobres y medios de la capa inferior. Para que esta unión se concrete es imperioso estrechar los lazos entre los obreros industriales y rurales. Es este el paso previo necesario a la construcción de la alianza obrero-campesina y la garantía de que la misma contará con una firme dirección proletaria.

La constitución de la alianza obrero-campesina es un requisito imprescindible para la iniciación y el desarrollo de la guerra popular, que tendrá su teatro principal de operaciones en el campo por un largo período. Si el proletariado no moviliza y organiza a los campesinos, si no promueve su activa participación en la lucha revolucionaria, no hay guerra popular prolongada posible.

La constitución de la alianza obrero-campesina plantea a los revolucionarios proletarios una compleja serie de problemas. Para resolverlos deben aplicar con firmeza la orientación principal para la lucha en el campo en esta etapa de la revolución: golpear hasta liquidar el monopolio de la tierra por los terratenientes y las distintas formas de explotación de los campesinos por los monopolios imperialistas y la oligarquía; golpear hasta liquidar su poder político basada en las fuerzas armadas a su servicio y en su control sobre los organismos de gobierno y administración; atacar frontalmente a los terratenientes hasta acabar con ellos como clase y proceder a un reparto equitativo de sus tierras y útiles; desarrollar hacia los campesinos ricos una política de unidad en el combate contra los terratenientes y de lucha contra su tendencia a aliarse con ellos, con la perspectiva de limitar a los campesinos ricos expropiando sus tierras y útiles sobrantes una vez iniciada la revolución agraria y derribados los terratenientes; unirse estrecha y resueltamente con los campesinos medios, respetar sus intereses y estimularlos a jugar un papel activo en la lucha contra los terratenientes y los monopolios; apoyarnos para todo el tra-bajo revolucionario en los campesinos pobres y obreros rurales, impulsarlos a que se organicen, se unan y se pongan a la cabeza de todas las luchas en el campo.

Esta orientación impone concentrar todo el fuego del ataque contra los terratenientes, demás sectores oligárquicos y monopolios imperialistas que constituyen los principales opresores de los trabajadores rurales. Impone también especialmente, abstenerse de atacar los intereses de los campesinos medios y de practicar una política ultraizquierdista hacia ellos. Durante la larga etapa Nacional-Democrática de la revolución, que durará años, el proletariado debe mantener una actitud de respeto hacia los intereses de este y demás sectores pequeño burgueses, y de franco apoyo a sus demandas. Sin esta actitud es imposible que los organicen y los ponga bajo su dirección. Por ello toda política encaminada a la desintegración de la pequeña burguesía y su proletarización no sólo no tiene nuestro apoyo, sino que recibe nuestra oposición.

Considerar a la alianza obrero-campesina como núcleo de la gran alianza del pueblo trabajador no nos debe llevar a subestimar la importancia de los demás sectores que la componen. Todos ellos: empleados, intelectuales populares, pequeña burguesía no-campesina y la capa superior de los campesinos medios, son fuerzas fundamentales de la revolución. Sin su incorporación a la lucha revolucionaria, esta no podrá alcanzar la victoria total.

Los obreros y los campesinos pobres deben trabajar contra ellos para ganarles para la lucha revolucionaria, deben agudizarse a organizarse y orientarlos. La experiencia prueba que los empleados y los intelectuales son particularmente sensibles a la influencia política de los obreros y campesinos, y que muchos de sus sectores pueden sumarse resueltamente a la lucha en común con ellos. Del resto de los trabajadores, los obreros y campesinos pobres deben esperar una actitud vacilante en las etapas iniciales de la lucha revolucionaria. Es muy probable que ellos resuelvan incorporarse activamente a la misma solo después de percibir la tendencia de los acontecimientos y cuando vean como posible el triunfo de las acciones revolucionarias. Los vaivenes de la conducta de estos sectores no deben modificar la actitud básica de los obreros y campesinos pobres hacia ellos, que debe ser de unidad estrecha y resuelta, respeto y defensa de sus intereses, propaganda política constante y colaboración con su organización y luchas.

La gran alianza del pueblo trabajador es la fuerza fundamental del frente único revolucionario, y es la base necesaria sobre la que pueden edificarse el segundo tipo de alianzas que lo componen: las del pueblo trabajador con la burguesía nacional, los campesinos ricos y otros grupos y personas que aun siendo explotadores del trabajo ajeno tienen contradicciones con los enemigos fundamentales de la revolución.

Mientras la alianza del pueblo trabajador puede desarrollarse y sostenerse, en lo fundamental, a lo largo de toda la Revolución Nacional, Democrática y Popular, este segundo tipo de alianzas se concreta solo en ciertos períodos y hasta cierto punto. Cuando la tendencia al enfrentamiento con los monopolios imperialistas y la oligarquía predomina en la burguesía nacional y sectores similares, la alianza puede establecerse. Cuando son las tendencias a la conciliación, a la claudicación y la traición las que predominan, la alianza con ellos no puede establecerse o debe romperse. Resulta entonces que la composición del Frente Único está sujeta a cambios a lo largo de toda la Revolución de Nueva Democracia, dado que la burguesía nacional participa en ciertos períodos de él y en ciertos períodos no lo hace.

Sólo cuando la clase obrera haya conseguido establecer su dirección sobre el pueblo trabajador, y sólo sobre la base de la gran alianza del mismo, será posible formar el segundo tipo de alianzas y construir un amplio frente único sobre bases sólidas, capaz de resistir duras pruebas durante un largo período y de convertirse en un arma poderosa para la victoria sobre el imperialismo y sus lacayos.

Es por ello que la movilización de las masas trabajadoras, y el establecimiento de su alianza bajo la dirección del proletariado son el centro del trabajo de frente único del partido. Esto no invalida que los comunistas revolucionarios sostengamos desde ya una política de unidad hacia la burguesía nacional y demás sectores similares, la apoyemos en sus enfrentamientos con los monopolios imperialistas y la oligarquía, la convoquemos a luchas en común y lleguemos a realizar acuerdos tácticos y transitorios con ella para alcanzar objetivos progresistas inmediatos.

Es que en los países coloniales, semicoloniales y dependientes es imposible avanzar hacia la victoria en la revolución sin definir una política acertada hacia la burguesía nacional. Frente a su doble carácter los comunistas revolucionarios sostenemos que la única política acertada es la de unidad y lucha. Unidad para el combate antiimperialista y antioligárquico. No unidad para la conciliación, la claudicación o la traición. Esa actitud unitaria, dispuesta al combate común, debe ser constante en nuestras filas, sin ella es imposible pensar en desbloquear a la burguesía nacional del campo del enemigo cuando se encuentra incorporada a él, como también es imposible pensar en neutralizarla y mucho menos en ganarla. Esta política unitaria nos impone hacer análisis concretos constantes de la compleja situación de los campesinos ricos y la burguesía nacional. Establecer sus diferencias y definir sus respectivas izquierdas, derecha y centro en cada momento. Y a partir de esto trazar todas las políticas necesarias que reflejen nuestra disposición de lograr la unidad con todas las fuerzas posibles.

La lucha contra la burguesía nacional, los campesinos ricos y sectores afines se encuentran en esta etapa en la lucha contra sus vacilaciones y su tendencia a la conciliación, la clausura y la traición. Esta lucha es el reflejo sectorial que debe cubrir la línea de clases contra el proletariado y la burguesía nacional dentro de la política de frente único. Esta línea es la forma que cobra el combate del proletariado contra la burguesía nacional por ganar la dirección del frente único, y es ella el arma que utiliza el proletariado para establecer su dirección en él.

Sin definir una política de unidad y lucha hacia la burguesía nacional y sectores afines, peligro no sólo su adhesión actual o futura a la revolución, sino también la de la capa superior de la pequeña burguesía (campesinos medios de la capa superior, comerciantes, artesanos y profesionales acomodados). Y aun más, si tenemos en cuenta la influencia ideológica y política que ejerce todavía hoy la burguesía nacional sobre el proletariado y otras fuerzas fundamentales de la revolución, veremos también que una política sectaria hacia ella repercute de manera negativa también en otros sectores. En la Argentina desarrollar una política sectaria hacia la burguesía nacional supone concretamente enfrentar, también sectariamente, grandes sectores del peronismo y oponerlos erróneamente a sectores del proletariado, y de otras clases trabajadoras, influenciados por esa corriente política.

Por eso se debe afirmar que practicar una política de puertas cerradas hacia la burguesía nacional, de pura lucha, sin ninguna unidad, en aras de un pretendido purismo, es también cerrar las puertas de importantes sectores del proletariado, clase dirigente de la revolución y fuerza mayoritaria del frente único.

Es que en cuanto a la burguesía nacional y a los campesinos ricos pueden producirse dos tipos de desviaciones. Una es la desviación sectaria, "izquierdista" de atacarlos como a los enemigos, que lleva a alejar al proletariado de sus aliados, a debilitar el frente del pueblo e introducir confusión en su seno. La otra es la desviación seguidista, derechista, que hace perder la independencia a la clase obrera y al partido, hace que estos abandonen la lucha por ganar un papel dirigente dentro del frente único y en los hechos pone en peligro la revolución nacional-democrática y clausura su perspectiva socialista.

En el período actual los enfrentamientos de la burguesía nacional con los monopolios y la oligarquía son complejizados y fugaces. En este período, en la política de unidad y lucha, la lucha es el aspecto principal, pues es necesario combatir un cuartel contra las conciliaciones y claudicaciones de la burguesía nacional para poder avanzar en la construcción del partido, en la organización del proletariado y en la unidad de los trabajadores bajo su dirección. En este período es necesario que nos preven-gamos contra las desviaciones "de izquierda" en nuestras relaciones con la burguesía nacional y que nos cuidemos de que el aspecto de unidad, de subordinado no se convierta en inexistente. Cuando el aspecto de unidad con la burguesía nacional pase a primer plano y se convierta en el principal, debemos prevenirnos especialmente de las tendencias seguidistas y cuidarnos sobre todo de las desviaciones de derecha.

Sea cual fuere la forma que cobra la política de unidad y lucha con la burguesía nacional, los comunistas debemos persistir en los principios de independencia y autonomía del Partido. Debemos oponerlos resueltamente a todo intento de disolver el Partido en alguna unidad frontista y a toda manifestación de la política de "todo a través del frente único". Debemos oponerlos resueltamente también a cualquier concepción encaminada a negar la dirección única y total del Partido en el proceso de construcción de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, y sobre estas Fuerzas una vez constituidas. Iniciada la guerra estas Fuerzas Armadas dirigidas por el Partido se librarán independientemente y por propia iniciativa y a la vez, en el caso en que otras fuerzas del Frente Único constituyan sus contingentes armados, el Partido establecerá junto con ellas una estrategia unificada.

En síntesis: la aplicación de la política de independencia y autonomía del partido dentro del frente único depende de mantener en todo momento su independencia ideológica, política y orgánica, por lo que firmemente en su combate por ganar la dirección del frente y en su dirección absoluta sobre el Ejército Popular, mantenernos permanentemente en guardia frente a las vacilaciones de la burguesía nacional y dar una lucha constante por arrancar su influencia sobre el pueblo trabajador y por impedir que crezca confusión en él.

Toda la política de frente único del partido está encaminada a movilizar y organizar a las amplias masas populares para la guerra revolucionaria. El frente único que luchamos por construir es un frente único para la guerra. Su consolidación y ampliación están directamente relacionadas con el desarrollo de la lucha armada y es necesario prevenirlas de cualquier ilusión de formar un frente único poderoso al margen de esa lucha violenta. La ampliación de las filas del Partido Comunista Revolucionario, el surgimiento y desarrollo bajo su dirección del Ejército Popular Revolucionario, la creación de las primeras bases de apoyo, la aplicación en ellas del programa revolucionario nacional, democrático y popular y la formación en esas bases del gobierno revolucionario bajo la dirección del proletariado y con representación de todas las clases componentes del frente único, serán el estímulo que hará posible la formación en el orden nacional de un sólido, amplio y poderoso frente único. Un frente único que agrupará a partidos, tendencias, grupos locales y personalidades democráticas bajo la bandera común de la lucha armada revolucionaria para alcanzar la independencia nacional y la democracia popular.

La perspectiva de la revolución nacional democrática y popular no es el capitalismo, sino el socialismo y el comunismo. Esta revolución es el primer paso y la revolución socialista el segundo paso. El primer paso prepara las condiciones para el segundo y el segundo, es la consecuencia del primero.

La teoría de que nuestra revolución en su etapa actual es una revolución socialista es una teoría errónea, izquierdista en su forma y derechista en su esencia. Esta teoría no distingue entre los amigos y los enemigos del proletariado, en la actual situación. Aísla al proletariado de importantes sectores del pueblo argentino, oprimidos por el imperialismo y la oligarquía y empuja a aliados de la clase obrera al campo del enemigo. Esta teoría agranda notablemente el campo del enemigo y subestima el papel de la alianza obrero campesina, bajo la hegemonía del proletariado, como el núcleo que comanda las fuerzas populares. Esta teoría parte de una equivocada caracterización de nuestra sociedad y de una errónea determinación de la contradicción principal que afecta a la Argentina y en esa medida es que no responde a los intereses y demandas de las amplias masas. Esta teoría no resiste la prueba de la práctica, ni es producto de una investigación a la manera proletaria en el seno de las masas. Se opone al curso inevitable de la historia y en nombre de la revolución socialista de palabra, se opone en los hechos a que el proletariado lleve a la victoria la revolución nacional, democrática y popular, y avance hacia el socialismo y el comunismo.

Entre la revolución nacional, democrática y popular, y la revolución socialista, no existe una etapa intermedia de dictadura burguesa. Por el contrario, la victoria completa del pueblo argentino sobre la oligarquía y el imperialismo impondrá el establecimiento de la dictadura democrática popular dirigida por el proletariado, sentando así una de las bases para el pasaje al socialismo. Esto significa que el triunfo completo de la revolución en todo el territorio nacional y la victoria de la economía, la política y la cultura de nueva democracia, abrirá un ancho camino para el tránsito ininterrumpido a la revolución socialista.

La revolución argentina forma parte de la revolución socialista proletaria mundial y se desarrolla en la etapa de la revolución mundial en que el imperialismo marcha hacia su ruina total y el socialismo marcha hacia la victoria en escala mundial. Este marco mundial será un poderoso factor para que la revolución argentina siga un curso socialista. Hoy ninguna revolución verdadera puede seguir otro curso pues hacerlo significa volver a caer en las garras del imperialismo. La única perspectiva victoriosa es en definitiva la del socialismo y el comunismo. La existencia del verdadero campo socialista y la consolidación de la dictadura del proletariado en los países socialistas a través de procesos como la Gran Revolución Proletaria, son una ayuda insustituible para que los pueblos que se liberen de la tutela imperialista, avancen hacia el socialismo. Pero ésta ayuda no basta, ni es lo principal. Lo principal es la marcha hacia el socialismo (con las causas internas).

Los factores socialistas de la revolución nacional, democrática y popular que se desarrollaran en su curso son: la dirección del proletariado sobre ella, realizada a través de su par-

(1) Masas que han sido liberadas de la explotación imperialista.

(2) Sociología más importante de la revolución.

tido de vanguardia, un Partido Comunista Revolucionario, el poder del ejército popular de liberación, brazo armado del Partido Comunista y de la clase obrera; el papel de las empresas estatales en el conjunto de la economía; la importancia de las cooperativas agrícolas y de artesanos y comerciantes.

En nuestra patria el gran desarrollo del proletariado es un factor que ayudará a garantizar la dirección proletaria en la revolución. Luego el peso de las empresas estatales y la extensión de las formas cooperativas a la explotación del campo

crearán en el plano de la economía las posibilidades para un tránsito ininterrumpido al socialismo. Las cooperativas (tanto de producción como de consumo) no solo se desarrollarán en el campo, sino también a las ciudades, donde el poder revolucionario propiciará la creación de cooperativas de artesanos, de pequeños comerciantes y de profesionales. Por último el Ejército Popular de Liberación, brazo armado del Partido Comunista y fiel expresión de la clase avanzada será no sólo una garantía en la defensa del poder revolucionario y su consolidación, sino que también como destacamento de trabajo político y productivo, será un poderoso factor que impulsará el pasaje al socialismo. Se asegurará así el predominio de los factores socialistas sobre los capitalistas.

El triunfo de la revolución al derribar las barreras que hoy nos imponen la oligarquía y el imperialismo ayudará a un cierto desarrollo capitalista, inevitable y lógico por las fuerzas sociales en juego y por el carácter de la revolución.

Entre los factores capitalistas debemos señalar: el crecimiento de las empresas de la burguesía nacional, que liberadas de las trabas y de la ruinoso competencia monopolista y recibiendo ayuda crediticia y técnica para mejorar su producción se desarrollará bajo el control del poder democrático-popular, que limitará sus ganancias; el reparto de la tierra de propiedad de los grandes terratenientes y la protección, mediante diversas medidas de apoyo, de la economía de los campesinos medios (nuevos y viejos), acarreará: un relativo aumento de la explotación de mano de obra asalariada por parte de algunos que eran campesinos medios; la conversión de un gran número de campesinos pobres en medios y de obreros rurales y aún industriales en campesinos.

En todos los casos el desarrollo de los factores capitalistas será limitado y menos importante que los factores socialistas, además de subordinado a la dirección de la clase obrera, y puesto bajo su control.

El período posterior al triunfo completo de la Revolución Nacional-Democrática y Popular no será un período en que ha desaparecido la lucha de clases. Por el contrario, la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía por los frutos de la Revolución y la lucha entre el camino socialista y el camino capitalista para el desarrollo de la sociedad pasará a primer plano, se convertirá en la contradicción principal de la sociedad.

El proletariado es la clase dirigente de la revolución antiimperialista, democrática y popular y también de la revolución socialista, y toma sobre sus espaldas la tarea de llevar hasta el fin las dos etapas de la revolución. El Partido Comunista Revolucionario debe luchar por convertirse en el núcleo dirigente del proletariado en la realización de estas dos etapas de la revolución, para cumplir con el objetivo de establecer en nuestra patria la sociedad socialista y luchar por el triunfo del comunismo.

Una vez establecido el socialismo, El Partido Comunista Revolucionario debe continuar dirigiendo a la clase obrera y encarar una dura lucha en el terreno ideológico, cultural y educacional para eliminar los restos de la vieja sociedad, combatir el burocratismo tanto en el partido de vanguardia como en el aparato estatal para impedir la restauración del capitalismo, asimilando las importantes enseñanzas de la Gran Revolución Cultural Proletaria. Se asegurará así la marcha victoriosa hacia el comunismo hasta destruir totalmente el mundo viejo y construir un mundo totalmente nuevo.

7.- La Nueva Argentina

Luchamos por una Argentina independiente, democrática y popular. Las masas populares encabezadas por los comunistas revolucionarios, la edificarán en los combates contra la oligarquía y el imperialismo, y la República Popular Argentina surgirá de la guerra popular encarnizada y prolongada en la que nuestros enemigos serán aniquilados por el pueblo argentino.

El poder oligárquico imperialista que significa dictadura sobre el pueblo argentino y democracia para los explotadores será destruido.

La dictadura democrática popular que significa dictadura sobre la oligarquía y democracia para el pueblo argentino, será firmemente establecida para pisotear a los reaccionarios y liberar a nuestro país. Cuando el pueblo ejerza una dictadura implacable sobre sus enemigos, por primera vez decidirá acerca de su destino y ya no decidiran nunca más por él, ni el Fondo Monetario Internacional, ni el Banco Mundial, ni los generales, ni los almirantes y brigadieres, ni los que nunca se ensuciaron las manos trabajando. El ejército profesional adiestrado por el imperialismo yanqui, amamantado por la oligarquía, educado en el odio al pueblo, será total y absolutamente destruido en el curso de la guerra popular. El ejército popular revolucionario formado por los obreros, campesinos e intelectuales revolucionarios, defenderá las conquistas de la revolución democrática y popular. Sin este Ejército Popular y Revolucionario no morirá el viejo poder y no podrá nacer el nuevo poder de las masas populares armadas, que se liberan de la oligarquía y del imperialismo.

La dictadura democrática popular que es la dictadura conjunta de todas las clases antioligárquicas y antiimperialistas dirigidas por el proletariado establecerá un Gobierno Popular Revolucionario que se compondrá de representantes de la clase obrera, los campesinos, los intelectuales revolucionarios, la pequeña burguesía, la burguesía nacional y personalidades patrióticas y democráticas provenientes de otras clases sociales, que aplicará el programa revolucionario para liquidar a la clase terrateniente y a la gran burguesía y expropiará, sin compensación, el capital imperialista que roba nuestras riquezas.

La clase terrateniente será expropiada sin compensación. Los terratenientes que no hayan cometido graves crímenes contra el pueblo tendrán derecho a parcelas iguales que los campesinos para que las cultiven con sus propias manos bajo el control y la vigilancia de los obreros rurales y los campesinos pobres. Aplicando el principio de entregar la tierra al que la trabaja y fomentando la explotación cooperativa, se desarrollarán las nuevas fuerzas productivas en la agricultura. Las empresas cooperativas que se formarán en el campo, sobre la base de la voluntad de los obreros rurales y de los campesinos, se originarán en un factor socialista de la agricultura.

Los campesinos ricos serán limitados y sus tierras y aperos sobrantes serán distribuidos entre los obreros y campesinos pobres y medios, o entregados a las cooperativas que ellos formen.

Las tierras de la clase terrateniente serán entregadas en propiedad a los obreros rurales y campesinos pobres; las parcelas de los campesinos pobres y medios serán respetadas y en general ampliadas. Será abolido el arriendo. Se otorgarán créditos para ayudar a la tecnificación y desarrollar la producción. Se establecerán precios justos y compensatorios de los productos y el estado garantizará su comercialización.

Las empresas de la gran burguesía asociada al imperialismo yanqui y las que pertenecen al capital imperialista, como también las de todos aquellos que se hayan sumado activa y conscientemente a la contrarrevolución,

serán expropiadas sin compensación y transformadas en empresas estatales. Las empresas de la pequeña y mediana burguesía, a las que el imperialismo empuja a la liquidación y a la crisis, serán respetadas y recibirán créditos para elevar su producción.

El sistema bancario y de créditos será estatizado y puesto al servicio de las necesidades de nuestra economía independiente y de las clases antioligárquicas y antiimperialistas.

Los tratados económicos, financieros y comerciales impuestos por los imperialistas serán denunciados y nuestro país dejará de entregar las mejores energías de su pueblo para pagar las deudas y los intereses de los empréstitos.

El comercio exterior será estatizado y ejercido en forma independiente por el gobierno revolucionario, democrático y popular, guiado por el principio de la igualdad, respeto y mutuo beneficio con los demás países.

Los tratados militares que ponen a nuestro país al servicio de la política agresora del imperialismo yanqui serán repudiados y nuestra patria se retirará del instrumento yanqui de dominación del continente denominado Organización de los Estados Americanos (O.E.A.) y de todos los regímenes anexos, militares, culturales y económicos.

Los agentes del imperialismo encubiertos en instituciones religiosas culturales, comerciales, militares y diplomáticas serán expulsados de nuestra patria.

La República Popular Argentina se opondrá activamente al imperialismo yanqui y a la política de colaboración norteamericano-soviética y de reparto del mundo en esferas de influencia. Se unirá a todos los pueblos que lucha contra el imperialismo yanqui, en un frente único mundial encabezado por la República Popular China. Practicará la política de la coexistencia pacífica con todos los países de diferentes regímenes social, que respeten su soberanía y no opriman a otras naciones; defenderá la paz mundial contra la política de agresión del imperialismo yanqui y el revisionismo soviético. En particular se solidarizará activamente con la lucha de otros pueblos de América Latina contra el imperialismo yanqui y por su liberación nacional y social.

La política y la economía de la República Popular Argentina garantizarán trabajo para todos, eliminando la desocupación abierta o disfrazada y estableciendo el principio de "a igual trabajo, igual salario", suprimiendo las diferencias salariales que hoy existen con respecto a los niños, las mujeres y los jóvenes. Se fijarán salarios justos para los obreros que trabajen en empresas estatales y también para aquellos que los hagan en empresas privadas. Habrá trabajo permanente para los obreros rurales, elevando su nivel de vida, condiciones dignas y garantizando el cumplimiento de las leyes laborales. Tendrá efectiva vigencia la jornada de 8 horas que permitirá a todos los trabajadores llevar una vida decorosa sin necesidad de recurrir a horas extras, chingas o doble trabajo para hacer frente a las necesidades de su familia. Habrá acceso a viviendas adecuadas para todos los trabajadores, eliminando las inhumanas condiciones que soportan los habitantes de las villas de emergencia y la amplia mayoría de los obreros rurales y campesinos pobres. Habrá protección de la salud de la población, especialmente atendiendo la atención médica a las olvidadas zonas rurales.

En la República Popular Argentina se abolirán todas las leyes, códigos y reglamentos que perjudican al pueblo. Se organizarán los tribunales populares para proceder al juzgamiento y posterior castigo de todos los criminales contrarrevolucionarios, torturadores, agentes secretos, espías y delincuentes servidores del orden oligárquico imperialista. Las escuelas y sus gobiernos se liberarán de la política, de grupos, reunión, asociación, manifestación, de mantener enseñanzas religiosas costumbres y hábitos ríginos.